

Bestiario 4

Comentario [LT1]:

Elephas frumentii

L. Sprague de Camp y Fletcher Pratt

Elephas frumentii, © 1950. Traducido por César Terrón en *Los mejores relatos de fantasía 1*, recopilados por Avram Davidson, Colección Fantasy 3, Ediciones Martínez Roca S. A., 1985.

Ornar el Tendero solía preguntarse que podían comprar los vinateros que fuera la mitad de precioso que el producto que ellos vendían. El elefante del muchacho del elefante de Kipling, cargado de años y vigoroso, recibía una ración diaria de aguardiente de palma, una especie de licor asiático... ¿Hay una relación? Si es así, en De Camp y Pratt tenemos los hombres para establecerla. Fue al fin y al cabo L. (de Lyon) Sprague de Camp el hombre que, en An elephant for Aristotle, nos llevó literariamente a lo largo de la ruta que según la tradición siguió un colosal ejemplar indio enviado por Alejandro el Grande a su viejo tutor: una ruta seguida de hecho por el mismo De Camp, para entenderlo bien. Sobre el típicamente hospitalario Fletcher Pratt, un viejo amigo escribe: «En su enorme mansión gótica, un serpenteante barco de vapor, había estanterías repletas de todo lo bebible que existe bajo el sol, y no hay licor existente desde 1955 que yo no haya probado allí». Este relato es uno de los veinticinco (como mínimo) de Tales From Gavagan's Bar, y representa la única explicación científica sostenible en cuanto a por qué un elefante puede ser de color de rosa.

L. Sprague de Camp, titulado M. S. en ingeniería y economía, nació en Nueva York en 1907. Oficial de la Reserva Naval en la segunda guerra mundial, «durante buena parte de los últimos cuarenta años ha seguido la carrera de escritor independiente». Cuatrocientos setenta y cinco relatos, guiones y artículos, muchos traducidos, así como noventa y cinco libros, entre ellos: The ancient engineers, Great cities of the ancient world, H. P. Lovecraft: a biography, Science-Fiction handbook (todos ellos fuera de la novelística), The dragon of the Ishtar Gate, The bronze fod of Rhodes, Lest darkness fall (novelas) y Heroes and

hobgoblins (poesía). Ha editado antologías como *Warlocks and warriors* y recopilaciones como *The Conan swordbook*. Entre sus colaboradores figuran el fallecido *Fletcher Pratt*, el difunto *Willi Ley*, *Lin Carter* y *Catherine Crook de Camp*, su esposa. Los de *Camp* viven en *Pennsylvania*.

Fletcher Pratt nació en una reserva india del estado de Nueva York en 1897. Bibliotecario, boxeador profesional, reportero, escritor y traductor de ciencia ficción, criptógrafo, erudito, historiador, criador de títeres, fabuloso anfitrión: *Fletcher Pratt*. Escribió, él solo: *Secret and urgent*, *The heroic years*, *Hail, Caesar!*, *Ordean by fire*, *The Well of the Unicorn*, *The Blue Star*, y otros. Junto con *L. Sprague de Camp* escribió: *The incomplete enchanter*, *Wall of serpents*, *The land of unreason*, *The Carnelian cube* y *Tales from Gavagan's bar*. *Fletcher Pratt* falleció en 1956.

El hombrecillo calvo con traje de lana estuvo a punto de tirar el vaso al dejarlo con un cuidado indicativo de que tener cuidado era ya una necesidad.

—Piense en los perros —dijo—. De verdad, querida, no existe prácticamente límite a lo que puede conseguirse mediante reproducción selectiva.

—Excepto que de donde yo vengo, a veces pensamos en otras cosas —dijo la rubia, subrayando el viejo chiste del *New Yorker* con un meneo del torso que era pura *Police Gazette*.

El señor *Witherwax* alzó su nariz del segundo *Martini*.

—¿Los conoce, señor *Cohan*? —preguntó.

El señor *Cohan* se puso de perfil para apurar un vaso.

—Ese debe de ser el profesor *Thott*, un caballero muy educado, además. No conozco exactamente el nombre de la dama, aunque creo que él la ha llamado *Ellie*, o algo parecido. ¿Le gustaría conocerlos?

—Por supuesto. He leído en un libro algo sobre esa reproducción selectiva, pero no considero que sea tan excelente, y quizás él puede aclarar algo al respecto.

El señor *Cohan* se abrió camino hasta el final de la barra y avanzó pesadamente hacia la mesa.

—Un placer conocerle, profesor *Thott* —dijo *Witherwax*.

—Caballero, el placer es mío, todo mío.

—Señora *Jones*, ¿puedo presentarle a un viejo amigo mío, llamado *Witherwax*? Viejo en el sentido de su madurez como los admirables líquidos producidos por el bar de *Gavagan*, en tanto que los mismos líquidos han madurado en madera... Ja, ja!... Una madurez de tres premisas.

—Siéntese, señor *Witherwax*. Llamo su atención respecto a las notables cualidades del alcohol, y la peripezia no es la menos importante de ellas.

–Sí, eso es cierto –dijo el señor Witherwax. Su expresión había adoptado cierto parecido con la del búho disecado de la barra–. Lo que yo iba a preguntarle...

–Caballero, percibo haber usado una pedantería más apropiada para el aula, con el resultado de que no se ha establecido comunicación. Peripezia es la inversión de papeles. Mientras me hallo en estado de virtuosa sobriedad, persigo a la señora Jones, la tiento con alcohólicas diversiones. Pero después del tercer Presidente, ella me persigue a mí, de acuerdo con la antigua regla biológica: el alcohol aumenta el deseo femenino y mengua la potencia masculina.

En la barra, el señor Cohan parecía haber captado solamente una parte del discurso.

–Bolos no tenemos –dijo–. Pero puede coger algunas galletas saladas. –Metió la mano debajo de la barra en busca del platillo–. Todas acabadas. Y acabo de abrir una caja esta mañana. Ahí van los beneficios del bar. En los viejos tiempos el almuerzo gratis, y ahora las galletas saladas.

–Lo que iba a preguntar... –dijo Witherwax.

El profesor Thort se levantó e hizo una reverencia, una reverencia que terminó volviéndole a dejar sentado de una forma más bien brusca.

–¡Ah, el misterio del universo y la música de las esferas, como Próspero lo habría planteado! ¿Quién persigue? ¿Quién huye? El perverso. Se preserva la filosofía manteniéndose en el intermedio platoniano, el filo entre persecución y fuga, maldad y virtud. Señor Cohan, una ronda de Presidentes, por favor, incluyendo un vaso para mi envejecido amigo.

–Permítame pagar esta ronda –dijo firmemente Witherwax–. Lo que yo iba a preguntarle está relacionado con la reproducción selectiva.

El profesor se agitó, pestañeó dos veces, se recostó en la silla y apoyó una mano en la mesa.

–¿Desea que yo sea académico? Muy bien. Pero tengo testigos de que usted mismo lo ha solicitado.

–Mire lo que ha hecho –dijo la señora Jones–. Lo ha sobresaltado y él no se quedará sin cuerda hasta que caiga dormido.

–Lo que deseo saber... –empezó a decir Witherwax, pero Thott le interrumpió, rebosante de felicidad.

–Ofreceré únicamente el bosquejo más breve y menos técnico posible –dijo–. Supongamos que, de entre dieciséis ratones, cogemos los dos de mayor tamaño y hacemos que procreen. Sus hijos se aparearán a su vez con los de la pareja de mayor tamaño de otro grupo de dieciséis. Y así sucesivamente. Con tiempo y material suficientes, y favoreciendo que la especie produzca miembros de mayor tamaño, sería fácil crear ratones como leones.

–¡Uf! –dijo la señora Jones–. Debería dejar de beber. Su imaginación se vuelve espantosa.

–Entiendo –dijo Witherwax–. Como un libro que leí una vez, donde había ratas tan enormes que comían caballos, y avispas del tamaño de perros.

–Recuerdo el libro –dijo Thott, dando un sorbo a su Presidente–. Era *El alimento de los dioses*, de H. G. Wells. Temo, no obstante, que el método descrito por él no era el de la genética y por tanto carece de validez científica.

–Pero ¿podría usted crear criaturas así mediante reproducción selectiva? –preguntó Witherwax.

–Ciertamente. Moscas domésticas tan voluminosas como tigres. Es simplemente cuestión de...

La señora Jones alzó una mano.

–Alvin, qué espantosa idea. Espero que jamás la ponga en práctica.

–No hay motivo de aprensión, querida mía. La ley del hexaedro regular nos protegerá eternamente de tales visitas.

–¿Cómo? –preguntó Witherwax.

–La ley del hexaedro regular. Si doblas las dimensiones, cuadruplicas el área y multiplicas por ocho la masa. El resultado es... bien, hablando en términos prácticos, sin tecnicismos, una mosca común del tamaño de un tigre tendría unas patas demasiado delgadas y unas alas demasiado pequeñas para resistir su peso.

–Alvin –dijo la señora Jones–, eso no es práctico. ¿Cómo se movería la mosca?

El profesor ensayó otra reverencia, menos lograda incluso que la primera puesto que la hizo sentado.

–Madame, la finalidad de ese experimento no sería práctica sino demostrativa. Una mosca del tamaño de un tigre sería una masa de gelatina que habría que alimentar con cuchara. –Thott levantó una mano–. No hay motivo para que alguien cree ese monstruo. Y puesto que la naturaleza no tiene ventajas que ofrecer a insectos de gran tamaño, dejaría de crearlos. Convengo en que la idea es repugnante. Yo preferiría el proyecto optativo de crear elefantes del tamaño de moscas..., o golondrinas.

Witherwax hizo una seña al señor Cohan.

–Eso está bien. Repítalo. Pero, ¿no le haría caer en desgracia aquí también su ley del hexaedro regular?

–De ningún modo, caballero. En caso de una reducción de tamaño, la ley actuaría en mi favor. La masa quedaría dividida por ocho, pero los músculos seguirían siendo los mismos en proporción, capaces de soportar un peso muchísimo mayor. Las patas y las alas de un minúsculo elefante no sólo lo sostendrían, sino que le conferirían la agilidad de un colibrí. Considere el caso del elefante enano de Sicilia durante el plis...

–Alvin –dijo la señora Jones–, estás borracho. De lo contrario recordarías cómo se pronuncia pleistoceno, y no hablarías de alas de elefante.

–En absoluto, querida mía. Yo esperaría con suma confianza que una especie así desarrollara la habilidad del vuelo mediante orejas agrandadas, como el Dumbo de las películas.

La señora Jones se ríe tontamente.

–De todas maneras no me gustaría un elefante del tamaño de una mosca. Como mascota sería muy pequeño y se metería por todas partes. Que sea del tamaño de un gamo, algo así.

Separó sus dedos índices menos de diez centímetros.

–Muy bien, querida mía –dijo el profesor–. En cuanto logre obtener una subvención de la Fundación Carnegie, abordaré el proyecto.

–Sí, pero –dijo Witherwax–, ¿cómo alimentaría a un elefante de ese tamaño? ¿Sería posible domesticarlo?

–Si es posible domesticar a un hombre, un elefante debería ser cosa fácil –dijo la señora Jones–. Y se le podría aumentar con avena o heno. Mucho más limpio que tener latas de comida para perro por toda la casa.

El profesor se frotó la barbilla.

–Hum –dijo–. El ritmo de absorción de alimento variaría en la misma proporción que la superficie intestinal..., que variaría el cuadrado de las dimensiones... No estoy seguro de los resultados, pero temo que deberíamos recurrir a un alimento más concentrado y menos convencional. Supongo que podríamos alimentar a nuestro *Elephas micros*, como propongo llamarlo, con terrones de azúcar. No, nada de *Elephas micros*, *Elephas microtatus*, «el elefante más pequeño, más minúsculo».

El señor Cohan, que había olvidado a su otro único cliente para apoyarse en la barra de cara al grupo, intervino en ese momento.

–El señor Considine, el vendedor, estaba diciéndome que el aumento más concentrado que puede obtenerse es un buen whisky de malta.

–¡Eso es! –El profesor dio una palmada en la mesa–. No *Elephas microtatus*, sino *Elephas frumentii*, el elefante del whisky, del producto de que se alimenta. Lo criaremos con una dieta de alcohol. Alto contenido energético.

–Oh, pero eso no servirá –protestó la señora Jones–. Nadie querrá una mascota que debe alimentarse siempre de whisky. Especialmente con niños alrededor.

–Escuche –dijo Witherwax–, si realmente desea tener estos animales, ¿por qué no los tiene en algún lugar donde no haya niños cerca y donde el whisky esté... en bares, por ejemplo?

–Profunda observación –dijo el profesor Thott–. Y hablando de rondas, señor Cohan, sirvanos otra. Tenemos caballos como mascotas al aire libre, gatos como

mascotas en el hogar, canarios como mascotas en jaulas. ¿Por qué no un animal especialmente ideado y creado para ser una mascota de bar? Y a propósito..., ese búho disecado que tiene a modo de mascota, señor Cohan, está poniéndose francamente sarnoso.

–Esos animales robarían cosas como esa –dijo la señora Jones como si soñara–. Cogerían cosas como plumas de búho, galletas saladas y etiquetas de cerveza para construir sus nidos, en los rincones oscuros, cerca del techo. Saldrían por la noche...

El profesor inclinó la cabeza para ofrecer una benigna mirada a la señora Jones mientras el señor Cohan servía la bebida.

–Querida mía –dijo Thott–, algo se le está subiendo a la cabeza, o bien esta discusión sobre el futuro *Elephas frumentii* o el auténtico spiritus frumenti. Cuando usted se pone poética...

La rubia se había recostado y estaba mirando el techo.

–No soy poética. Eso que hay ahí arriba, en lo alto de la columna, es el nido de uno de sus elefantes de bar.

–¿Qué hay ahí arriba? –dijo Thott.

–Eso que hay ahí arriba, donde está tan oscuro.

–Yo no veo nada –dijo el señor Cohan–. Y si no le importa que lo diga, este bar es limpio, no tiene una sola rata.

–No serían demasiado dóciles –dijo la señora Jones, todavía mirando el techo–. Y si creyeran que no tienen suficiente alimento, saldrían y cogerían ellos mismos lo que quisieran cuando el barman no los viera.

–Eso parece divertido –dijo Thott.

Echó atrás su silla y se dispuso a subirse a ella.

–No lo haga, Alvin –dijo la señora Jones–. Se partirá el cuello... Piense en ello, ellos alimentarían a sus hijos...

–Póngase junto a mí, en ese caso, y déjeme apoyar la mano en su hombro.

–¡Eh! –dijo de pronto Witherwax–. ¿Quién se ha tomado mi bebida?

La señora Jones bajó los ojos.

–¿No ha sido usted?

–Ni siquiera la he tocado. El señor Cohan acaba de servirla, ¿no es cierto?

–Lo hice. Pero hace un par de minutos, y es posible que usted...

–Imposible. Definitiva, positivamente: no he bebido... ¡Eh, señores, miren la mesa!

–Si tuviera las otras gafas –dijo Thott, tambaleándose, más bien vacilante mientras observaba las sombras del techo.

–Miren la mesa –repitió Witherwax, señalándola.

El vaso donde había estado su bebida estaba vacío. El de Thott aún tenía medio cóctel. El vaso de la señora Jones estaba volcado, y de su borde había fluido una pizca de cóctel Presidente, formando una rosada e irregular mancha del tamaño de una mano infantil.

Cuando siguieron el dedo de Witherwax, los otros dos vieron que, a partir de esa mancha, una hilera de pequeños y húmedos rastros cruzaban la mesa hasta el otro extremo, donde las diminutas pisadas cesaban bruscamente. Eran circulares, del tamaño de una moneda muy pequeña, con un borde delantero similar al de una concha, como si las hubiera dejado un...

Criaturas abisales

Arthur C. Clarke

The shining ones, © 1964 (*Playboy*, Agosto de 1964). Traducido por ? en *El viento del Sol - Relatos de la era espacial*, Alianza Editorial.

Cuando dijo la centralita que la Embajada soviética estaba al aparato, mi primer pensamiento fue: "¡Bien, otro trabajo!" Pero en cuanto oí la voz de Goncharov comprendí que se trataba de alguna complicación.

–¿Klaus? Aquí Mikhail. ¿Puedes venir en seguida? Es muy urgente, y no puedo decírtelo por teléfono.

Fui preocupado todo el camino hasta la Embajada, preparando mil excusas para el caso de que hubiera salido mal algo por culpa nuestra. Pero no se me ocurrió nada; en ese momento no teníamos ningún contrato pendiente con los rusos. El último trabajo había finalizado hacía seis meses, en el tiempo previsto, y había sido de su entera satisfacción.

Bueno, ahora resulta que no estaban satisfechos, según descubrí en seguida. Mikhail Goncharov, el agregado comercial, era antiguo amigo mío: me contó todo lo que sabía, pero no era mucho.

–Acabamos de recibir un cable urgente de Ceilán –dijo–. Quieren que salgas inmediatamente. Ha surgido un grave problema en el proyecto hidrotérmico.

–¿Qué clase de problema? –pregunté.

Por supuesto, sabía que tenía que ser en el terminal de profundidad, puesto que esa era la única parte de la instalación que nos correspondía a nosotros. Los propios rusos se habían encargado de todo el trabajo de superficie, pero habían recurrido a nosotros para fijar las parrillas a tres mil pies de profundidad, en el océano Índico. No existe en el mundo una sola compañía que pueda mantener nuestro lema: CUALQUIER TRABAJO, A CUALQUIER PROFUNDIDAD.

–Todo lo que sé –dijo Mikhail– es que los ingenieros han informado que la instalación está totalmente inutilizada, que el primer ministro de Ceilán quiere inaugurar la planta dentro de tres semanas, y que a Moscú no le va a gustar lo que se dice nada que no pueda ponerse en funcionamiento para entonces.

Mentalmente repasé las cláusulas de penalización de nuestro contrato. La compañía parecía que estaba a cubierto, dado que el cliente había firmado el certificado de conformidad, con lo que admitía que el trabajo era de su entera satisfacción. Sin embargo, no era tan sencillo; si se demostraba que había habido alguna negligencia por nuestra parte, podíamos estar a salvo de toda acción legal... pero repercutiría gravemente en nuestros contratos. Y para mí, personalmente, la cosa sería peor, porque había sido yo el supervisor del proyecto de la Fosa de Trinco.

No me llamen buzo, por favor; detesto ese nombre. Soy ingeniero de profundidades marinas y utilizo la escafandra con la misma frecuencia que utiliza un aviador su paracaídas. Casi todo el trabajo lo realizo a base de televisores y robots de control remoto. Cuando tengo que bajar personalmente lo hago en un minisub provisto de manipuladores externos. Le llamamos el cangrejo por las pinzas que tiene; el de tipo normal baja hasta cinco mil pies de profundidad, pero se han fabricado versiones especiales que pueden trabajar en el fondo de la Fosa de las Marianas. Personalmente no he estado allí, pero puedo darles el presupuesto con mucho gusto, si lo desean. Así, a ojo, puede costarles un dólar por pie, más mil dólares por hora de trabajo.

Me di cuenta de que los rusos hablaban en serio cuando Mikhail dijo que había un avión aguardando en Zurich, y que si podía estar en el aeropuerto en un par de horas.

–Mira –dije– , yo no puedo hacer nada sin equipo... y la escafandra que se necesita para esa inspección pesa toneladas. Además, lo tengo todo en Spezia.

–Lo sé –contestó Mikhail implacable–. Mandaremos allá otro avión de transporte. Envía un cable a Ceilán tan pronto como sepas lo que necesitas: lo tendrás todo en la instalación dentro de doce horas. Pero, por favor, no hables de esto con nadie; preferimos guardarnos nuestros propios problemas.

Estaba de acuerdo, porque era problema mío también. Al salir del despacho, Mikhail señaló el calendario de la pared, y dijo:

–Tres semanas, de lo contrario...

Y se pasó el dedo transversalmente por el cuello. Y yo sabía que no se refería al suyo.

Dos horas más tarde me encontraba sobrevolando los Alpes, despidiéndome de mi familia por radio, y preguntándome por qué, como todo suizo dotado de sentido común, no me había hecho banquero o me había metido en el negocio de relojes. Toda la culpa la tenían los Picard y los Hanne Keller, me decía a mí mismo pensativo: ¿Por qué tuvieron que empezar esta tradición suiza de las inmersiones? Luego me dispuse a dormir, consciente de que no lo haría lo suficiente durante los próximos días.

Aterrizamos en Trincomalee poco después de amanecer, y el inmenso y complejo puerto –cuya geografía jamás he llegado a dominar completamente– era un laberinto de cabos, islas, canales que se comunicaban entre sí, y dársenas lo bastante amplias como para acoger a todas las escuadras del mundo. Sobre un promontorio que dominaba el Océano Indico se veía el enorme edificio blanco de control, de un estilo arquitectónico un tanto extravagante. La instalación en sí era pura propaganda... aunque, naturalmente, si uno fuera ruso, tendría que decir relaciones públicas.

No es que critique realmente a mis clientes; ellos tienen sus buenas razones para estar orgullosos del proyecto, que es el más ambicioso plan realizado hasta ahora para extraer energía térmica del agua. No es la primera vez que se intenta. El

científico francés Georges Claude lo intentó sin éxito hacia 1930, y se hizo otro ensayo mucho mayor en Abidjan, en la costa occidental de África, allá por los años cincuenta.

Todos estos proyectos se basaban en el mismo hecho sorprendente: incluso en los trópicos, el agua del mar, situada a una milla de profundidad, se encuentra térmicamente casi en el punto de congelación. En una masa de billones de toneladas de agua, esta diferencia de temperatura representa una cantidad de energía colosal, y un precioso reto para los ingenieros de los países que sufren escasez de energía.

Claude y sus sucesores habían tratado de extraer esta energía con máquinas de vapor de baja presión; los rusos habían utilizado un método mucho más simple y más directo. Desde hace más de un centenar de años, se sabe que en muchos materiales se establece una corriente eléctrica cuando se calienta uno de sus extremos y se enfría el otro, y desde 1940 los científicos rusos han estado trabajando para encontrar una aplicación práctica a este efecto termo-eléctrico. Sus primeros inventos no dieron grandes resultados... aunque sí lograron producir corriente suficiente para alimentar miles de radios mediante el calor de las lámparas de petróleo. Pero en 1974 hicieron un gran descubrimiento que todavía guardan en secreto. Y aunque he sido yo quien ha conectado los elementos de potencia en el extremo frío de la instalación, no he podido verlos, ya que estaban totalmente ocultos bajo una capa de pintura anticorrosiva. Todo lo que sé es que forman una inmensa parrilla, como un sinfín de anticuados radiadores de calefacción conectados unos con otros.

Reconocí muchas caras en el pequeño grupo de personas que se había congregado en la pista de aterrizaje de Trinco; amigos o enemigos, el hecho es que parecían alegrarse de verme... especialmente el ingeniero jefe Shapiro.

–Bueno, Lev –dije, cuando salimos en el coche– ¿Cuál es el problema?

–No lo sabemos –dijo con franqueza–. A usted le toca averiguarlo... y arreglarlo.

–Pero ¿qué ha pasado?

–Pues verás, todo funcionaba perfectamente, hasta que hicimos pruebas a plena potencia –contestó–. La producción eléctrica estaba dentro del cinco por ciento del margen de error previsto en nuestras estimaciones, hasta la 01:34 de la madrugada del jueves –torció el gesto; evidentemente esa hora se le había quedado grabada en el corazón–. Luego el voltaje empezó a oscilar violentamente; así que cortamos la alimentación y revisamos los contadores. Pensé que algún patrón idiota había enganchado los cables (ya sabes lo que hemos trabajado para evitar esa eventualidad), conque encendí los proyectores e inspeccioné el mar. No había una sola embarcación a la vista. De cualquier modo, ¿quién iba a querer fondear justamente fuera del puerto en una noche clara y serena? No podíamos hacer nada, salvo vigilar los aparatos y seguir comprobando; ya te enseñaré todos los gráficos cuando lleguemos a mi despacho. Cuatro minutos después se interrumpió el circuito. Naturalmente, localizamos la avería con toda exactitud; está en la parte más profunda,

concretamente en la parrilla. Tenía que ser ahí, y no en este extremo del sistema –añadió lúgubremente, señalando hacia la ventana.

En ese momento pasábamos por el estanque solar: el equivalente a la caldera de una máquina de vapor convencional. Esta era una idea que los rusos habían copiado de los israelíes. Consistía simplemente en un estanque poco profundo, cuyo fondo estaba pintado de negro, el cual contenía una solución concentrada de sal. Actúa como un eficaz absorbente de calor, y los rayos del sol elevan el líquido casi a doscientos grados Fahrenheit.. Sumergidas en este estanque se hallaban las parrillas calientes del sistema termoeléctrico, exactamente a dos brazas de profundidad. Unos cables macizos las conectaban con mi sección, ciento cincuenta grados más fría y a tres mil pies de profundidad, que se alojaba en el cañón submarino que llega hasta la misma bocana del puerto de Trinco.

–¿Han verificado si ha habido temblores de tierra? –pregunté no muy esperanzado.

–Naturalmente. El sismógrafo no ha registrado nada.

–¿Y qué me dicen de alguna ballena? Ya les advertí que podían plantear algún problema.

Hacia más de un año, cuando se estaban largando al agua los inmensos conductores, les había contado a los ingenieros que una vez encontramos un cachalote ahogado enredado en un cable telegráfico, a media milla de la costa de Sudamérica. Se conocen una docena de casos similares... pero el nuestro, por lo visto, no era uno de ellos.

–Esa fue la segunda eventualidad en la que pensamos a continuación –contestó Shapiro–. Nos pusimos en contacto con el Departamento de Pesca, con la Marina y el Ejército del Aire. No hay ballenas en las proximidades de toda la costa.

A partir de ese momento dejé de hacer conjeturas, por que había oído por casualidad algo que hizo que me sintiera incómodo. Como a todo suizo, se me dan bastante bien los idiomas, y he aprendido un poco de ruso. De todos modos, no hacía falta ser un lingüista para saber qué significaba la palabra sabotash.

La dijo Dimitri Karpukhin, consejero político del proyecto. No me caía simpático; ni a los ingenieros, que a veces eran intencionadamente descorteses con él. Comunista del viejo estilo, de los que no han podido librarse de la sombra de Stalin, sospechaba de todo, fuera de la Unión Soviética, y de no pocas cosas dentro de ella. El sabotaje era justamente la clase de explicación que podía ocurrírsele a él.

Desde luego, había muchísima gente que no se moriría de pena precisamente si el Proyecto Energía Trinco fracasaba. Políticamente estaba comprometido en él el prestigio de la URSS; económicamente suponía billones, dado que si tenían éxito las plantas hidrotérmicas podrían competir con el petróleo, el carbón, la energía hidroeléctrica y, especialmente, la energía nuclear.

Si embargo, yo no podía creer seriamente en un sabotaje; al fin y al cabo la guerra fría había terminado. Es posible que alguien hubiera hecho un torpe intento de llevarse una muestra de la parrilla, pero incluso eso parecía poco probable.

Podía contar con los dedos de la mano a las personas que había en el mundo capaces de llevar a cabo una cosa así, y la mitad de ellas estaban en mi nómina.

La cámara subacuática de televisión llegó esa misma tarde, y durante toda la noche estuvimos cargando aparatos, monitores y más de una milla de cable coaxial a bordo de la lancha. Cuando salimos del puerto me pareció ver en el muelle una figura familiar, pero estaba demasiado lejos para identificarla, aparte de que tenía otras cosas en la cabeza. Si quieren saberlo les diré que no soy buen marinerero; donde realmente me siento a gusto es debajo del agua.

Tomamos cuidadosamente la marcación del faro circular de la isla, y nos colocamos exactamente sobre la parrilla. La cámara, autopropulsada, parecida a un diminuto batiscafo, pasó por encima de la borda; mientras mirábamos por los monitores íbamos bajando espiritualmente con ella.

El agua estaba excepcionalmente clara y excepcionalmente vacía; pero a medida que nos acercábamos al fondo empezamos a encontrar algunas señales de vida. Se acercó un pequeño escualo y se quedó mirándonos. Luego pasó blandamente una palpitante burbuja de gelatina, seguida de una cosa parecida a una enorme araña con cientos de patas que formaban una especie de larga y enmarañada cabellera. Finalmente apareció a la vista la pendiente del cañón. Estábamos justo sobre el objetivo, pues se veían los gruesos cables que descendían hacia las profundidades, exactamente como los había visto en mi revisión final de la instalación, hacía seis meses.

Puse en marcha los propulsores de baja potencia y dejé que la cámara descendiera a lo largo de los cables. Parecían estar en perfectas condiciones, firmemente sujetos a unos pitones clavados en la roca. Hasta que la cámara no llegó a la parrilla misma no apareció signo alguno de anomalía.

¿Han visto ustedes alguna vez el radiador de un coche después de chocar contra una farola? Bueno, pues había una sección de la parrilla que se parecía mucho a eso. Algo la había destrozado, como si hubiese ido un loco y se hubiera puesto a golpearla con una mandarria.

Oí las exclamaciones de asombro y de ira de las personas que miraban por encima de mi hombro. Oí murmurar nuevamente la palabra *sabotash* y por primera vez empecé a tomarla en serio. La única otra explicación que podía tener sentido era que se hubiera desprendido alguna laja, pero las laderas del cañón habían sido revisadas con todo cuidado, precisamente para evitar esta contingencia.

Cualquiera que fuese la causa, había que reemplazar la parrilla estropeada. Este trabajo no podía hacerse hasta que no me enviaran el cangrejo –veinte toneladas en total– desde el arsenal de Spezia, donde se guardaba entre un trabajo y otro.

–Bien –dijo Shapiro cuando hube finalizado mi inspección visual y fotografiado el lamentable espectáculo de la pantalla–, ¿cuánto tardará?

Me negué a comprometerme a una fecha. Lo primero que he aprendido en este oficio subacuático es que ningún trabajo resulta ser como uno espera. Las estimaciones de costo y de tiempo no pueden ser nunca seguras, porque hasta que no tienes mediado el trabajo contratado no sabes con qué te vas a enfrentar.

Mi cálculo personal era de tres días. Así que dije:

–Si todo marcha bien puede que no tarde más de una semana.

Shapiro soltó un gemido.

–¿No puede hacerlo en menos tiempo?

–No quiero desafiar a la fatalidad haciendo promesas precipitadas. De todos modos, eso supone un margen de dos semanas hasta la fecha tope.

Tenía que contentarse con eso; sin embargo, durante todo el trayecto de regreso a puerto no hizo más que protestar. Cuando llegamos, encontró otra cosa en qué pensar.

–Buenos días, Joe –dije al hombre que estaba todavía aguardando pacientemente en el muelle–. Me pareció reconocerte al salir. ¿Qué haces tú aquí?

–Iba a hacerte la misma pregunta.

–Será mejor que hables con mi patrón. Ingeniero jefe Shapiro, le presento a Joe Watkins, corresponsal científico del *Times*.

La respuesta de Lev no fue precisamente cordial. Normalmente no había nada que le gustara tanto como charlar con los periodistas, que llegaban a un promedio de uno por semana. Ahora, como la fecha de inauguración estaba próxima, le lloverían de todas partes. Incluso, naturalmente, de Rusia. Pero en el momento presente, la agencia Tass sería tan mal recibida como el *Times*.

Era divertido ver cómo Karpukhin se hacía cargo de la situación. A partir de ese momento Joe tuvo constantemente pegado a él, como guía, filósofo u compañero de copeo, a un afable joven de relaciones públicas, llamado Sergei Markov. A pesar de todos los esfuerzos de Joe, los dos fueron inseparables. Mediada la tarde, cansado tras una larga conferencia en el despacho de Shapiro, me uní a ellos y fuimos a comer, tarde ya, a la casa–restaurante del gobierno.

–¿Qué está ocurriendo aquí, Klaus? –preguntó Joe ansiosamente–. Huele a dificultades, pero nadie admite nada.

Me puse a revolver el curry, tratando de separar las partes inofensivas de aquellas que podían hacerme saltar la tapa de los sesos.

–No esperarás que me ponga a discutir sobre los asuntos de mis clientes –contesté.

–Cuando te encargaste de la supervisión del dique de Gibraltar –me recordó Joe–, eras bastante comunicativo.

–Bueno sí –admití–. Y te agradezco el artículo elogioso que me dedicaste. Pero esta vez hay secretos técnicos por medio. Yo... bueno... estoy realizando los últimos ajustes para mejorar el rendimiento del sistema.

Cosa que, naturalmente, era verdad; esperaba elevar el rendimiento del sistema, cuyo valor actual era exactamente el de cero.

–Ejem –dijo Joe sarcásticamente–. Muchísimas gracias.

–En fin –dije, tratando de desviar la conversación–. ¿Cuál es tu última teoría disparatada?

Como escritor científico altamente competente, Joe tenía una afición particular por lo raro y lo improbable. Puede que ésta fuera una forma de evasión; me he enterado casualmente de que escribe también relatos de ciencia–ficción, aunque lo oculta muy bien ante sus jefes. Tienen una secreta afición al espiritismo y la parapsicología y los platillos volantes, pero su verdadera especialidad son los continentes perdidos.

–Estoy trabajando en un par de ideas –admitió–. Se me ocurrieron mientras hacía indagaciones sobre este asunto.

–Sigue –dije, sin atreverme a levantar la vista del análisis de mi curry.

–El otro día me tropecé con un mapa (trazado por Ptolomeo, por si te interesa) de Ceilán. Me recordaba otro viejo mapa de mi colección, y lo saqué. Tenía la misma montaña central, la misma distribución de los ríos en su recorrido hasta el mar. Pero este mapa era de Atlantis.

–¡Oh, no! –exclamé–. La última vez que nos vimos estuviste convenciéndome de que la Atlántida era la cubeta occidental del Mediterráneo.

Joe hizo un gesto simpático.

–Podía estar equivocado, ¿no? En todo caso, tengo una prueba mucho más sorprendente. ¿Cuál es el viejo nombre nacional de Ceilán... y de los modernos cingaleses, en definitiva?

Me quedé pensando un segundo, y luego exclamé:

–¡Cielo santo! Lanka, por supuesto. Lanka... Atlantis –se me enredaron los nombres en la lengua.

–Exactamente –dijo Joe–. Pero no bastan dos claves, por sorprendentes que sean, para sustentar enteramente una teoría; y eso es todo cuanto tengo de momento.

–Qué lástima –dije, auténticamente decepcionado–. ¿Y tu otro proyecto?

–Ese te va a dejar sentado –contestó Joe con presunción.

Hurgó en la baqueteada cartera que siempre llevaba consigo y sacó un mazo de papeles.

–Ocurrió a sólo ciento ochenta millas de aquí, hace más de un siglo. La fuente de información, como verás, es la mejor que existe.

Me tendió una fotocopia de una página del *Times* de Londres, que databa del 4 de julio de 1874. Me puse a leerla sin mucho entusiasmo, porque Joe siempre estaba sacando a relucir recortes de periódicos antiguos, pero mi falta de interés no tardó mucho en desaparecer.

En pocas palabras –me habría gustado transcribirla aquí literalmente, pero si quieren más detalles, su biblioteca local puede enviarle un facsímil en diez segundos–, el artículo contaba cómo la goleta *Pearl* había zarpado de Ceilán a primeros de mayo de 1874, y luego había hecho escala en la bahía de Bengala. El 10 de mayo, poco antes de la caída de la noche, apareció un enorme calamar a media milla de la goleta, y el insensato capitán abrió fuego con su fusil.

El calamar nadó directamente hacia la *Pearl*, agarró los mástiles con sus tentáculos y tiró de la nave hacia sí. La goleta se hundió en cuestión de segundos, arrastrando a dos miembros de su tripulación. Los demás fueron rescatados porque dio la casualidad de que el vapor de P. y O., el *Strathowen*, estaba a la vista y presencié la escena.

–Bueno –dijo Joe, cuando lo hube leído por segunda vez–. ¿Qué te parece?

–No creo en los monstruos marinos.

–El *Times* de Londres –contestó Joe– no tiene tendencia al sensacionalismo periodístico. Y los calamares gigantes existen, aunque los más grandes de que se tienen noticias son animales endebles y blancos, y no llegan a pesar más de una tonelada, aun cuando sus patas pueden tener unos cuarenta pies de longitud.

–¿Y qué? Un animal así no es capaz de hacer naufragar una goleta de ciento cincuenta toneladas.

–Cierto... pero hay una infinidad de pruebas de que el susodicho calamar gigante es meramente un calamar de gran tamaño. Puede haber decápodos marinos realmente gigantescos. En fin, un año después del incidente de la *Pearl* vieron un cachalote frente a las costas del Brasil, debatiéndose entre unos anillos descomunales que finalmente se lo llevaron a las profundidades. El relato de este incidente lo puedes encontrar en el *Illustrated London News* del veinte de noviembre de mil ochocientos setenta y cinco. Luego, por supuesto, tienes ese capítulo de *Moby Dick*...

–¿Qué capítulo?

–Pues el que se titula *El calamar*. Sabemos que Melville era un observador muy minucioso... aunque en esa ocasión dejó correr la pluma. Describe cómo un día de calma surgió del mar una enorme masa blanca como una capa de nieve recién caída de los montes. Y el hecho sucedía aquí, en el Océano Índico, quizá unas mil millas al sur del naufragio de la *Pearl*. Las condiciones meteorológicas eran idénticas, tenlo en cuenta.

–Lo que los hombres del *Pequod* vieron flotar en el agua, me sé este pasaje de memoria, porque lo he estudiado cuidadosamente, era una inmensa masa pulposa, de una longitud y anchura de varios estadios, de un color crema tornasolado e innumerables patas largas que partían de su centro, curvándose y retorciéndose como un nido de anacondas.

–Un momento –dijo Sergei, que había estado escuchándolo todo extasiado–. ¿Qué es un estadio?

Joe pareció sentirse ligeramente en un aprieto.

–De hecho, es un octavo de milla... unos seiscientos sesenta pies –levantó la mano para detener nuestra carcajada de incredulidad–. Bueno, estoy seguro de que Melville no lo decía en sentido literal. El era un hombre que se tropezaba a diario con cachalotes, y echó mano al azar de una unidad de longitud para describir algo mucho mayor. Así que, maquinalmente, saltó de las brazas a los estadios. Esa es, al menos, mi teoría.

Aparté las porciones intocables de mi curry.

–Si crees que me has hecho sentirle miedo a mi trabajo –dijo– te equivocas de medio a medio. Pero te prometo una cosa: que cuando me encuentre con un calamar gigante le voy a cortar un tentáculo y me lo voy a traer de recuerdo.

Veinticuatro horas más tarde me hallaba instalado en el interior del cangrejo, y descendía lentamente hacia la parrilla estropeada. No hubo forma de mantener el trabajo en secreto; Joe se había instituido en interesado espectador, y lo contemplaba desde una lancha próxima a la nuestra. Ese problema era de los rusos, no mío; sugerí a Shapiro que le pusieran al corriente, pero esto, como es natural, fue prohibido por la recelosa mente esclava de Karpukhin. Uno casi podía imaginárselo pensando: ¿Por qué aparece aquí un periodista americano, precisamente en este momento?, e ignorar la evidente respuesta de que Trincomalee era actualmente una gran noticia.

No hay absolutamente nada realmente emocionante o fascinante en los trabajos submarinos... si se realizan como es debido. Lo excitante implica ausencia de previsión, y eso significa incompetencia. Los incompetentes no duran demasiado en mi oficio, ni tampoco los que buscan experiencias fascinantes. Yo me puse a trabajar con la misma emoción que experimenta un fontanero al arreglar el canalón de un edificio.

Las parrillas estaban proyectadas de manera que tuviesen un mantenimiento fácil, dado que más tarde o más temprano tenían que ser reemplazadas. Por ventura, no estaba dañada ninguna de las espigas, y las tuercas salieron con facilidad al desenroscarlas con la llave inglesa. Luego puse en marcha los gráficos de trabajos pesados y quité la parrilla estropeada sin la menor dificultad.

Es una mala táctica el darse prisa en un trabajo subacuático. Si intentas demasiado deprisa corres el riesgo de cometer muchos errores. Y si las cosas marchan viento en popa y terminas en un día un trabajo que has dicho que tardaría una semana, el cliente pensará que no vale todo lo que has pedido por él. Aunque yo estaba convencido de que podía sustituir la parrilla esa misma tarde, subí a la superficie detrás de la parrilla estropeada y di por terminada mi jornada de trabajo.

Se llevaron el termo-elemento para someterlo a una autopsia, y yo me pasé el resto de la tarde huyendo de Joe. Trinco es un pueblecito pequeño, pero me las arreglé para evitar su compañía por el procedimiento de meterme en el cine y estarme sentado varias horas, viendo una interminable película tamil, en la que tres generaciones sucesivas sufrían idénticas crisis familiares de desplazamiento

de personalidad, alcoholismo, desertión, muerte y demencia, en technicolor y con la banda sonora a todo volumen.

A la mañana siguiente, poco después de amanecer y a pesar de que tenía un ligero dolor de cabeza, me encontraba en el lugar (lo mismo que Joe y que Sergei, los cuales habían decidido pasar un plácido día de pesca). Les saludé alegremente con la mano mientras me metía en el cangrejo, y luego la grúa me fue bajando suavemente por el costado. Por el otro costado, donde Joe no podía verlo, arriaron la parrilla de sustitución. Unas cuantas brazas más abajo la solté de la cabria y la bajé al fondo de la fosa de Trinco, donde, sin la menor dificultad, quedó instalada a media tarde. Antes de volver a la superficie, había repasado las tuercas, las soldaduras de los conductores, y los ingenieros de la costa habían completado sus pruebas de conexión. De nuevo me encontraba en cubierta, el sistema estaba funcionando una vez más, todo había vuelto a la normalidad, e incluso Karpukhin sonreía... Hasta que se paraba a preguntarse lo que nadie había sido capaz de contestar.

Yo sostenía aún la teoría de que había sido el desprendimiento de alguna laja... a falta de otra mejor. Y esperaba que la aceptaran los rusos, y que, consiguientemente, acabaran los fingimientos y disimulos con Joe.

Me di cuenta de que no era así cuando Shapiro y Karpukhin vinieron a verme con las caras largas.

–Klaus –dijo Lev–, queremos que baje usted otra vez.

–De ustedes es el dinero –repliqué–. Pero ¿para qué quieren que baje?

–Hemos examinado la parrilla estropeada y falta una sección del termo-elemento. Dimitri cree que... que alguien... la ha roto deliberadamente y se la ha llevado.

–Entonces han hecho un mal trabajo –contesté–. Les puedo asegurar que no ha sido ninguno de mis hombres.

Era peligroso hacer esa clase de chistes en presencia de Karpukhin, y a nadie le hizo gracia. Ni a mí; porque yo ya empezaba a sospechar que Karpukhin tenía una idea en la cabeza.

El sol se estaba ocultando cuando inicié mi última inmersión a la Sima de Trinco, pero el anochecer no tiene importancia alguna en esas profundidades. Hasta los dos mil pies hice el descenso sin luces porque me gusta contemplar las criaturas luminosas de la mar, resplandecientes y fluctuantes en la oscuridad, huyendo veloces como cohetes, a veces, de la ventana de observación. En esta masa líquida no había peligro de colisión; de todos modos, tenía un proyector de sonar panorámico, muchísimo más eficaz que mis propios ojos.

Al llegar a las cuatrocientas brazas me di cuenta de que ocurría algo. El fondo estaba a punto de aparecer a la vista según el sondador vertical... pero la aproximación era demasiado lenta. El promedio de descenso era excesivamente bajo. Podía aumentarlo fácilmente inundando otro tanque de flotación... pero no me decidí a hacerlo. En mi trabajo, cualquier cosa que se salga de lo corriente ha

de tener su explicación; he salvado la vida tres veces por haber esperado a encontrarla.

El termómetro me dio la respuesta. La temperatura exterior era cinco grados más elevada de lo que debía ser, y siento decir que tardé cinco segundos en comprender por qué.

Sólo a un centenar de pies por debajo de mí, la parrilla reparada funcionaba ahora a pleno rendimiento, produciendo megavatios de calor al tratar de equilibrar la diferencia de temperatura entre la Sima de Trinco y el estanque solar de la superficie. No se llegaría a establecer ese equilibrio, por supuesto; pero en el intento se generaba electricidad... y yo estaba siendo arrastrado hacia arriba por el géiser de agua caliente que se producía como efecto secundario.

Una vez en la parrilla, me resultaba enormemente difícil mantener el cangrejo en posición estable debido a la corriente ascendente, y al penetrar el calor en la cabina, empecé a sudar incómodo. El exceso de calor en el fondo del mar era una experiencia nueva; así como la visión, casi de espejismo, que producía el agua ascendente, la cual hacía danzar y temblar las luces de mis proyectores sobre la pared de roca que estaba inspeccionando.

Imagínenme con las luces resplandecientes en medio de una oscuridad de quinientas brazas, descendiendo lentamente por la pendiente del cañón, que en este lugar se inclinaba como el tejado de una casa. El termo-elemento que faltaba –si es que estaba aún por allí– no podía haber ido a parar muy lejos, antes de detenerse. O lo encontraba en diez minutos o no lo encontraría jamás.

Tras una hora de búsqueda había encontrado varias bombillas rotas (es asombrosa la cantidad de bombillas que arrojan los barcos a la mar... los fondos marinos están llenos de ellas, una botella de cerveza vacía (el mismo comentario) y una bota flamante. Eso fue lo último que encontré, porque a continuación me di cuenta de que no estaba solo.

Yo nunca apago el sonar, y aunque no me esté moviendo, reviso la pantalla a cada instante para comprobar la situación general. En este momento, la situación era que un objeto de grandes dimensiones –del tamaño del cangrejo por lo menos– se aproximaba por el Norte. Cuando lo localicé, se hallaba a la distancia de unos quinientos pies, y se acercaba lentamente. Apagué mis luces, silencié los propulsores que tenía en marcha y seguí moviéndome a escaso régimen para mantenerme en agua turbulenta, dejándome llevar por la corriente.

Aunque me sentí tentado de llamar a Shapiro para comunicarle que tenía compañía, decidí esperar a tener más información. Sólo había tres naciones que poseían naves de inmersión capaces de operar a esta profundidad, y yo estaba en excelentes relaciones con todas ellas. No debía apresurarme demasiado, si no quería verme involucrado en complicaciones políticas innecesarias.

A pesar de que me sentía ciego sin el sonar, no quería delatar mi presencia, así que lo desconecté de mala gana y confié en mis ojos. Cualquiera que quisiese operar a estas profundidades tenía que utilizar luces, y yo las vería venir mucho antes de que él me viera a mí. Así que esperé en mi pequeña cabina caliente,

silenciosa, forzando los ojos en la oscuridad, tenso y alerta, aunque no estaba particularmente preocupado.

Primero vi un resplandor difuso a una distancia indeterminada. Se fue haciendo más grande y más brillante, aunque no adquirió ninguna forma que mi conciencia pudiera reconocer. El vago resplandor se concentró en una miríada de puntitos, hasta que adquirió el aspecto de una constelación que venía navegando hacia mí. Así podían parecer las nubes de estrellas de la galaxia, vistas desde algún mundo cercano al corazón de la Vía Láctea.

No es cierto que los hombres se asusten ante lo desconocido; pueden tener miedo sólo de lo que conocen, de lo que ya han experimentado. Yo no tenía ni idea de qué era lo que se estaba acercando, pero ninguna criatura marina podría tocarme, estando en el interior de un buen blindaje de seis pulgadas de fabricación suiza.

La cosa aquella estaba casi encima de mí, brillando con una luz de su propia creación, cuando se escindió en dos nubes separadas. Y lentamente fueron penetrando en el foco, no de mis ojos, sino de mi entendimiento, y comprendí que la belleza y el terror surgían del abismo para alzarse en contra mía.

Lo primero que sentí fue el terror al descubrir que las bestias que se acercaban eran calamares; y en mi cerebro comenzaron a reverberar todas las historias de Joe. Luego, con una considerable sensación de desencanto, me di cuenta de que tenían solamente unos veinte pies de largo... eran un poco más grandes que el cangrejo, y tenían sólo una fracción de su peso. No podían hacerme daño alguno. Y al margen completamente de eso, su indescriptible belleza les privaba de toda apariencia de amenaza.

Esto suena ridículo, pero es cierto. En mis viajes he visto casi todos los animales de este mundo, pero ninguno podía competir con las luminosas apariciones que ahora flotaban ante mí... Las luces de colores, variando cada segundo, palpitaban y danzaban a lo largo de sus cuerpos, dándoles el aspecto de estar cubiertos de joyas. Había zonas que refulgían en un brillante tono azul, como vacilantes arcos de mercurio, que cambiaban luego, transformándose casi instantáneamente en un encendido rojo de neón. Los tentáculos semejaban filas de cuentas luminosas arrastradas por el agua, o hileras de luces, como las de las autopistas cuando se ven desde el cielo en plena noche. Apenas visible contra esta luminosidad de fondo, destacaban los ojos enormes, pavorosamente humanos e inteligentes, cada uno rodeado de una diadema de brillantes perlas.

Lo siento, pero eso es lo más que puedo hacer. Sólo la cámara cinematográfica podría hacer justicia a estos calidoscopios vivientes. No sé cuánto tiempo estuve contemplándolos; y tan fascinado estaba por su luminosa belleza, que casi había olvidado mi misión. Era evidente que aquellos tentáculos, delicados como flagelos, no podían haber roto la parrilla. Sin embargo, la presencia de estas criaturas aquí era, cuando menos, muy extraña. Karpukhin la habría calificado de sospechosa.

Iba a llamar a la superficie cuando vi algo increíble. Lo había tenido todo el tiempo delante de los ojos, pero no me había dado cuenta hasta ahora.

Los calamares estaban hablando entre sí.

Esos trazos luminosos y evanescentes no iban y venían al azar. Había en ellos tanta intencionalidad como los anuncios luminosos de Broadway o de Piccadilly. Cada pocos segundos componían una imagen que casi tenía un sentido, pero se desvanecía antes de que yo pudiese interpretarla. Yo sabía, naturalmente, que hasta el pulpo más vulgar manifiesta sus emociones mediante rápidos cambios de irisaciones... pero esto pertenecía a un orden muy superior. Era una auténtica comunicación: aquí se trataba de dos anuncios eléctricos vivientes que se enviaban mensajes uno a otro.

Cuando vi una inequívoca representación del cangrejo se desvanecieron todas mis dudas. Aunque no soy hombre de ciencia, en ese momento experimenté los sentimientos de un Newton o un Einstein en el momento de presenciar una revelación. Esto me haría famoso...

Luego cambió la imagen de la manera más extraña. Apareció el cangrejo nuevamente, pero un tanto más pequeño. Y junto a él, mucho más pequeños aún, había dos objetos de lo más peculiares. Cada uno consistía en un par de puntos rodeados por una silueta compuesta de diez líneas radiales.

Ahora es cuando pensé que a los suizos se nos dan bien los idiomas. Sin embargo, no se requería una inteligencia excepcional para inferir que se trataba de la imagen del calamar percibida por sus propios ojos, y que lo que yo veía no era ni más ni menos que el esbozo rudimentario de la situación. Pero ¿por qué la dimensión absurdamente pequeña de los calamares?

No tuve tiempo de ponerme a averiguarlo, porque en seguida sobrevino otro cambio. Un tercer símbolo de calamar apareció en dicha pantalla viviente... y esta vez era enorme, hasta el punto de empequeñecer por segundos en la noche eterna. Luego, la criatura que lo había reflejado desapareció a increíble velocidad y me dejó solo con su compañero.

Ahora el significado estaba demasiado claro. ¡Dios mío! —me dije— se han dado cuenta de que no pueden conmigo y han ido a buscar al hermano mayor.

Y yo tenía ya más una prueba de lo que era capaz el hermano mayor, más patente aún que todas las de Joe Watkins con sus investigaciones y sus recortes de periódico.

Ese fue el momento —no les sorprenderá oírlo— en que decidí no permanecer allí ni un minuto más. Pero antes de marcharme se me ocurrió que podía intentar hablarles yo también.

Después de estar tanto tiempo a oscuras había olvidado la potencia de mis luces. Me hicieron daño a los ojos, y debió ser angustioso para el desdichado calamar. Traspasado por este resplandor intolerable, su propia iluminación se apagó completamente, perdió toda su belleza, y se convirtió en una pálida bolsa de gelatina con dos negros botones por ojos. Por un momento pareció quedarse paralizado de estupor; luego salió disparado en pos de su compañero, mientras

yo iniciaba mi ascensión hacia la superficie, para volver a un mundo que ya no sería jamás el mismo.

—He encontrado a su saboteador —le dije a Darpukhin, cuando abrieron la escotilla del cangrejo—. Si quiere saber todo lo referente a él pregúntele a Joe Watkins.

Dejé que Dimitri sudara unos segundos, mientras yo disfrutaba viendo su expresión. Luego le di mi informe brevemente redactado.

Le di a entender —sin decirlo expresamente— que los calamares que había visto eran lo suficientemente grandes como para haber hecho todo ese daño; pero no dije nada sobre la conversación que presencié. Eso sólo habría suscitado la incredulidad. Además, necesitaba tiempo para pensar en este asunto y atar cabos... si podía.

Joe me ha sido de gran ayuda, aunque él no sabe todavía más que los rusos. Me ha contado lo maravillosamente desarrollado que tienen el sistema nervioso los calamares, y me ha explicado que algunos pueden cambiar su aspecto en un abrir y cerrar de ojos mediante impresiones tricolores instantáneas, gracias a la extraordinaria red de cromóforos que recubre sus cuerpos. Probablemente, esto dio origen a un camuflaje; pero parece natural —e inevitable— que acabara constituyendo un sistema de comunicación.

Pero hay una cosa que preocupa a Joe.

—¿Qué estaban haciendo alrededor de la parrilla? —sigue preguntándome quejumbroso—. Son invertebrados de sangre fría. Lo primero sería que no les gustara el calor, del mismo modo que sienten aversión a la luz.

Eso es lo que desconcierta a Joe; en cambio a mí no. Efectivamente, creo que esa es la clave de todo el misterio.

Esos calamares, ahora estoy seguro, están en la fosa de Trinco por la misma razón de que hay hombres en el polo sur... o en la Luna. La pura curiosidad científica les ha hecho salir de sus frías regiones, para investigar este géiser de agua caliente que emana de las paredes del cañón. Aquí existe un fenómeno extraño e inexplicable... el cual, posiblemente, amenaza su forma de vida. Así que han enviado a su gigantesco primo (¿un criado?, o ¡un esclavo!) para que les traiga una muestra que someterán a examen. No puedo creer que esperen entenderlo; al fin y al cabo ningún científico de la Tierra lo habría entendido hace sólo un centenar de años. Pero lo están intentando, y eso es lo que importa.

Mañana empezaremos a tomar medidas preventivas. Voy a bajar a la fosa de Trinco para instalar grandes focos de luz; Shapiro espera que estas luces mantengan a los calamares alejados de la bahía. Pero ¿cuánto tiempo dará resultado esta argucia, si hay una inteligencia en las profundidades que está despertando?

Mientras grabo esto, estoy sentado aquí, al pie de las antiguas murallas de Fuerte Federico, mirando cómo se eleva la Luna sobre el océano Índico. Si todo marcha bien, servirá de preámbulo al libro que Joe me ha insistido que escriba. Si no...

Oye, Joe, te hablo a ti ahora. Publícalo como a ti te parezca; y os pido mil perdones a ti y a Lev por no haberos dado a conocer todos los hechos antes. Ahora comprenderéis por qué.

Pase lo que pase, recordad esto; son unas criaturas hermosas, maravillosas; tratad de llegar a un acuerdo con ellas, si podéis.

Para: Ministerio de Energía Eléctrica, Moscú.

De: Lev Shapiro, ingeniero jefe del Proyecto de Energía Termoeléctrica de Trincomalee.

Se adjunta transcripción completa de la grabación hallada entre los efectos personales de Herr Klaus Muller, después de su última inmersión. Estamos muy agradecidos a Mr. Joe Watkins, del Times, por su ayuda en el esclarecimiento de varios puntos.

Se recordará que el último mensaje inteligible de Herr Muller iba dirigido a Mr. Watkins, y decía lo siguiente:

—¡Joe! ¡Tenías razón en lo de Melville! Es una criatura absolutamente gigan...

Un mundo distinto

J.-H. Rosny Ainé

Traducción de Elvio E. Gandolfo en *Cuentos de ciencia ficción Tomo 2: Fundadores*, biblioteca básica universal 159, centro editor de américa latina, 1981.

Joseph-Henri Boex, más tarde conocido como J.-H. Rosny Ainé, nació en Bruselas, Bélgica, en 1856. Después de un viaje a Inglaterra, se instaló definitivamente en París, donde se relacionó con el mundo literario de la época (los Goncourt, Alphonse Daudet) y escribió sus primeras obras. Pronto su hermano Justin comenzó a colaborar con él: entre ambos redactaron alrededor de 50 obras. Por su parte Rosny Ainé escribió cerca de un centenar. Sus conocimientos científicos eran amplios, y su estilo absolutamente personal.

Dentro de la ciencia ficción su obra tiene una importancia equiparable a las de Julio Verne y de H. G. Wells, aunque se la ha difundido mucho menos. Entre sus características se cuentan la reposada densidad de su escritura, y una cosmovisión que apuesta a la multiplicidad y la coexistencia de formas de vida distintas. Entre sus novelas se cuentan varias ambientadas en los tiempos prehistóricos, como La guerra del fuego. Dentro de la ciencia ficción, los títulos más importantes son: Los Xipehuz (1887), La muerte de la Tierra (1910), La fuerza misteriosa (1914), Los navegantes del infinito (1925). Es de lamentar que los autores franceses, luego de la Segunda Guerra Mundial, olvidaran por completo su obra y la de otros como Maurice Renard, para imitar en su mayoría a las corrientes anglosajonas, clásicas o de vanguardia. Los relatos de Rosny Ainé, muerto en 1940, no han perdido nada de su vigor, dentro del género y fuera de él, en el ámbito de la literatura a secas.

Un mundo distinto, publicado en 1895, trata con ejemplar falta de melodramatismo y tintes nitzcheanos, el tema del superhombre, o del individuo "distinto", más tarde encarado casi exclusivamente bajo el signo de la persecución y la desdicha, por autores como Theodore Sturgeon (Más que humano) u Olaf Stapledon (Juan Raro).

1

Soy oriundo de Güeldres. Nuestro patrimonio se reduce a algunos acres de brezales y agua amarilla. Sobre el linde crecen pinos que se estremecen con un ruido metálico. La granja tiene escasos cuartos habitables y muere piedra a piedra en la soledad. Pertenece a una antigua familia de pastores, numerosa en otros tiempos ahora reducida a mis padres, mi hermana y yo.

Mi destino, bastante lúgubre al principio, se ha convertido en el más bello que yo conozca: he encontrado a Aquel que me comprende: él enseñará lo que yo soy el único en saber entre los hombres. Pero durante mucho tiempo he sufrido, he desesperado, presa de la duda, de la soledad espiritual, que termina por roer hasta las certezas absolutas.

Vine al mundo con una constitución orgánica única. Fui objeto de asombro desde un principio. No es que pareciese mal conformado: según me han dicho, era yo de cuerpo y rostro más gráciles que lo que es común al nacer. Pero tenía una tez de lo más extraordinaria, de una especie de color violeta pálido... muy pálido, pero muy nítido. A la luz de las lámparas, sobre todo de las lámparas de aceite, esta tez palidecía aún más, se convertía en un blanco extraño, como de un lirio sumergido bajo agua. Esa es al menos la visión de los demás hombres: porque por mi parte me veo de otro modo, así como veo de otro modo todos los objetos de este mundo. A esta primera particularidad se unían otras que se revelaron más tarde.

Aunque nací con todas las apariencias de la salud, crecí penosamente. Era delgado, me quejaba sin cesar; a la edad de ocho meses, aún no me habían visto sonreír. Pronto desesperaron de criarme. El médico de Zwartendam me declaró afectado de miseria fisiológica: no veía para ello otro remedio que la higiene rigurosa. Pero ésta no logró mejorarme; todos los días esperaban verme desaparecer. Creo que mi padre se había resignado, poco halagado en su amor propio –su amor propio holandés, compuesto de orden y regularidad– por el aspecto extravagante de su hijo. Mi madre, por el contrario, me amaba justamente en proporción a mi extrañeza, ya que terminó por encontrar agradable el tinte de mi piel.

Las cosas estaban así, cuando un acontecimiento muy sencillo vino en mi ayuda: como todo debía ser anormal en mí, este acontecimiento fue motivo de escándalo y preocupaciones.

Cuando una criada se fue, tomaron para reemplazarla a una vigorosa muchacha frisona, llena de entusiasmo por el trabajo y de honestidad, pero inclinada a la bebida. Me confiaron a la recién llegada. Al verme tan débil, se le ocurrió darme, a escondidas, un poco de agua y de cerveza mezcladas con *schiedam* *, según ella remedios soberanos contra todos los males.

*_ Aguardiente holandés

Lo más curioso es que no tardé en recobrar fuerzas, y que mostré desde entonces una predilección extraordinaria por el alcohol. La buena muchacha se regocijaba en secreto de la cuestión, no sin saborear cierto placer en intrigar a mis padres y el médico. Puesta entre la espada y la pared, terminó por revelar el misterio. Mi padre tuvo un violento ataque de cólera, el médico apostrofó a la superstición y la ignorancia. Se dieron órdenes severas a los criados; me apartaron de la frisona.

Empecé a adelgazar, a desmejorar, hasta que, prestando oídos sólo a su ternura, mi madre me devolvió al régimen de cerveza y *schiedam*. De inmediato recobré el vigor y la vivacidad. La experiencia era concluyente: el alcohol se revelaba indispensable para mi salud. Mi padre se sintió humillado por ello; el médico salió del paso recetando vinos medicinales, y desde entonces mi salud fue excelente: no faltó quien me pronosticara una carrera de ebriedad y desenfreno.

Poco después de este incidente, una nueva anomalía escandalizó a quienes me rodeaban. Mis ojos, que al principio habían parecido normales, se volvieron extrañamente opacos, adquirieron una apariencia córnea, como los élitros de

ciertos coleópteros. El médico aseguró que yo perdía la vista; sin embargo confesó que el mal le parecía absolutamente extraño y de un tipo que nunca le había sido dado estudiar. Pronto la pupila se confundió de tal modo con el iris, que era imposible discernir la una del otro. Además, advertieron que yo podía mirar el sol sin que eso me incomodara. A decir verdad, no estaba ciego para nada, y hasta hubo que convenir en que veía de modo bastante normal.

Así llegué a la edad de tres años. Era entonces, según la opinión de nuestros vecinos, un pequeño monstruo. El color violeta de mi tez había variado poco; mis ojos eran completamente opacos. Hablaba mal y con una rapidez increíble. Era hábil con las manos y bien conformado para todos los movimientos que exigen más presteza que fuerza. Nadie negaba que yo hubiese sido grácil y agradable, si hubiese tenido tez natural y las pupilas transparentes. Demostraba inteligencia, pero con lagunas que los que me rodeaban no profundizaron, sobre todo porque, con excepción de mi madre y mi frisona, no me querían mucho. Para los extraños era un objeto de curiosidad, y para mi padre una mortificación continua.

Por otra parte, si él había conservado alguna esperanza de verme recobrar un aspecto semejante al de los demás hombres, el tiempo se encargó de desilusionarlo. Me volví cada vez más extraño, por mis gustos, mis costumbres, mis cualidades. A los seis años, me alimentaba casi únicamente de alcohol. Apenas si probaba algunos bocados de fruta y de legumbres. Crecía con prodigiosa rapidez, era increíblemente delgado y liviano. Quiero decir liviano incluso desde el punto de vista específico... o sea justamente la contrario de la que ocurre con los flacos: por ejemplo, nadaba sin el menor esfuerzo, flotaba como una tabla de álamo. Mi cabeza no se hundía más que el resto de mi cuerpo.

Era ágil en proporción a esa liviandad. Corría con la rapidez de un cabrito, franqueaba con facilidad fosos y obstáculos que ningún hombre habría ni siquiera intentado franquear. En un parpadeo, llegaba a la cima de un haya; o, lo que sorprendía aún más, saltaba sobre el techo de nuestra granja. En compensación, el menor bulto me doblegaba.

Todo esto, en suma, no eran más que fenómenos que indicaban una naturaleza especial, que por sí mismos sólo hubiesen contribuido a singularizarme y volverme desagradable: ninguno me colocaba fuera de la Humanidad. Era un monstruo, sin duda, pero por cierto no más que aquellos que nacen con cuernos u orejas de animal, con cabeza de vaca o de caballo, con aletas, sin ojos o con un ojo suplementario, con cuatro brazos, cuatro piernas, o sin brazos ni piernas. Mi piel, a pesar de su tinte sorprendente se aproximaba mucho a ser simplemente una piel tostada: mis ojos no tenían nada de repugnante, a pesar de su opacidad. Mi extraña agilidad era una cualidad; mi necesidad de alcohol podía pasar por un simple vicio, rasgo hereditario de ebriedad: por otra parte las personas poco educadas, como nuestra criada frisona, no veían en eso más que una confirmación de sus ideas sobre la "fuerza" del *schiedam*, una demostración un poco pintoresca de la excelencia de sus gustos. En cuanto a la velocidad de mis palabras, a su volubilidad, que era imposible de seguir, esto parecía confundirse con los defectos de pronunciación –farfulleo, ceceo, tartamudeo– comunes en tanto niños pequeños. De modo que, concretamente, yo no tenía caracteres exagerados de monstruosidad, aunque el conjunto fuese extraordinario: es que lo

más curioso de mi naturaleza se les escapaba a quienes me rodeaban, ya que nadie advertía que mi visión se diferenciaba extrañamente de la visión normal.

Si veía algunas cosas menos bien que los demás, veía una gran cantidad de cosas que nadie veía. Esta diferencia se manifestaba sobre todo en relación con los colores. Todo lo que se supone rojo, anaranjado, amarillo, verde, azul, índigo, se me aparecía de un gris más o menos negruzco, mientras que percibía el violeta, y una serie de colores que están más allá de él, colores que son como la noche para los hombres normales. Más tarde reconocí que distingo unos quince colores tan distintos entre sí como, por ejemplo, el amarillo y el verde... con infinidad de gradaciones, desde luego.

En segundo lugar, la transparencia no se manifiesta a mis ojos en condiciones comunes. Veo bastante mal a través de un vidrio y a través del agua: el vidrio está muy coloreado para mí; el agua lo está notablemente, incluso cuando tiene poca profundidad. Muchos cristales supuestamente diáfanos son más o menos opacos, y en cambio, una gran cantidad de cuerpos supuestamente opacos no detienen mi visión. En general, veo a través de los cuerpos con mucho mayor frecuencia que ustedes; y la traslucidez, la transparencia turbia, se presenta tan a menudo que puedo decir que, para mis ojos, es la regla de la naturaleza, mientras que la opacidad incompleta es la excepción. Es así como discierno los objetos a través de la madera, las hojas, los pétalos de las flores, el hierro magnético, la hulla, etc.. Sin embargo, bajo un espesor variable, estos cuerpos se convierten en un obstáculo: por ejemplo cuando se trata de un árbol grande, agua de un metro de profundidad, un grueso bloque de hulla o de cuarzo.

El oro, el platino, el mercurio son negros y opacos, el vidrio es negruzco. El aire y el vapor de agua son transparentes, y sin embargo coloreados, como así también ciertos tipos de acero, ciertas arcillas muy puras. Las nubes no me impiden divisar el sol ni las estrellas. Por otra parte, distingo nítidamente las mismas nubes suspendidas en la atmósfera.

Esta diferencia de mi visión con la de los demás hombres era, como dije, muy poco advertida por mis prójimos: creían que yo distinguía mal los colores, nada más; es una enfermedad demasiado común como para llamar mucho la atención. No tenía consecuencia para los actos menores de mi vida, porque veía las formas de los objetos del mismo modo –y tal vez más sutilmente– que la mayoría de los hombres. La designación de un objeto por su color, cuando había que diferenciarlo de otro objeto con la misma forma, sólo me desorientaba si eran nuevos. Si alguien denominaba *azul* al color de un chaleco y *rojo* al de otro, poco importaban los colores reales bajo los que se me presentaban esos chalecos: azul y rojo se convertían en términos puramente mnemónicos.

Basados en eso, ustedes podrían creer que había algún tipo de concordancia entre mis colores y los de los demás, y que entonces todo venía a ser igual que si yo viera los colores. Pero, como ya escribí, el rojo, el verde, el amarillo, el azul, etc., *cuando son puros*, como lo son los colores del prisma, los percibo de un gris más o menos negruzco; para mí no son colores. En la naturaleza, donde ningún color es simple, no ocurre lo mismo: una substancia supuestamente verde, por ejemplo, es para mí de cierto color compuesto *; pero otra substancia supuestamente verde, y que para usted tiene un matiz idéntico a la primera, no tiene para nada el mismo color para mí. Como comprenderán entonces, mi tablero

de matices no se corresponde con el de ustedes: cuando acepto denominar amarillo tanto al latón como al oro, es un poco como si ustedes aceptaran llamar rojo tanto a un aciano como a un tulipán.

* _ Y este color compuesto, como es lógico, no comprende al verde, porque el verde para mí es obscuridad.

2

Si la diferencia entre mi visión y la visión común se hubiese reducido a eso, por cierto yo habría parecido algo bastante extraordinario. Sin embargo es poco en comparación con lo que me falta decirles. El mundo coloreado de otro modo, transparente y opaco de otro modo –la facultad de ver a través de las nubes, de percibir las estrellas en las noches más nubladas, de discernir a través de un tabique de madera lo que pasa dentro de una habitación cercana o en el exterior de un cuarto–, ¿qué es todo eso, al lado de la percepción de un MUNDO VIVO, de un mundo de Seres animados que se mueven al lado y alrededor del hombre, sin que el hombre tenga conciencia de él, sin que lo haya advertido por ningún tipo de contacto inmediato? ¿Qué es todo eso, junto a la revelación de que existe sobre esta Tierra una fauna distinta a nuestra fauna, y una fauna sin semejanza ni de forma, ni de organización, ni de costumbre, ni de modo de crecimiento, de nacimiento y de muerte, con la nuestra? Una fauna que vive al lado de la nuestra ya través de la nuestra, incluye a los elementos que nos rodean y es influida, vivificada por esos elementos, sin que sospechemos su presencia. Una fauna que –lo he demostrado– nos ignora así como nosotros la ignoramos, y a espaldas de la cual evolucionamos así como ella evoluciona a espaldas nuestras. ¡Un mundo vivo, tan variado como el nuestro, tan potente como el nuestro –y tal vez más– en sus efectos sobre la faz del planeta! ¡Un reino, por último, que se mueve sobre las aguas, en la atmósfera, sobre el suelo, modificando las aguas, la atmósfera y el suelo, de modo muy distinto al nuestro, pero con energía seguramente formidable, y que así actúa indirectamente sobre nosotros y nuestros destinos, como nosotros actuamos indirectamente sobre él y sus destinos! ...No obstante eso es lo que vi, lo que veo, único entre los hombres y los animales, eso es lo que estudio con ardor desde hace cinco años, después de haber pasado la infancia y la adolescencia sólo *constatándolo*.

3

¡Constatándolo! Desde que tengo memoria, sufrí por instinto la seducción de esta creencia extraña a la nuestra. Al principio, la confundí con las demás cosas vivas. Al darme cuenta de que nadie se preocupaba por su presencia, que todos, por el contrario, parecían indiferentes a ella, casi no experimenté la necesidad de señalar sus particularidades. A los seis años de edad, conocía a la perfección su diferencia con las plantas del campo, los animales del gallinero y del establo, pero la confundía un poco con fenómenos inertes como los resplandores de la luz, el correr de las aguas o de las nubes. Porque estos seres eran intangibles: cuando me alcanzaban su contacto no me hacía ningún efecto. Su forma, por lo demás muy variada, tenía sin embargo la particularidad de ser tan delgada, en una de sus tres dimensiones, como líneas geométricas que podían desplazarse.

Atravesaban todos los cuerpos orgánicos; en cambio parecían detenidos a veces, enredados en obstáculos invisibles... Pero los describiré más adelante. En este momento sólo quiero señalarlos, afirmar sus variedad de contornos y de líneas, su casi ausencia de espesor, su *impalpabilidad*, combinado todo esto con la autonomía de sus movimientos.

Hacia los ocho años, yo me daba cuenta muy bien de que eran distintos tanto de los fenómenos atmosféricos como de los animales de nuestro reino. En el arrebató que me provocó este descubrimiento, traté de expresarlo. Nunca pude lograrlo. Además de que mi forma de hablar era del todo incomprensible, como ya dije, el carácter extraordinario de mi visión la volvía sospechosa. Nadie se detuvo a desenredar mis gestos y mis frases, así como no se les habría ocurrido admitir que yo veía a través de los tabiques de madera, aunque hubiese dado en muchas ocasiones pruebas de ello. Entre los demás y yo había una barrera casi insuperable.

Caí en el desánimo y la meditación; me convertí en una especie de pequeño solitario; cuando estaba en compañía de chicos de mi edad provocaba malestar y yo también lo sentía. No era exactamente una víctima, porque mi velocidad me ponía fuera del alcance de las maldades infantiles y me brindaba el medio de vengarme con facilidad. Ante la menor amenaza, estaba lejos, me burlaba de la persecución. Por muchos que fueran, los chicos nunca lograron cercarme, y mucho menos forzarme. Ni siquiera podían atraparme mediante la astucia. Por débil que fuese para llevar bultos, mi impulso era irresistible, y pronto me liberaba. Podía regresar de pronto, abrumar al adversario, o los adversarios, con golpes rápidos y seguros. Así que me dejaban tranquilo. Me consideraban a la vez inocente y un poco brujo, pero dentro de una brujería poco temible, que despreciaban. Poco a poco me construí una vida aparte, hurafía, meditabunda, no del todo desprovista de calma. Sólo la ternura de mi madre me humanizaba, aunque, demasiado ocupada todo el día, casi no encontraba tiempo para las caricias.

4

Voy a tratar de describir brevemente algunas escenas de mi décimo año de vida, con el fin de concretizar las explicaciones anteriores.

Es de mañana. Un gran resplandor ilumina la cocina, resplandor amarillo pálido para mis padres y los criados, muy distinto para mí. Sirven el desayuno, pan con té. Pero yo no tomo té. Me han dado un vaso de *schiedam* con un huevo crudo. Mi madre se ocupa tiernamente de mí; mi padre me interroga. Trato de contestarle, hago más lenta mi forma de hablar; él sólo comprende una sílaba de vez en cuando, se encoge de hombros.

—¡No hablará nunca!...

Mi madre me mira con compasión, convencida de que soy un poco pobre de espíritu. La servidumbre y las criadas ya no sienten ni curiosidad por el pequeño monstruo violeta; hace tiempo que la frisona ha regresado a su provincia. En

cuanto a mi hermana –tiene dos años– juega cerca de mí, y siento por ella una ternura profunda.

Una vez terminado el desayuno, mi padre se va a trabajar al campo con la servidumbre, mi madre empieza a dedicarse a sus tareas cotidianas. La sigo al gallinero. Los animales se dirigen hacia ella. los miro con interés, los quiero. Pero alrededor el otro Reino se agita y me atrae más: es el dominio misterioso que sólo yo conozco.

Sobre la tierra marrón, algunas formas extendidas; se mueven, se detienen, palpitan pegadas al suelo. Son de diversas especies, diferentes por el contorno, por el movimiento, sobre todo por la disposición, el diseño y los matices de los rasgos que las atraviesan. Estos rasgos constituyen, en suma, lo principal de su ser y me doy cuenta muy bien de ello desde pequeño. Mientras la masa de su forma es apagada, grisácea, las líneas son casi siempre refulgentes. Conforman redes muy complejas, emanan de centros, irradian a partir de ellos, hasta que se pierden, se hacen imprecisas. Sus matices son incontables, sus curvas infinitas. Estos matices varían incluso en una misma línea, como así también, aunque menos, la forma.

En conjunto, el ser está integrado por un contorno bastante irregular, pero muy nítido, por centros de irradiación, por líneas multicolores que se entrecruzan en abundancia. Cuando se mueven las líneas trepidan, oscilan, los centros se contraen y se dilatan, mientras que el contorno varía poco.

Todo esto lo comprendo muy bien desde entonces, aunque soy incapaz de definirlo; un encanto adorable me invade al contemplar los *Moedigen* *.Uno de ellos, coloso de diez metros de largo y casi diez de ancho, pasa lentamente a través del gallinero, y desaparece. Este otro, con algunas fajas anchas como cuerdas, centros amplios como alas de águila, me interesa en extremo y casi me asusta. Vacilo un instante en seguirlo, pero otros llaman mi atención. Son de todo tamaño: algunos no superan la longitud de nuestros más pequeños insectos, mientras que he visto algunos que alcanzan más de treinta metros de longitud. Avanzan sobre el suelo mismo, como pegados a las superficies sólidas. Cuando un obstáculo material –una pared, una casa– se presenta, lo franquean tomando la forma de su superficie, siempre sin modificación importante de su contorno. Pero cuando el obstáculo es de materia viva o que ha vivido, pasan directamente: es así como los he visto mil veces surgir de un árbol o debajo de los pies de un animal o de un hombre. Pasan también a través del agua, aunque prefieren permanecer en la superficie.

*_ Es el nombre que les di espontáneamente durante mi infancia, y que he conservado, aunque no corresponda a ninguna cualidad ni forma de estos seres.

Estos *Moedigen* terrestres no son los únicos seres intangibles. Existe una población aérea, de un esplendor maravilloso, de una sutileza, una variedad y un esplendor incomparables, junto a la cual nuestros pájaros más hermosos son apagados, lentos y pesados. Aquí también se trata de un contorno y líneas. Pero el fondo ya no es grisáceo; es extrañamente luminoso; centellea como el sol, y las líneas se desprenden de él en nervaduras vibrantes, los centros palpitan con violencia. Los *Vuren*, como los denomino, tienen una forma más irregular que la de los *Moedigen* terrestres, y por lo general se dirigen mediante la ayuda de

facultades rítmicas, entrecruzamientos y descruzamientos que, en mi ignorancia, no puedo precisar y que confunden mi imaginación.

Entretanto me he internado en un campo segado hace poco: el combate de un *Moedig* con otro me llama la atención. Estos combates son frecuentes; me apasionan con violencia. A veces es un combate entre iguales; más a menudo se trata del ataque de un fuerte contra un débil (el débil no es necesariamente el más pequeño). En el caso presente, el débil, después de una breve defensa, emprende la fuga, vivamente perseguido por su agresor. A pesar de la rapidez de su carrera, los sigo, logro no perderlos de vista, hasta el momento en que la lucha continúa. Se precipitan el uno sobre el otro, con dureza, hasta con rigidez, sólidos el uno para el otro. Cuando chocan, sus líneas fosforecen, se dirigen hacia el punto de contacto, sus centros se hacen más pálidos y pequeños. Al principio la lucha es bastante equilibrada, el más débil despliega mayor energía, y hasta logra obtener una tregua por parte del adversario. La aprovecha para huir otra vez, pero es rápidamente alcanzado, atacado con fuerza y al fin atrapado, es decir mantenido en una escotadura del contorno del otro. Es precisamente lo que él había tratado de evitar, al responder a los choques del más fuerte con choques menos enérgico, pero más precipitados. Ahora veo que todas sus líneas trepidan, sus centros laten desesperadamente; y poco a poco las líneas palidecen, se afinan. los centros se desdibujan. Después de unos minutos, queda en libertad: se aleja con lentitud, descolorido, debilitado. El rival, por el contrario, refulge más que antes, sus líneas se ven más coloreadas, sus centros más nítidos y más rápidos.

La lucha me ha conmovido profundamente; pienso en ella, la comparo con las luchas que veo a veces entre *nuestros* animales y animalitos; comprendo confusamente que los *Moedigen*, en suma, no se matan, o rara vez lo hacen, que el vencedor se conforma con *tomar fuerzas* a expensas del vencido.

La mañana avanza, son cerca de las ocho; van a empezar las clases en la escuela de Zwartendam: doy un salto hasta la granja, tomo mis libros, y allí estoy, entre mis semejantes, ninguno de los cuales adivina los profundos misterios que palpitan a su alrededor, donde nadie tiene ni la más remota idea de los seres vivos a través de los cuales pasa toda la humanidad y que atraviesan a la humanidad, sin el menor indicio de esa penetración mutua.

Soy un escolar muy pobre. Mi escritura es apenas un trazo apurado, informe, ilegible; mi forma de hablar sigue siendo incomprensible; mi distracción es evidente. El maestro exclama continuamente:

—Karel Onderreet, ¿quiere hacer el favor de dejar de mirar cómo vuelan las moscas?

¡Ah, querido maestro! ¡Es cierto que miro volar las moscas, pero cuánto más acompaña mi alma a los *Vuren* misteriosos que se mueven por el aula! ¡Y qué extraños sentimientos obsesionan mi alma infantil, al comprobar la ceguera de todos y sobre todo la suya, solemne pastor de inteligencias!

5

El período más penoso de mi vida transcurrió entre los doce y los dieciocho años.

En primer lugar, mis padres trataron de enviarme al colegio; allí sólo conocí desdichas y deberes. A costa de dificultades agobiantes, llegué a expresar de modo casi comprensible las cosas más comunes: pronunciando con gran esfuerzo mis sílabas, las expresaba con torpeza, y con acentos de sordo. Pero cuando se trataba de algo complejo, mi palabra recobraba su velocidad fatal; ya nadie podía seguirme. De modo que no podía dar constancia de mis adelantos oralmente. Por otra parte, mi escritura era atroz, mis letras se encaramaban unas sobre otras, y en mi impaciencia olvidaba sílabas, palabras: era un galimatías monstruoso. Además la escritura me resultaba un suplicio tal vez más intolerable que la palabra: ¡jera de una pesadez, de una lentitud asfixiantes! Si, a veces, a fuerza de trabajo y sudando la gota gorda, lograba comenzar un deber, pronto me sentía al cabo de mi energía y paciencia, casi desfalleciente. Prefería entonces las recriminaciones de los maestros, los ataques de furia de mi padre, los castigos, las privaciones, el desprecio, antes que esa tarea horrible.

De ese modo, me veía privado casi totalmente de medios de expresión: objeto de ridículo ya por mi delgadez y mi tez extravagante, por mis ojos extraños, pasaba además por una especie de idiota. Tuvieron que retirarme de la escuela, resignarse a hacer de mí un ignorante. El día en que mi padre decidió renunciar a toda esperanza, me dijo con una suavidad desacostumbrada:

–Pobre muchacho mío. he cumplido con mi deber... ¡con todo mi deber! ¡Nunca me reproches tu suerte!

Yo me sentía violentamente conmovido; lloraba con lágrimas ardientes: nunca experimenté con mayor amargura mi aislamiento en medio de los hombres. Me atreví a abrazar tiernamente a mi padre; murmuré:

–¡Sin embargo no es cierto que soy un imbécil!

Y en realidad, me sentía superior a quienes habían sido mis discípulos. Desde hacía cierto tiempo, mi inteligencia había adquirido un desarrollo notable. Leía, comprendía, adivinaba, y contaba con enormes elementos de meditación, más que los demás hombres, en aquel universo que sólo yo veía.

Mi padre no desentrañó mis palabras, pero se enterneció por mi abrazo.

–¡Pobre muchacho! –dijo.

Lo miré; sentí una angustia espantosa, ya que sabía demasiado bien que el vacío que había entre nosotros nunca sería franqueado. Mi madre, por la intuición del amor, comprendía en ese momento que yo no era inferior a los demás muchachos de mi edad: me contemplaba con ternura, me decía palabras ingenuas y dulces que venían del fondo del ser. Eso no dejaba de condenarme a interrumpir mis estudios.

Debido a mi escasa fuerza muscular, me confiaron al cuidado de las ovejas y el ganado. Me adapté a las mil maravillas; no necesitaba perro para custodiar los rebaños, ya que ningún potro, ningún semental era más ágil que yo.

Viví entonces, de los catorce a los diecisiete años, la vida solitaria de los pastores. Me convenía más que cualquier otra. Entregado a la observación y la contemplación, y también a algunas lecturas, mi cerebro no dejó de desarrollarse.

Comparaba sin cesar la doble creación que tenía ante los ojos, extraía de la misma ideas sobre la conformación del universo, bosquejada vagas hipótesis y sistemas. Si bien es cierto que en esa época mis pensamientos no tenían una correlación perfecta, no integraban una síntesis lúcida –porque eran pensamientos de adolescente, sin coordinar, impacientes, entusiastas–, eran sin embargo originales y fecundos. Me guardaré muy bien de negar que su valor dependía sobre todo de mi constitución única. Pero no recibían toda su fuerza de ese hecho. Sin el menor orgullo, creo poder decir que sobrepasaban notablemente, tanto en sutileza como en lógica, a los de los jóvenes comunes.

Sólo ellos brindaban consuelo a mi triste vida de semiparvia, sin compañeros, sin comunicación real con todos los que me rodeaban, ni siquiera con mi adorable madre.

A los diecisiete años, la vida se me hizo decididamente insoportable. Estaba cansado de meditar, cansado de vegetar en una isla desierta de pensamiento. Me caía de languidez y aburrimiento. Permanecía largas horas inmóvil, desinteresado del mundo entero, indiferente a todo lo que pasaba en mi familia. ¿Qué me importaba conocer más cosas maravillosas que los demás hombres, si esos conocimientos debían morir conmigo? ¿Qué importaba el misterio de los seres vivos, e incluso la dualidad de dos sistemas vitales que se atraviesan entre sí sin conocerse? Estas cosas podrían haberme animado, llenarme de entusiasmo y de ardor, si hubiese podido enseñarlas o compartirlas. ¡Pero no! Inútiles y estériles, absurdas y miserables, contribuían más bien a mi perpetua cuarentena psíquica.

Muchas veces soñaba con escribir, con fijar, de todos modos, a costa de esfuerzos continuos, algunas de mis observaciones. Pero desde que había salido de la escuela, había abandonado la pluma por completo, y, ya entonces mal escribiendo, apenas si sabía trazar, concentrándome, las veintiséis letras del alfabeto. ¡Si hubiese concebido aún alguna esperanza, tal vez habría insistido! ¿Pero quién tomaría en serio mis despreciables consideraciones? ¿Dónde estaba el lector que no me creería loco? ¿Dónde el sabio que no me rechazaría con desdén o ironía? ¡Entonces para qué entregarme a esa tarea vana, a ese suplicio irritante, casi similar al que significaría, para un hombre común, la obligación de grabar su pensamiento sobre plantas de mármol, con un cincel grande y un martillo ciclópeo! Para mí, la escritura tendría que haber sido taquigráfica... ¡Y aún así, de una taquigrafía más rápida que la usual!

Así que no tuve el coraje de escribir, y sin embargo esperaba con fervor no sé qué factor desconocido, qué destino feliz y singular. Me parecía que tenían que existir, en algún rincón de la tierra, cerebros imparciales, lúcidos, escrutadores, aptos para estudiarme, para comprenderme, para hacer surgir de mí y comunicar a los demás mi gran secreto. ¿Pero dónde estaban esos hombres? ¿Qué esperanza había de encontrarlos alguna vez?

Y recaí en una melancolía enorme, en los deseos de inmovilidad y aniquilamiento. Durante todo un otoño, desesperé del Universo. Languidecía en un estado vegetativo, del que sólo salía para entregarme a largos gemidos, seguidos de dolorosas convulsiones.

Adelgacé más, al extremo de volverme fantástico. Los aldeanos me llamaban, irónicamente, *Den Heyligen Gheest*, el Espíritu Santo. Mi silueta era temblorosa como la de los álamos tiernos, leve como un reflejo, y ya alcanzaba la estatura de los gigantes.

Lentamente nació un proyecto. Ya que mi vida estaba sacrificada, ya que ninguno de mis días tenía encanto y todo era para mí tinieblas y amargura, ¿por qué estancarme en la inactividad? Si suponía que no existía ninguna alma que pudiese responder a la mía, al menos valía la pena hacer el esfuerzo de comprobarlo para convencerse. Al menos valía la pena irse de aquella región sórdida, dirigirse a las grandes ciudades para encontrar a los sabios y los filósofos.

¿Acaso yo no era un objeto de curiosidad? Antes de llamar la atención sobre mis conocimientos sobrehumanos, ¿no podía excitar el deseo de estudiar mi persona! ¿Acaso los aspectos solamente físicos de mi ser no eran dignos de análisis, y mi vista, y la velocidad extrema de mis movimientos, y la particularidad de mi alimentación?

Cuanto más pensaba en eso, más razonable me parecía tener esperanza, y más crecía mi resolución. Llegó el día en que fue inquebrantable, en que la confié a mis padres. Ninguno de los dos entendió mucho, pero ambos terminaron por ceder a mis pedidos reiterados: obtuve permiso para dirigirme a Amsterdam, dispuesto a regresar si la suerte no me favorecía.

Partí una mañana.

6

De Zwartendam a Amsterdam hay unos cien kilómetros. Recorrí fácilmente esa distancia en dos horas, sin otra aventura que la sorpresa extrema de los que iban y venían al verme correr con semejante velocidad, y algunos apiñamientos en los alrededores de las aldeas y las grandes villas que contorneé. Para rectificar mi camino, me dirigí en dos o tres ocasiones a ancianos solitarios. Mi instinto de orientación, que es excelente, hizo el resto.

Eran alrededor de las nueve cuando llegué a Amsterdam. Entré con decisión a la gran ciudad, caminé pensativo junto a sus bellos canales donde viven dulces flotillas mercantiles. Atraje menos la atención de lo que había temido. Caminaba rápido en medio de personas ocupadas, soportando de vez en cuando las pullas de algunos jóvenes vagabundos. Sin embargo no me resolvía a detenerme. Recorrí la ciudad en todo sentido, hasta que al fin tomé la decisión de entrar en una taberna, sobre uno de los muelles del *Heeren Gracht*. El lugar era tranquilo: el magnífico canal se alejaba, lleno de vida, entre frescas hileras de árboles; y entre los *Moedigen* que veía circular sobre sus orillas, me pareció divisar una especie nueva. Después de cierta indecisión, crucé el umbral de la taberna, y, dirigiéndome al patrón, con la máxima lentitud que me era posible, le rogué que tuviera a bien indicarme un hospital cercano.

El hombre me miró con estupor, desconfianza y curiosidad, se quitó la voluminosa pipa de la boca y se la volvió a poner varias veces, hasta que al fin dijo:

–Sin duda usted es de las colonias, ¿verdad?

Como era. perfectamente inútil contrariarlo, contesté:

–¡En efecto!...

Pareció encantado de su perspicacia ; me hizo una nueva pregunta:

–¿Tal vez usted llega de esa región de Borneo a la que nunca se pudo entrar?

–De allí mismo...

Había hablado demasiado rápido: abrió los ojos como platos.

–¡De allí mismo! –repetí más lentamente.

El posadero sonrió con satisfacción.

–Le cuesta hablar en holandés, ¿eh? Así que necesita un hospital... ¿Sin duda está usted enfermo?

–Sí...

Se habían acercado algunos parroquianos. Ya se corría la voz de que yo era un antropófago de Borneo; no obstante, me observaban con mucho mayor curiosidad que antipatía. Entraron más personas desde la calle. Me puse nervioso, inquieto. Sin embargo puse buena cara, y repetí acompañando las palabras con toses:

–¡Estoy muy enfermo!

–Le pasa como a los monos de esa región –dijo entonces con bonhomía un hombre muy gordo–. ¡Holanda los mata!...

–¡Qué piel rara! –agregó otro.

–¿Y cómo ve? –preguntó un tercero, señalando mis ojos.

El círculo se estrechó, me envolvió en cien miradas curiosas, y seguían entrando personas en la sala.

–¡Qué alto es!

Es cierto que sobrepasaba a los más altos por una cabeza.

–¡Y delgado!...

–¡Parece que la antropofagia no los alimenta mucho que digamos!

No todas las voces eran malévolas. Algunos individuos que simpatizaron conmigo me protegían:

–¡No lo aprieten así, está enfermo!

–¡Vamos, amigo, coraje –dijo el hombre gordo al notar mi nerviosismo–. Yo mismo voy a guiarlo a un hospital.

Me tomó del brazo; se creyó en el deber de apartar a la multitud y dijo:

–¡Espacio para un enfermo!

Las multitudes holandesas no son muy hurañas: nos dejaron pasar, pero nos acompañaron. Caminamos junto al canal, seguidos por un gentío compacto; y algunos exclamaban:

–¡Es un caníbal de Borneo!

Por fin llegamos a un hospital. Era la hora de visitas. Me condujeron ante un interno, joven de enormes anteojos, que me recibió con aspereza. Mi compañero le dijo:

–Es un salvaje de las colonias.

–¡Cómo, un salvaje! –exclamó el otro.

Se quitó los anteojos para mirarme. La sorpresa lo dejó inmóvil por un momento. Me preguntó bruscamente:

–¿Puede usted ver?

–Veo muy bien...

Había hablado demasiado rápido.

–¡Es su acento! –dijo el hombre gordo con orgullo–. ¡Repita, amigo!

Repetí, me hice entender.

–Esos no son ojos humanos... –murmuró el estudiante–. ¡Y la tez!... ¿Es la tez de su raza? Entonces dije, con un esfuerzo terrible por hablar con lentitud:

–¡Vine para que me vea un sabio!

–¿Entonces no está enfermo?

–¡No!

–¿Y viene de Borneo?

–¡No!

–¿De donde viene entonces?

–¡De Zwartendam, cerca de Duisbourg!

–¿Entonces por qué su compañero pretende que usted es de Borneo?

–No quise contradecirlo...

–¿Y quiere ver a un sabio?

–Sí

–¿Para qué?

–Para ser estudiado.

–¿Para ganar dinero?

–No, gratis.

–¿Usted no es un pobre, un mendigo?

–¡No!

–¿Qué lo lleva a querer que lo estudien?

–Mi constitución física...

Pero, a pesar de mis esfuerzos, había hablado demasiado rápido. Tuve que repetirlo.

–¿Está seguro de que me ve? –preguntó el estudiante mirándome fijamente–. Sus ojos parecen córneos...

–Veo muy bien.

Y yendo de un lado a otro, tomé objetos con vivacidad, los dejé, los arrojé al aire para atraparlos al vuelo.

–¡Es extraordinario! –dijo el joven.

Su voz dulcificada, casi amistosa, me inundó de esperanza:

–Escuche –dijo al fin–, creo que el doctor Van den Heuvel podrá interesarse en su caso... Voy a hacer que le avisen. Espere en el cuarto vecino... Y a propósito... lo olvidaba... ¿no está enfermo, en suma?

–En absoluto.

–Bueno. Adelante... entre allí... El doctor no tardará...

Me encontré sentado entre monstruos conservados en alcohol: fetos, niños de forma bestial, batracios colosales, saurios vagamente antropomorfos.

Así que esta es mi sala de espera, pensé... ¿No seré candidato a uno de esos sepulcros de aguardiente?

7

Cuando apareció el doctor Van den Heuvel, la emoción me abrumó: sentí el estremecimiento ante la Tierra prometida, el júbilo de tocarla, el espanto de ser proscrito de ella. El doctor, de gran frente calva, poderosa mirada de analista, boca suave y sin embargo obstinada, me examinó en silencio, y, como ocurrió con todos, mi delgadez excesiva, mi talla alta, mis ojos cercados, mi tez violeta, fueron para él motivos de asombro.

–¿Dice usted que desea ser estudiado? –preguntó al fin.

Respondí con intensidad, hasta con violencia:

–¡Sí!

Sonrió con expresión aprobadora y me planteó la pregunta de costumbre:

–¿Ve bien con esos ojos?

–Muy bien... incluso veo a través de la madera, las nubes...

Pero había hablado demasiado rápido. Me lanzó una mirada inquieta.

Repetí, sudando la gota gorda:

–Incluso veo a través de la madera, las nubes...

–¡Caramba! Eso sería extraordinario... ¡Y bien! ¿Qué ve a través de la puerta... de esa puerta?

Me señaló una puerta clausurada.

–Una gran biblioteca con vidrios... una mesa tallada...

–¡Caramba! –repitió, estupefacto.

Se me ensanchó el pecho, una serenidad profunda bajó sobre mi alma. El sabio permaneció unos segundos en silencio, después agregó:

–Usted habla con mucho esfuerzo.

–¡Si no, hablo demasiado rápido...! No puedo hablar lentamente.

–Perfecto, hable un poco según su naturaleza.

Conté entonces el episodio de mi entrada a Arnsterdam.

Me escuchó con extrema atención, con una expresión de inteligencia y observación que yo nunca había encontrado entre mis semejantes. No comprendió nada de lo que dije, pero mostró la sagacidad de su análisis:

–No me equivoco... usted pronuncia de quince a veinte sílabas por segundo, es decir tres o cuatro veces más que las que el oído humano puede percibir. Por otra parte su voz es mucho más aguda que todo lo que he oído como voz humana. Sus gestos, de rapidez excesiva, se corresponden bien con esa forma de hablar... Es probable que toda su organización sea más rápida que la nuestra.

–Corro más rápido que una liebre –dije–. Escribo...

–¡Ah! –me interrumpió–. Veamos la escritura...

Garabateé algunas palabras sobre un papel secante que me alcanzó, las primeras bastante legibles, las demás cada vez más embrolladas, abreviadas:

–¡Perfecto! –dijo, y cierto placer se mezclaba al asombro–. Creo que tendré que felicitarle de nuestro encuentro. Por cierto será muy interesante estudiarlo a usted...

–¡Es mi deseo más vivo, mi único deseo!

–Y el mío, desde luego... La ciencia...

Parecía preocupado, pensativo; al fin dijo:

–Bastaría con que encontráramos un procedimiento fácil de comunicación...

Se paseó de un lado a otro, con las cejas contraídas. De pronto dijo:

–¡Que me cuelguen! ¡Aprenderá taquigrafía, demonios...! ¡Eh, eh!

Una expresión risueña apareció en su rostro:

–Y olvidaba el fonógrafo... ¡el buen confidente! Bastará con hacerlo girar más lentamente para la audición que para la grabación... Está decidido: ¡usted vivirá en casa mientras permanezca en Amsterdam!

¡Gocé de la vocación satisfecha, tranquilidad de no volver a pasar días vanos y estériles! Ante la personalidad inteligente del doctor, en aquel medio científico, experimenté un bienestar delicioso; la melancolía de mi alma solitaria, el pesar de mis facultades perdidas, la larga desdicha de paria que me aplastaba desde hacía tantos años, todo desaparecía, se evaporaba ante la sensación de una vida nueva, una vida verdadera, un destino salvado.

8

A partir del día siguiente el doctor tomó todas las medidas necesarias. Escribió a mis padres; trajo un profesor de taquigrafía y consiguió fonógrafos. Como era muy rico, y se dedicaba por completo a la ciencia, no había experiencia que no se propusiera llevar a cabo, y mi visión, mi oído, mi musculatura, el color de mi piel fueron sometidos a investigaciones escrupulosas, con las que se entusiasmaba cada vez más, exclamando:

–¡Esto es prodigioso!

Comprendí a la perfección, después de los primeros días, lo importante que era que las cosas se hicieran metódicamente, de lo simple a lo complejo, de lo anormal fácil a lo anormal maravilloso. Así que recurrí a una pequeña treta, de la que no hice un secreto para el doctor: la de revelar mis facultades poco a poco.

Lo primero de que se ocupó fue de la rapidez de mis percepciones y movimientos. Pudo convencerse de que la sutileza de mi oído se correspondía con la velocidad de mi forma de hablar. Experiencias controladas sobre los ruidos más furtivos, que yo imitaba con comodidad, o las palabras de diez o quince personas que hablaban a la vez y que yo discernía a la perfección, demostraron este punto hasta la evidencia. La velocidad de mi visión no era menor; en ensayos comparativos entre mi poder de descomposición del galope de un caballo, el vuelo de un insecto, y el mismo poder en aparatos de fotografía instantánea, demostraban que mis ojos los aventajaban. En cuanto a la percepción de las cosas comunes, los movimientos simultáneos de un grupo de hombres o de niños jugando, la evolución de instrumentos, de piedritas arrojadas al aire o de bolitas

lanzadas en un puñado para ser contadas al vuelo, todo esto dejaba estupefactos a la familia y los amigos del doctor.

Mi carrera en el gran jardín, mis saltos de veinte metros, la capacidad instantánea para atrapar o juntar objetos eran aún más admirados, no por el doctor, sino por quienes lo rodeaban. Y para la mujer y los hijos de mi anfitrión era un placer siempre renovado verme sacarle ventaja a un jinete lanzado al galope o seguir la trayectoria de alguna golondrina: en efecto, no hay pura sangre al que yo no pueda darle dos tercios de ventaja, cualquiera sea el trayecto, ni ave a la que no pueda superar con comodidad.

El doctor, cada vez más satisfecho del resultado de sus experiencias, me definió así: "un ser humano dotado, en todos sus movimientos, de una velocidad incomparablemente superior, no sólo a la de los demás hombres, sino incluso a la de todos los animales conocidos. Esta velocidad, que se encuentra tanto en los elementos más tenues de su organismo como en el conjunto, hace de él un ser tan distinto del resto de la creación que merece por sí solo tomar un nombre especial en la jerarquía animal. En cuanto a la conformación tan curiosa de su ojo, como así también el tinte violáceo de su piel, es necesario considerarlos como simples indicios de este estado especial."

Una vez controlado mi sistema muscular, no se encontró en él nada de notable, de no ser una excesiva delgadez. Tampoco mi oído presentaba rasgos especiales; ni mi epidermis, salvo desde luego su matiz. En cuanto al cabello, de color obscuro, de un negro violáceo, era fino como hilo de araña, y el doctor lo examinó minuciosamente:

–¡Sería necesario poder diseccionarlo a usted! –me decía a veces, riendo.

El tiempo pasó así dulcemente. Yo había aprendido muy rápido a taquigrafar, gracias al ardor de mi deseo y a la habilidad natural que demostraba para ese modo de transcripción rápido, en el que introduje, además, algunas abreviaturas nuevas. Empecé a tomar notas que mi taquígrafo traducía; y para el resto contábamos con fonógrafos, fabricados según un modelo imaginado especialmente por el doctor, y que se adaptaba perfectamente a devolver mis palabras, más lentas.

A la larga la confianza de mi anfitrión se hizo perfecta.

En las primeras semanas, no había podido evitar la sospecha –muy natural– de que la particularidad de mis facultades podía estar acompañada por algún tipo de locura, de desorden cerebral. Una vez descartado este temor, nuestras relaciones fueron del todo cordiales y, creo, tan cautivantes para el uno como para el otro. Realizamos el examen analítico de mi percepción a través de una gran cantidad de sustancias supuestamente opacas, y de la coloración obscura que adquirían para mí el agua, el vidrio, el cuarzo, la partir de cierto espesor. Se recordará que veo bien a través de la madera, de las hojas de los árboles, de las nubes y de muchas otras sustancias, que distingo mal el fondo de una extensión de agua a medio metro de profundidad, y que un vidrio, aunque me resulte transparente, lo es menos para mí que para los hombres en general, y tiene un color bastante obscuro. Un trozo de vidrio grueso se me presenta negruzco. El doctor se

convenció bien de todas estas singularidades: impactado sobre todo al verme distinguir las estrellas en las noches nubladas.

Recién en esta época empecé a decirle que el color me llega de modo distinto. Repetidas experiencias disiparon toda duda de que el rojo, el anaranjado, el amarillo, el verde, el azul y el índigo me son perfectamente invisibles, como el infrarrojo y el ultravioleta lo son para el ojo normal.

En compensación, pude evidenciar que percibo el violeta y, más allá del violeta, una gama de matices, un espectro coloreado al menos el doble de extenso que el espectro que va del rojo al violeta *.

*_ El cuarzo me da un espectro de ocho colores aproximadamente: el violeta extremo y los siete colores siguientes en el ultravioleta. Pero quedan aún unos ocho colores que el cuarzo no separa y que otras sustancias separan en menor o mayor grado.

Esto asombró al doctor más que todo lo demás. El estudio del fenómeno fue largo, minucioso, y, además, llevado a cabo con arte infinito. En manos del hábil experimentador, se convirtió en el origen de sutiles descubrimientos dentro del orden de las ciencias clasificadas por la humanidad, le dio la clave de fenómenos lejanos de magnetismo, de afinidad, de poder inductor, lo guió hacia nuevas nociones fisiológicas. Saber que un determinado metal incluye una serie de matices desconocidos, que varían con la presión, la temperatura, el estado eléctrico, que los gases más diáfanos tienen colores nítidos, incluso sobre un pequeño espesor; informarse sobre la infinita riqueza de tonos de objetos que parecen más o menos negros, mientras que brindan una gama más magnífica en el ultravioleta que todos los colores conocidos; saber por último hasta qué punto varían en matices desconocidos un circuito eléctrico, la corteza de un árbol, la piel de un hombre, en un día, una hora, un minuto... puede imaginarse fácilmente todo el partido que puede sacar un sabio ingenioso de semejantes nociones.

Sea como fuere, este estudio sumergió al doctor en las delicias de la novedad científica, en comparación con la cual los productos de la imaginación son fríos como las cenizas junto al fuego. No dejaba de decirme:

—¡Es evidente! ¡Su extra-percepción luminosa, en suma, no es más que el efecto de su organismo desarrollado en velocidad!

Trabajamos con paciencia durante todo un año sin que yo mencionase los *Moedigen*: quería convencer por completo a mi anfitrión, darle pruebas incontables de mis facultades visuales antes de atreverme a la confidencia suprema. Al fin llegó el momento en que creí poder revelar todo.

9

Fue una mañana, en un otoño suave cargado de nubes, que rodaban desde hacía una semana por la cúpula del cielo, sin que cayera la lluvia. Van den Heuvel y yo recorríamos el jardín. El doctor iba en silencio, absorto por completo en especulaciones de las que yo era el objeto principal. Al fin dijo:

—¡Qué hermoso sueño, ver a través de esas nubes... llegar hasta el éter, mientras que nosotros... ciegos como somos...

–¡Si sólo viese el cielo! –contesté.

–¡Ah, sí! El mundo entero es distinto...

–¡Mucho más distinto de lo que le he dicho!

–¿Cómo? –exclamó con ávida curiosidad–. ¿Acaso me ocultó usted algo?

–¡Lo principal!

Se plantó ante mí, me miró fijamente, con verdadera angustia, con la que se mezclaba no sé qué de místico.

–¡Sí, lo principal!

Habíamos llegado cerca de la casa; me precipité al interior para pedir un fonógrafo. El instrumento que trajeron era de envergadura, muy perfeccionado por mi amigo, y podía grabar un largo discurso; el criado lo depositó sobre la mesa de piedra donde el doctor y los suyos tomaban café en las hermosas noches de verano. El buen aparato, ajustado a la perfección, se prestaba admirablemente para las charlas. De modo que nuestra conversación prosiguió casi como una conversación común:

–Sí, le he ocultado lo principal, porque quería contar primero con toda su confianza. E incluso ahora, después de todos los descubrimientos que mi organismo le permitió hacer, temo que no me creerá sin esfuerzo, al menos al principio.

Me detuve para que el instrumento repitiera la frase: vi que el doctor palidecía con la palidez de los grandes sabios ante una nueva actitud de la materia. Le temblaban las manos.

–¡Le creeré! —dijo con cierta solemnidad.

–¿Incluso si pretendo que nuestra creación, quiero decir nuestro mundo vegetal y animal, no es la única vida de la tierra... que hay otra, igualmente vasta, múltiple, variada... invisible para sus ojos?

Sospechó que se trataba de ocultismo y no pudo dejar de decir:

–El mundo del cuarto estado... las almas, los fantasmas de los espíritus.

–No, no, nada de eso. Un mundo de seres vivos condenados como nosotros a una vida breve, a necesidades orgánicas, al nacimiento, el crecimiento, la lucha... un mundo tan débil y efímero como el nuestro, un mundo sometido a leyes también fijas, si no idénticas, un mundo igualmente prisionero de la tierra, desarmado ante las contingencias... pero por otra parte completamente distinto del nuestro, sin influencia sobre nosotros, así como nosotros no tenemos influencia sobre él, salvo por las modificaciones que aporta a nuestro fondo común, la Tierra, o por las modificaciones paralelas que nosotros hacemos sufrir a esa misma Tierra.

Ignoro si Van den Heubel me creyó, pero por cierto estaba invadido por una violenta emoción:

–¿Son fluidos, en suma? –preguntó.

–Es lo que no podría afirmar, porque sus propiedades son demasiado contradictorias para la idea que nosotros tenemos de la materia. La Tierra es para ellos tan resistente como para nosotros, y lo mismo ocurre con la mayor parte de los minerales, aunque pueden penetrar un poco en un *humus*. También son totalmente impermeables, sólidos, los unos para los otros. Pero atraviesan, aunque a veces con cierta dificultad, las plantas, los animales, los tejidos orgánicos; y nosotros también los atravesamos a ellos. Si uno de ellos pudiese percibirnos, tal vez apareceríamos para él fluidos en relación a ellos, como ellos me parecen fluidos en relación a nosotros; pero él no podría *sacar conclusiones*, como yo, se vería impactado por contradicciones paralelas... Lo que tiene de extraño su forma es que casi carece de espesor. Su tamaño varía hasta el infinito. He conocido algunos que llegan a los cien metros de longitud, otros diminutos como nuestros insectos más pequeños. En unos, la alimentación se realiza a expensas de la Tierra y los meteoros; en otros, a expensas de los meteoros y los individuos de su reino, sin que eso sea, sin embargo, motivo de asesinato como entre nosotros, porque basta que el más fuerte absorba fuerza, y esta fuerza puede ser trasegada sin agotar las fuentes vitales.

El doctor me dijo bruscamente:

–¿Usted los ve desde su infancia?

Adiviné que suponía que en el fondo se trataba de un desorden sobrevenido en mi organismo desde hacia poco.

–¡Desde mi infancia! –contesté con energía–. ¡Le proporcionaré todas las pruebas deseables!

–¿Los ve en este momento?

–Los veo... el jardín contiene una gran cantidad...

–¿Dónde?

–Sobre el camino, sobre los prados, sobre los muros, en la atmósfera... porque los hay terrestres y aéreos, sabe... y también acuáticos, aunque estos casi no abandonan la superficie del agua.

–¿Son numerosos en todas partes?

–Sí, y apenas menos numerosos en la ciudad que en el campo, en las habitaciones que en la calle. Los que gustan estar en los interiores son sin embargo más pequeños, sin... duda debido a la dificultad de pasar, aunque las puertas de madera no son para ellos un obstáculo.

–Y el hierro... el vidrio... el ladrillo...

–Les son impenetrables.

–¿Puede describirme uno... más bien de talla grande?

–Veo uno cerca de este árbol. Tiene forma muy alargada, bastante irregular. Es convexa hacia la derecha, cóncava hacia la izquierda, con protuberancias y escotaduras: podríamos imaginar así la proyección de una gigantesca larva rechoncha. Pero su estructura no es característica del Reino, porque la estructura varía muchísimo de una especie (si podemos emplear aquí esa palabra) a otra. Su espesor ínfimo, en cambio, es una cualidad común a todos: no debe de sobrepasar la décima de milímetro, mientras que su longitud alcanza un metro y medio y su parte más ancha los cuarenta centímetros. Lo que lo define por sobre todo, y a todo su Reino, son las líneas que lo atraviesan, en todo sentido, terminadas en redes que se adelgazan entre dos sistemas de líneas. Cada sistema de líneas está provisto de un centro, especie de mancha levemente inflada por encima de la masa del cuerpo, y a veces, por el contrario, ahuecada. Estos centros no tienen forma fija, pueden ser circulares o elípticos, contorneados o espiralados, a veces divididos por varios estrechamientos. Son asombrosamente móviles, y su tamaño varía de hora en hora. Su borde palpita con gran violencia, por una especie de ondulación transversal. Por lo general, las líneas que se desprenden de ellos son anchas, aunque también las haya muy finas; divergen, terminan en una infinidad de trazos delicados que se esfuman gradualmente. Algunas líneas, sin embargo, mucho más pálidas que las otras, no son engendradas por centros; permanecen aisladas en el sistema y se cruzan sin cambiar de matiz: estas líneas tienen la facultad de desplazarse en el cuerpo, y de variar sus curvas, mientras que los centros y las líneas de unión permanecen estables en sus ubicaciones respectivas. ..En cuanto a los colores de mi *Moedig*, debo renunciar a describírselos: ninguno de ellos entra en el registro perceptible para su ojo, ninguno tiene nombre para usted. Son extremadamente brillantes en las redes, menos intensos en los centros, muy desdibujados en las líneas independientes que, en compensación, poseen un pulimento extremo, un ultravioleta metálico, por así decir... He reunido algunas observaciones sobre el modo de vida, de alimentación, de autonomía de los *Moedigen*, pero que no deseo presentarle por el momento.

Me callé; el doctor se hizo repetir dos veces las palabras grabadas por nuestro impecable intérprete, después permaneció largo rato en silencio. Nunca lo había visto en semejante estado: su rostro estaba rígido, mineralizado, sus ojos vidriosos, catalépticos; un sudor abundante le corría por las sienes y le mojaba los cabellos. Trató de hablar y no pudo. Recorrió el jardín, tembloroso, y cuando reapareció, su mirada y su boca expresaban una pasión violenta, ferviente, religiosa: parecía el discípulo de una nueva fe en vez de un sereno cazador de fenómenos.

Al fin murmuró:

–¡Usted me abruma! Todo lo que acaba de decirme parece desesperadamente lúcido, ¿y tengo derecho a dudarle después de que me ha enseñado ya maravillas?

–Dude, dude tenazmente... –le dije con ardor–. ¡Así sus experiencias serán más fecundas!

–¡Ah! –siguió, con voz pensativa–. ¡Es el prodigio mismo, y tan magníficamente superior a los vanos prodigios de la Fábula...! ¡Mi pobre inteligencia de hombre es

tan pequeña junto a tales conocimientos...! Mi entusiasmo es infinito. Sin embargo, algo en mí duda...

–Trabajemos para disipar sus incertidumbres. ¡Nuestros esfuerzos nos serán devueltos centuplicados!

10

Trabajamos. Al doctor le bastaron unas semanas para disipar todas sus dudas. Experiencias ingeniosas, concordancias innegables entre cada una de mis afirmaciones, dos o tres descubrimientos afortunados a propósito de la influencia de los *Moedigen* sobre los fenómenos atmosféricos no dejaron resquicio para el equívoco. La colaboración del hijo mayor de Van den Heuvel, joven con las mayores aptitudes científicas, aumentó aún más la fecundidad de nuestros trabajos y la certeza de nuestros hallazgos.

Gracias al espíritu metódico de mis compañeros, a su poder de investigación y clasificación –facultades que yo asimilaba cada vez mejor– lo que mi conocimiento de los *Moedigen* presentaba de poco coordinado y confuso no tardó en transformarse. Los descubrimientos se multiplicaron, la experimentación rigurosa dio resultados firmes, en circunstancias que, en los tiempos antiguos e incluso en el último siglo, hubiesen sugerido como máximo algunas divagaciones seductoras.

Ahora hace cinco años que proseguimos nuestra investigaciones: están lejos, muy lejos de llegar a su fin. Pasará largo tiempo antes de que podamos presentar una primera exposición de nuestros trabajos. Por otra parte nos hemos fijado como regla no hacer nada a las apuradas: nuestros descubrimientos son de un carácter demasiado inmanente como para no ser expuestos con el mayor detalle, con la más soberana paciencia y la más minuciosa precisión. No tenemos que adelantarnos a ningún otro investigador, ni , recibir ningún título, ni ninguna ambición por satisfacer. Estamos a una altura en que la vanidad y el orgullo se desdibujan. ¿Cómo conciliar las alegrías deliciosas de nuestros trabajos con el miserable incentivo de la gloria humana? Por otra parte, ¿acaso no es sólo el azar de mi constitución la fuente de estas cosas? ¡Qué mezquindad entonces, vanagloriarnos de ello!

Vivimos con pasión, siempre al borde de hechos maravillosos, y sin embargo vivimos en una serenidad inmutable.

Me ha ocurrido una aventura que agrega interés a mi vida y' que, durante mis horas de descanso, me colma de infinito júbilo. Ya saben hasta qué punto soy feo, y extraño más aún, y apto para espantar a las muchachas. Sin embargo he encontrado una compañera que se aviene a mi ternura, al punto de sentirse feliz por ella.

Es una pobre muchacha histérica, nerviosa, a quien conocimos un día en un hospicio de Amsterdam. Dicen que tiene aspecto miserable, palidez de yeso, mejillas huecas, ojos despavoridos. Para mí, verla es un placer y su compañía me

encanta. Mi presencia, lejos de asombrarla, como a todos los demás, pareció gustarle y consolarla desde un principio. Eso me conmovió, quise volver a verla.

No tardaron en darse cuenta de que yo ejercía sobre su salud y su bienestar una acción benefactora. Al parecer yo la influía magnéticamente: mi cercanía, y sobre todo la imposición de mis manos, le comunicaban una animación, una serenidad, una estabilidad espiritual verdaderamente curativas. A mi vez, encontraba la dulzura junto a ella. Su rostro me parecía bello; su palidez y delgadez para mí no eran más que delicadeza; sus ojos, capaces de ver el resplandor de los amantes, como los de muchos hiperestésicos, no tenían para mí el carácter despavorido que les reprochaban.

En una palabra, sentí inclinación hacia ella, y ella me la devolvió con pasión. Desde entonces, decidí casarme con ella, y logré mi objetivo sin inconvenientes, gracias a la buena voluntad de mis amigos.

La unión fue feliz. La salud de mi esposa se restableció, aunque siguió siendo sensible y débil en extremo; yo saboreaba el júbilo de ser, en lo principal, semejante a los demás hombres. Pero mi destino es envidiable sobre todo desde hace seis meses: tuvimos un hijo, y este hijo reúne todas las características de mi constitución. Color, visión, oído, rapidez extrema del movimiento, alimentación, promete ser la reedición exacta de mi organismo.

El doctor lo ve crecer extasiado: tenemos una esperanza deliciosa: que el estudio de la Vida *Moedig*, del Reino paralelo al nuestro, ese estudio que exige tanto tiempo y paciencia, no se detendrá cuando yo deje de existir. Mi hijo lo seguirá, sin duda, a su vez. ¿Acaso no encontrará colaboradores de genio, capaces de darle nuevo impulso? ¿Acaso no nacerán también de él videntes del mundo invisible?

¿Acaso yo mismo no puedo procrear otros niños, no puedo esperar que mi querida esposa dará a luz otros hijos de mi carne, semejantes a su padre...? Al pensar en eso, mi corazón se estremece, una beatitud infinita me atraviesa, y me siento bendito entre todos los hombres.

Olgoi-jorjoi

Iván A. Efrémov

Olgoi-Khorkhoi, © 1944. Traducción de Valentín Díaz González en *Olgoi Jorjoi*, relatos de Iván A. Efrémov, albia ficción 6, Ediciones Albia, 1978.

Por invitación del gobierno de la República Popular de Mongolia estuve trabajando dos años en tareas geodésicas en la frontera sur de Mongolia. Al fin ya no me quedaba más que instalar y calcular dos o tres puntos de observación astronómica en el ángulo suroccidental de la frontera de la República de Mongolia con China. La realización de este trabajo en las arenas reseca, difíciles de atravesar, suponía graves problemas. La preparación de una gran caravana de camellos exigiría mucho tiempo. Por otra parte, viajar en este anticuado sistema me parecía insoportablemente lento, en especial después de haberme acostumbrado a trasladarme de un sitio a otro en coche. Estaba seguro de mi furgoneta «Gaz», de tonelada y media, que me había servido perfectamente hasta ahora, pero claro está, meterse con ella en arenales tan terribles era, sencillamente, imposible. Pero no disponíamos de otro coche adecuado. Mientras el representante del Comité científico de Mongolia y yo nos rompíamos la cabeza para salir del apuro, llegó a Ulán Bátor una gran expedición científica soviética. Sus camiones, nuevecitos, estupendamente equipados, dotados de unos superneumáticos especiales, a propósito para rodar por la arena, asombraron a toda la población de Ulán Bátor. Mi chofer Goyo, jovencito, entusiasmado por las cosas de la mecánica, aficionado a viajes largos, más de una vez se fue al garaje de la expedición, donde con envidia examinaba la última novedad. Fue él quien me sugirió la idea que, puesta en práctica con ayuda del comité científico, permitió a nuestra furgoneta contar con «piernas» nuevas, en expresión de Goyo. Estas «piernas» no eran más que unas ruedas muy pequeñas, quizá menos que los tambores de freno, a las que ponían unos neumáticos extraordinariamente gruesos, con unos salientes muy pronunciados. La prueba de nuestro coche con superneumáticos por los arenales demostró, en efecto, una magnífica capacidad de movimiento. Para mí, hombre de gran experiencia en viajes automovilísticos por diferentes lugares carentes de carreteras, me parecía del todo increíble la ligereza con que el coche se movía por la arena más movediza y profunda. Por lo que se refiere a Goyo, juraba cruzar sin detenerse con los supeneumáticos todo el Gobi Negro de este a oeste.

Los especialistas en automóviles de la expedición nos proporcionaron, además de los supemeumáticos, instrucciones diversas y consejos, aparte de desearnos infinidad de cosas buenas. Pronto nuestra casa con ruedas, despidiéndose de Ulán Bátor, desapareció en una nube de polvo y se lanzó rumbo a Tsetserleg. En la caja, cubierta con una lona a manera de furgón, estaban los superneumáticos, retumbaban los tanques para el agua, y el bidón de reserva para la gasolina. Las numerosas excursiones habían elaborado ya un cuadro exacto para la distribución de las personas y cosas. Yo iba en la cabina con el conductor, tras una mesita abatible especial para la libreta de jalonamiento. Allí iba también una pequeña brújula marina con la cual tracé el rumbo. Por el velocímetro calculaba las distancias que recorría el coche. En las esquinas delanteras de la caja había dos

cajones grandes con piezas de repuesto y goma. En ellas se sentaban mi ayudante, el radista y calculador, y el guía Darjin que además cumplía las funciones de traductor. Era un viejo mongol inteligente que había vivido mucho. Estaba sentado a la izquierda para indicar a Goyo la dirección agachándose hacia la ventanilla de la cabina. El radista, tocayo mío, cazador apasionado, iba a la derecha con los prismáticos y el fusil, llevando, además, un teodolito y el universal de Hildebrand... Detrás de ellos la caja iba cuidadosamente llena con las camas plegables, la tienda de campaña, las provisiones y demás cosas indispensables para un viaje.

El camino llevaba hacia el lago Orok-Nor y de allí hacia la parte más meridional de la República, hacia el Gobi Transaltayano, unos trescientos kilómetros al sur del lago. Nuestro coche atravesó los montes Jangái y se metió en la gran carretera. Aquí, en la población de Tatsa-Gol, en un gran garaje, revisamos el coche y nos abastecimos de combustible para todo el viaje, disponiéndonos de esta manera para enfrentarnos decididamente con los espacios arenosos desconocidos del Gobi Transaltayano. La gasolina para la vuelta debían proporcionárnosla en Orok-Nor.

Todo iba perfectamente en esta excursión. Hasta el Orok-Nor encontramos algunos tramos arenosos difíciles, pero con la ayuda de los maravillosos superneumáticos, los atravesamos sin apuros graves y al atardecer del tercer día vimos la superficie lisa del monte Ije, bañada por una luz rojiza. Como alegrándose por la frescura de la tarde, el motor resoplaba animoso en las subidas. Decidí aprovechar el frío de la noche y corrimos a la luz inquieta de los faros casi hasta el amanecer, hasta que observamos desde la cima de una colina arcillosa la franja oscura de unos matorrales a la orilla del Orok-Nor. El guía y Miguelito, que dormitaban arriba, saltaron del coche. Encontramos un sitio para dejar el coche, recogimos leña y todo nuestro equipo se recostó sobre un fieltro al lado de la furgoneta para tomar un té y estudiar el plan de futuras actividades. Aquí empezaba nuestra ruta a lo desconocido. Querían examinarla en sus comienzos y establecer un puesto de observación astronómica verificando las indicaciones de Vladímirtsov, que me parecían sospechosas. El chofer quería comprobar y preparar adecuadamente el coche. Miguelito se fue en busca de caza. El viejo Darjin se puso a charlar con los ganaderos locales acerca del itinerario. Con aprobación general se aceptó mi propuesta de quedarnos un día entero.

Viendo de qué lado y en qué dirección podía el coche defendernos mejor de los rayos solares de la mañana, nos echamos junto a él sobre un amplio fieltro. El vientecito húmedo apenas hacía susurrar los juncos y el aroma especial de alguna hierba se mezclaba con el olor del coche caliente, mezcla de olores y gasolina, aceite y caucho. ¡Así se acostumbra a estirar las piernas cansadas y a mirar, tumbado tripa arriba, el cielo luminoso! Me dormí en seguida, pero antes pude escuchar a mi lado la respiración regular de Goyo. El guía y el ayudante cuchichearon largo rato de algunas cosas. El calor me despertó. El sol, que había invadido buena parte de la sombra, me calentaba las piernas. El chofer, inquieto junto a las ruedas delanteras, canturreaba a media voz. Miguelito y el guía no estaban. Me levanté, me bañé en el lago y, tras beber buena cantidad de té que yo mismo había preparado, me puse a ayudar al chofer.

Los disparos que resonaban a lo lejos aseguraban que Miguelito tampoco perdía el tiempo inútilmente. Al atardecer terminamos los trabajos con el coche. Miguelito trajo unos ánades, algunos muy bonitos, de una especie que yo desconocía. El chofer se puso a preparar el potaje. Miguelito plantó la antena de campo y sacó la emisora de radio, dejándola dispuesta para la recepción nocturna de las señales meteorológicas. Anduve vagando alrededor del campamento y escogí un punto para observación astronómica y colocación del poste. Me acerqué al coche y vi que la comida estaba preparada. El guía, que ya había vuelto, contaba algo al chofer y a Miguelito. Al llegar yo el viejo se calló. Goyo, riéndose suelto y despreocupado, me dijo:

–Darjin nos asusta. Dice claramente que no tenemos salvación, Miguel Ilích. ¡Dice que mañana nos meteremos derechos en la boca del diablo...!

–¿Qué es eso, Darjin? –pregunté al guía sentándome junto al perol colocado sobre la lona extendida.

El viejo mongol miró indignado al chofer y con aire adusto masculló algunas palabras sobre la burla y la poca perspicacia de Goyo:

–Goyo no hace más que reírse y no comprende la desgracia...

La risa alegre de los jóvenes que siguió a estas palabras hizo que el viejo se enfadara mucho. Yo tranquilicé a Darjin y me puse a preguntarle sobre el viaje de mañana. Resultaba que él había recibido información detallada de los mongoles de la zona. Con una varita seca, Darjin trazó en la arena unas cuantas líneas finas que representaban las distintas agrupaciones de montañas y en las que se dividía aquí el Altái Mongol. Por un valle ancho, más al oeste del Ije-Bogdo, nuestra ruta iba derecha hacia el sur por el antiguo camino de las caravanas, a través de la llanura arenosa, al pozo Tsagan-Tologoi, hasta el cual, según los informes de Darjin, había cincuenta kilómetros. Desde allí el camino era bastante peor, por salinas arenosas, en una extensión de unos doscientos cincuenta kilómetros, hasta la baja cadena montañosa de Noin-Bogdo. Tras estos montes hacia el oeste iba una franja ancha de arenas terribles, no menos de cuarenta kilómetros, de norte a sur –el desierto de Dolon-Jali-Gobi– y a continuación, hasta la misma frontera de China, se extendían los arenales del Gobi Djungar. Estos arenales, en palabras de Darjin, carecían de agua por completo, y estaban totalmente despoblados. Entre los mongoles tenían fama de lugares de mal agüero: venir a parar allí sería peligroso. Exactamente la misma mala fama tenía el ángulo occidental del Dolon-Jali-Gobi. Traté de convencer al viejo de que con la rapidez de nuestro coche, cosa que pudo comprobar durante el viaje, las arenas no supondrían ningún peligro. y no nos íbamos a detener en ellas mucho tiempo. Simplemente miraría las estrellas y de vuelta en seguida. Darjin meneó la cabeza silencioso y no dijo una palabra. Pero no se negó a seguir con nosotros.

La noche pasó tranquila. Con dificultades y sin ganas me levanté antes del amanecer. Fue Darjin quien me despertó. El motor zumbaba ruidosamente en el silencio prematinal despertando a las aves que aún dormían. La frescura fría de la mañana producía un ligero temblor, pero me calenté en la cabina y bajé el cristal. El coche corría raudo balanceándose fuertemente. El paisaje no llamaba la atención en absoluto, por lo que pronto comencé a dormir. Se duerme bien cuando se saca el codo doblado por la ventanilla y se apoya la cabeza en el

brazo. Me despertaron unas fuertes sacudidas, miré la brújula y de nuevo me quedé traspuesto hasta que me pareció haber dormido lo suficiente. El conductor detuvo el coche. Me puse a fumar, ahuyentando las últimas señales de sueño. Nos encontrábamos justo al pie de unas montañas. El sol quemaba ya con fuerza. Los neumáticos se habían recalentado tanto que no se podían tocar los dibujos de la goma negra. Todos saltamos del coche para: estirar las piernas. Goyo, según su costumbre, examinaba su «cohecito» o su «maruja», como llamaba también a la intrépida furgoneta de tonelada y media. Darjin observaba las abruptas pendientes rojizas de donde llegaban a la estepa las colas largas de los corrimientos de tierras. Los rayos solares caían paralelos a la línea de los montes y cada hundimiento de los precipicios castaños o rojo carmín, cada vallecito o barranco se veían cubiertos de espesas sombras azules que formaban los dibujos más fantásticos.

Me entusiasmo el colorido caprichoso y por vez primera comprendí de dónde, sin duda, venía el rameado rojoazulado de las alfombras mongólicas. Darjin señaló a lo lejos, hacia un costado, un valle amplio que cortaba transversalmente la cadena montañosa. Cuando nos sentamos cada uno en su sitio, el chofer giró a la derecha el coche ya frío. El sol continuaba abrasando el capó y la cabina. La potencia del motor disminuía al calentarse y, hasta en las pendientes suaves, había que meter la primera. El rugido casi continuo del coche atormentaba visiblemente a Goyo. Más de una vez sorprendí sus gestos de reproche, pero sin decirselo, en la esperanza de llegar a un sitio donde hubiera agua, para no gastar la muy buena que teníamos del lago. Mis esperanzas no se vieron frustradas. A la izquierda apareció el tajo profundo de un desfiladero, con hierba en el fondo, el mismo desfiladero por el que teníamos que penetrar. Unos minutos de descenso y Goyo, sonriendo con ganas, detuvo el coche en la hierba fresca. Bajo la escarpadura de las rocas, por las características del lugar, debía haber algún manantial. Las rocas abruptas proporcionaban una sombra excelente. Su manto azulado nos protegió de la furia del rey implacable del desierto, el sol, y nos pusimos a tomar el té al pie de las rocas.

Apenas el calor comenzó a «aflojar», todos nos echamos a dormir para recuperar fuerzas con vista al recorrido nocturno. Dormí largo rato y apenas abrí los ojos escuché el grito sonoro del chofer:

—¡Mire en seguida, Miguel Ilích!

Temía que durmiese y no lo viera... Como entre sueños llegué a asustarme. No podía entender nada. ¡Todo un incendio alrededor!

Me levanté sin darme cuenta de nada y al punto quedé estupefacto.

En efecto, el paisaje que nos rodeaba parecía un sueño fabuloso. Las escarpaduras verticales de las rocas coloradas a nuestra izquierda y a nuestra derecha flameaban con verdaderas llamas bajo los rayos del sol poniente. La sombra azul, profunda, se derramaba todo a lo largo del pie de la montaña hasta el fondo del desfiladero, igualando los pequeños desniveles y proporcionando al lugar un tinte sombrío. y sobre todo esto se elevaba una pared compacta de fuego escarlata en donde las formas caprichosas de la erosión producían hendiduras azules.

De las quebradas surgían torres, terrazas, arcos y escaleras que también resplandecían brillantes: toda una ciudad fantástica de fuego. Justo enfrente de nosotros, a lo lejos en el desfiladero, se juntaban dos paredes: a la izquierda, de fuego, y a la derecha, azul negruzco. El espectáculo resultaba tan sobrecogedor que nos quedamos pasmados en un silencio involuntario.

—¡Bueno, bueno...! —dijo Goyo, que fue el primero en volver en sí—. Vete a contar estas cosas en Ulán Bátor y las chicas dejarán de pasear contigo diciendo: «Menuda filomena ha cogido el mozo...» Llegamos a unos sitios que parece que Darjin tenía razón...

El mongol no replicó al sentirse aludido. Sentado inmóvil sobre el fieltro, no apartaba los ojos del desfiladero en llamas. Los colores ígneos se fueron oscureciendo hasta ponerse azules. No sé de dónde empezaba a llegar la frescura. Era hora de ponerse en marcha. Fumamos, nos bebimos cada uno un bote de leche condensada y otra vez el techo de la cabina me ocultó el cielo. El camino corría y corría por el borde del radiador y la aleta del coche. El faro, cuya nuca hinchada con su cable anillado estaba enfrente de mí, miraba atento hacia adelante, temblando con el fuerte traqueteo. Antes de oscurecer habíamos llegado al pozo de Bor-Jisuty, que no era sino un manantial protegido con piedras y de agua un tanto amarga. Delante se perfilaban unas colinas, cuyo nombre ignoraba Darjin.

Se hizo de noche. Los rayos cruzados de los faros corrían delante de la furgoneta, agigantando con su luz sesgada, deslizante, las pequeñas irregularidades del camino. La oscuridad se iba haciendo más densa y más fuerte la sensación de haber sido arrancado de este mundo... Precisamente delante de nosotros se alzaba e iba creciendo una masa oscura de contornos indefinidos, seguramente algunas colinas. Era momento de parar y descansar hasta el amanecer. En las colinas podía haber barrancos y sería peligroso conducir de noche por allí. Pronto en el cielo purpúreo se dibujaron con claridad las cimas redondas de las colinas: la cima de Noin-Bogdo en este punto se ve muy rebajada. Salvando aprisa el desfiladero, nos paramos a la salida de un espacioso valle para poner los superneumáticos: entrábamos en el Dolon-Jali-Gobi. El desierto extendía ante nosotros su alfombra monótona de color gris rojizo. A lo lejos, en la brumosa niebla, apenas se adivinaba la franja de los montes. Estos montes, que en la antigüedad se llamaron «Koisí-Kara», eran, precisamente, el objetivo de mi viaje. Quería poner el punto de observación en una cadena montañosa baja que dividía dos llanuras arenosas del Gobi Djungar. Si encontráramos allí agua, entonces, utilizando los superneumáticos, se podrían cruzar las arenas del Gobi Djungar aproximadamente antes de la frontera china y volver a observar desde allí. De todas formas había que darse prisa. Las probabilidades de encontrar agua en lugares desconocidos para el guía no eran grandes, pero desviarse de la ruta no dejaba de tener sus peligros por el inevitable gasto de combustible. Salimos, a pesar de que sobre la arena temblaba ya la bruma de la niebla abrasadora. A nuestro encuentro venían olas y más olas del sofocante mar de arena que se helaba. El color amarillo de la arena a veces se tornaba rojizo o gris. Los variados tornasoles del fuego solar corrían por las pendientes de los cerros arenosos. A veces, en las crestas de las dunas, se agitaban unas hierbas secas y duras, mísero brote de vida que no podía imponerse a la impresión general de tierra muerta...

La arena, finísima, penetraba por todas partes, pegándose en forma de polvo mate al hule negro del asiento, al ancho borde superior del cuadro delantero, al cuaderno de notas, al cristal de la brújula. La arena rechinaba en los dientes, arañaba el rostro encendido, ponía áspera la piel de las manos y cubría todo lo que había en la caja de la furgoneta. En las paradas saltaba del coche, trepaba a las dunas más altas, intentando ver con los gemelos el límite de los terribles arenales. Nada se veía a través de la bruma pajiza. El desierto parecía infinito. Mirando el coche parado, inclinado hacia un lado, con las puertas abiertas como alas, procuraba dominar la angustia que de vez en cuando me invadía. Realmente, por muy buenos que fueran los neumáticos, quién sabe lo que puede ocurrir con el coche. En caso de avería grave que no se puede arreglar sobre el terreno, eran escasas las probabilidades de salir de estas tierras despobladas... ¿No habré pecado de temeridad al meterme en el interior de estos arenales arriesgando la vida de unos hombres que se habían fiado de mí? Ideas semejantes cada vez me atormentaban más en las arenas de Dolon-Jali. Pero yo me fié de mi coche. También el viejo Darjin me servía de tranquilizante. Su cara de «Buda» casi inmóvil estaba completamente tranquila. Mis compañeros jóvenes no pensaban demasiado en posibles peligros.

Me confundía el hecho de que tras un recorrido de cinco horas, seguía sin verse por delante ningún tipo de monte. En el kilómetro 67 las olas de arena empezaron a hundirse visiblemente y al mismo tiempo comenzaron a levantarse. Comprendí de qué se trataba cuando después de unos cinco kilómetros atravesamos un pequeño escalón arcilloso y Goyo al punto frenó. Las arenas de Dolon-Jali llenaban una vasta depresión llana y, al encontrarme yo en el fondo de esa depresión, naturalmente no podía ver los montes alejados. Apenas subimos al borde de la depresión y nos encontramos en una elevación lisa como una mesa, llena de piedras y cantos, inesperadamente, los montes surgieron justo hacia el sur, a unos quince kilómetros de nosotros. Los guijos brillantes que cubrían todo el espacio que se dominaba alrededor, eran de color chocolate oscuro, en ocasiones casi negros. No se puede decir que esta llanura negra y desnuda produjera una impresión agradable. Pero la salida a un camino se regular y firme nos causó auténtica alegría. Hasta el imperturbable Darjin se atusaba con los dedos la barba rala, sonriendo satisfecho. Dejamos los superneumáticos descansar en la caja. Tras la marcha lenta por los arenales, la velocidad a que corrimos hasta las montañas parecía extraordinaria. Hubo que andar vagando de una parte a otra mucho tiempo al pie de los montes en busca de agua.

Al esconderse el sol nos encontrábamos en el lado meridional, donde descubrimos un manantial en una quebrada honda que daba a un gran desfiladero. Ya estábamos abastecidos de agua. Sin esperar al té, me fui con Miguelito a una cumbre cercana para llegar con tiempo antes de la noche y buscar un lugar adecuado como punto astronómico. Las montañas no eran elevadas, sus cimas desnudas se alzaban unos trescientos metros. La cadena tenía forma caprichosa de un creciente lunar abierto hacia el sur, hacia los arenales del Gobi Djungar, y la parte convexa, con pendientes abruptas, miraba hacia el norte. Por el lado sur del arco montañoso, entre los cuernos de la media luna, se extendía en línea recta un despeñadero que caía hacia las dunas altas del mar arenoso. En lo alto había una meseta lisa, cubierta de hierba alta y áspera. Por tres lados limitaban la meseta unas cumbres conoidales con remates agudos desportillados. Los montes, mutilados por los vientos, parecían poco

acogedores. Un sentimiento terrible, como de haberme perdido, me invadió al mirar hacia las infinitas llanuras del sur, del este y del norte. Solo a lo lejos, en occidente, se veía aún confusamente alguna cima, tan pequeña, tan sin color y tan solitaria como ésta, desde donde yo estaba mirando.

La meseta dentro de la media luna era un sitio ideal para la observación. Por eso trasladamos allí la emisora y los instrumentos. Luego se vinieron también el chofer y el guía, trayendo las camas y la comida. Allá abajo, lejos, estaba nuestro coche, que desde aquí parecía un escarabajo gris. Un silencio de muerte en los montes sin vida, interrumpido sólo por el apenas perceptible susurro del viento, sin querer, nos dejó a todos pensativos. Mis compañeros se echaron sobre el fieltro a descansar. Sólo Miguelito unía tranquilamente los contactos de unas pilas secas. Yo me acerqué al despeñadero y largo tiempo miré hacia abajo, al desierto. Las rocas, con la superficie cavada por la erosión, se alzaban sobre un claro ralo ligeramente plateado. La monótona lejanía se iba hacia la bruma rojiza de occidente. Detrás aparecían salvajes y taciturnas las crestas puntiagudas en forma de sierra. Una infinita tristeza de muerte, un silencio que nada espera flotaban sobre esta isla semiderruida de montañas que se desmoronan convirtiéndose en arena para fundirse en las dunas anónimas al comienzo del desierto. Contemplando este cuadro me representé la cara del Asia Central como una enorme franja de tierra antigua, cansada de vivir, de desiertos abrasadores sin agua que atraviesan la superficie del continente. Aquí terminó la lucha entre las fuerzas cósmicas y la vida, y sólo la materia inmóvil de las rocas montañosas mantienen todavía su combate silencioso con la destrucción... La inefable tristeza del ambiente llenó mi alma.

Así pensaba yo cuando de pronto el silencio sofocante se retiró ante los acordes alegres de la música. El contraste resultó tan inesperado y fuerte que parecía como si el mundo circundante se hubiera quebrado. Al punto no pude entender que el radista había sintonizado correctamente alguna emisora. Y aquellos hombres, animándose de improviso, empezaron a meter prisas con la comida y el té. Miguelito, satisfecho de la impresión que había producido, mantuvo un buen rato todavía tenso el hilo invisible que enlazaba a unos exploradores perdidos en el desierto con el latido vivo y caliente de la vida humana remota.

Como siempre, la noche era clara. Aquí, en lo alto de la meseta, hacía fresco. La bruma del aire caliente no dificultaba, como de ordinario, las observaciones. Sólo Miguelito y yo no dormíamos. Pero ahora mi atención se lanzó a puntos tan lejanos, que ante ellos cualquier paisaje de la Tierra parecía sombra pasajera: encima de mí estaban las estrellas. A ellas dirigí mi aparato. Una estrella lucía como un fuegucito brillante, cogida en el cruce de los hilos. El limbo brillaba como la plata en el cristal débilmente iluminado del nonio. Por los círculos horizontal y vertical de los oculares lentamente se alternaban las rayitas en la escala, al tiempo que en los auriculares de la radio llegaban las señales acompasadas, un tanto roncadas, del tiempo.

Dos veces más repetí las observaciones, cambiando el procedimiento para conseguir una determinación absolutamente cierta. Ya tardará alguien en llegar hasta aquí para repetir y verificar mis datos y durante mucho tiempo los cartógrafos se apoyarán en este punto de referencia que ahora tiene un lugar concreto en la superficie del globo terrestre... Por fin apagué la lamparita y me fui

a dormir. Una estaca pequeña quedó allí hasta la mañana para indicar el punto donde mis ayudantes clavarían y sujetarían con cemento una barra de hierro con una chapita de cobre. Una elevada pirámide de piedras amontonadas señalará desde lejos un punto de observación astronómico en este rincón olvidado. Naturalmente, esto será un buen recuerdo para mí y una buena muestra del trabajo creador a favor del bien común.

En el aire fresco y puro de la meseta, bajo las estrellas diminutas, dormí estupendamente largo rato, y así me desperté temprano. El vientecito vino frío al amanecer. Ya estaban todos en pie y se ocupaban en levantar la columnita de hierro. Me desperecé y decidí quedarme un poco más fumando y preparando nuestra ruta próxima. Tenía previsto, si las arenas del Gobi Djungar parecían difíciles para nuestro coche, no correr riesgos persiguiendo la línea mítica de la frontera entre las arenas del desierto. De todas formas, antes de volver atrás, a la vida verde del distrito de Orok-Nor, pensé internarme un poco en las arenas para hacerme una idea de este desierto. A lo lejos distinguía una elevación insignificante. Hasta allí quería llegar y ver con los gemelos el desierto más allá, hacia el sur, hacia la frontera de China.

Andando despacito, se me acercó Darjin. Al ver que yo no dormía, se sentó a mi lado y me preguntó:

—¿Qué has decidido? ¿Vamos a través del Gobi Djungar?

—No, he decidido que no —contesté (el rostro del viejo se estremeció, sus ojos estrechos brillaron de alegría)—. Pero iremos un rato en aquella dirección —me apoyé sobre el codo y señalé con el brazo hacia una colina lejana. Tras aquel cono oscuro se extendía otra cadena de montes más altos.

—¿Para qué? —dijo el mongol extrañado—. A un sitio malo lo mejor es no ir, el camino de vuelta será mejor...

Me levanté listo del fieltro y con ello corté el refunfuño del viejo guía. Todavía el sol no había calentado la arena cuando nos metimos con los superneumáticos, derechos al interior del desierto, manteniendo el rumbo hacia el grupo de colinas. El chofer canturreaba una canción alegre ahogada por el rugido de la furgoneta. Como siempre el balanceo comenzó a producir su efecto en mí, meciéndome e incitándome al sueño. Pero incluso como adormecido me daba cuenta del tono inusitado de las arenas del Gobi Djungar. La luz, brillante ya, del sol que calentaba con fuerza, coloreaba las pendientes de las dunas de un tinte violeta. A esta hora las sombras habían desaparecido y la iluminación abigarrada de las arenas se reflejaba produciendo sólo un matiz que era más o menos mezcla de rojo. Este extraño color subrayaba más aún la palidez cadavérica del desierto.

Parece que, sin darme cuenta, me dormí por unos la minutos, pues me despertó el silencio del motor. El coche estaba en una duna, dejando caer la parte delantera en la pendiente hundida de la arena movediza, por la cual aún rodaban asustados los granitos de arena. Levanté el picaporte, empujé la portezuela de la cabina y desde el estribo me puse a mirar alrededor.

Delante y por los lados se alzaban dunas gigantes de tamaño nunca visto. El juego falaz del sol y de las corrientes de aire me hizo tomarlas por montes

lejanos. Ahora mismo no acierto a comprender cómo pude equivocarme. Sólo unos pocos minutos antes hubiera estado listo para jurar que veía con claridad un grupo de colinas. Hundiéndome en la arena, trepé a una de las dunas más grandes y me quedé mirando el mar arenoso hacia el sur. El mongol se vino adonde yo estaba. Una chispita de malicia brillaba en sus ojos oscuros. Estaba claro que un nuevo avance hacia el sur carecía de sentido, ya que no había ni colinas ni montañas a lo lejos. Darjin aseguró que los mongoles le habían hablado de arenas que llegaban hasta la misma frontera. Se podía volver atrás. Mis compañeros se alegraron visiblemente con esta decisión. Las arenas silenciosas nos dejaban a todos oprimidos. La canción ruidosa del motor de nuevo se impuso sobre la tranquilidad de la arena. El coche se inclinó y deslizándose por la pendiente orientó sus faros otra vez hacia el norte.

Doblé y metí el cuaderno de notas, cerré la brújula y me dispuse a continuar el sueño interrumpido.

–Bueno, Miguel Ilích, pisaremos fuerte y llegaremos a Orok-Nor o por lo menos hasta los montes encendidos –dijo Goyo enseñando el brillo de sus dientes iguales.

Un ruido fuerte que se nos metía en la cabeza nos hizo estremecer. Era el radista que golpeaba en el techo de la cabina. Inclinado sobre la ventanilla pretendía acallar el ruido del motor con sus gritos. Con la mano señalaba hacia la derecha.

–¿Qué les pasa a éstos? –dijo el chofer con enfado, reduciendo, pero luego frenando de repente me gritó:– ¡Mire en seguida! ¿Qué es eso... ?

La ventanilla de la cabina quedó tapada un momento al dar el salto el radista. Con la escopeta en la mano derecha se fue corriendo a la pendiente de una gran duna. En el claro que había entre dos cerros se veía una duna baja y llana. En su superficie se movía algo con vida. Aunque lo que reptaba estaba muy cerca de nosotros, ni el chofer ni yo pudimos distinguirlo de momento. Se movía a impulsos convulsivos, ya doblándose casi hasta la mitad ya enderezándose con rapidez. A veces cesaban los impulsos y el animal simplemente rodaba por la pendiente arenosa. Luego se hundió la arena, pero el bicho salió del hoyo.

–¿Qué milagro es éste? Algún chorizo –me susurró al oído el chofer, como temiendo asustar al bicho desconocido.

Efectivamente, en el animal no se distinguían ni patas ni siquiera boca ni ojos. Posiblemente, éstos pudieran no apreciarse a distancia. El bicho se parecía más bien a un trozo de salchichón gordo de un metro de largo. Los dos extremos eran chatos y no podíamos explicar dónde estaba la cabeza ni dónde la cola. Un gusano enorme y gordo, habitante desconocido del desierto, se retorció en la arena violácea. Era algo repugnante y a la vez imponente con sus movimientos torpes y lentos. Aunque no soy experto en zoología, sin embargo, al punto imaginé que teníamos delante un animal completamente desconocido. En mis viajes frecuentemente tropecé con los tipos más diversos del mundo animal de Mongolia, pero jamás había oído hablar de nada semejante a este gusano gigantesco.

—¡Vaya bicho más abominable! —gritó Goyo—. Voy a cogerlo, pero me pondré los guantes. ¡Me da asco! —y saltó de la cabina, cogiendo los guantes de piel que llevaba en el asiento—. ¡Espera, espera! —gritó al radista que apuntaba desde la cima de una duna—. ¡Vamos a cogerlo vivo! Mira, apenas se arrastra.

—De acuerdo. Pero, mira, su compañero —replicó Miguelito dejando el fusil en la cima de la duna.

En efecto, por la pendiente arenosa rodaba hacia abajo un salchichón semejante, quizá un poco más grande. En ese momento se oyó en la caja el llanto penetrante de Darjin. Al parecer, el viejo dormía profundamente y acababan de despertarle las carreras y los gritos. El mongol gritaba algo incomprensible, algo parecido a un «oy, oy, oy». El chofer ya había subido a la duna y bajaba con el radista. Los jóvenes corrían aprisa. Todo lo que ocurrió después fue cosa de un minuto. Salté apresurado de la cabina, pensando tomar parte en la caza de aquellos seres extraños. Pero apenas me separé del coche, el mongol saltó de la caja como una peonza a la arena y me agarró con sus manos. Su rostro normalmente tranquilo quedó desfigurado por un miedo salvaje.

—¡Haz volver a los chicos...! ¡De prisa! ¡Es la muerte! —dijo jadeando y gritando de nuevo con voz fuerte—. ¡Oy, oy, oy!

Los dedos fuertes de Darjin casi me arrancan las mangas.

Más bien sorprendido que asustado por la conducta inexplicable del viejo, grité al chofer y a Miguelito que se volvieran. Pero ellos continuaban corriendo tras los animales desconocidos y no me oían o no querían oír. Yo iba a dar un paso hacia ellos, pero Darjin me tiró hacia atrás. Soltándome de las manos atezadoras del guía, al punto corrí tras los animales. Mis ayudantes se acercaban ya a ellos, el radista delante y Goyo un poquito más atrás. De repente los gusanos se enroscaron formando sendos anillos. Al punto, su color, de gris amarillento se volvió oscuro repentinamente hasta convertirse en azul violáceo y por los extremos intensamente azul. Sin gritar, el radista se derrumbó de la manera más inesperada cayendo de boca sobre la arena y quedándose inmóvil. Oí la exclamación del chofer que entonces acudía en auxilio del radista, que yacía a unos cuatro metros de los gusanos. Un segundo y también Goyo se dobló de la misma extraña manera y cayó de lado. Su cuerpo dio la vuelta y rodó al pie de la duna, perdiéndose de vista. Libre de los brazos del guía eché a correr, pero Darjin con la agilidad de un mozo me cogió como atenazándome por los pies y juntos rodamos por la arena suave. Luché con el mongol, procurando liberarme de él. Casi sin sentido cogí el revólver y apunté al mongol. Sonó el seguro al quedar libre y sólo entonces me soltó el guía. Puesto de rodillas, el viejo me tendía las manos. Un suspiro ronco acompañado del grito:

—¡Muerte, muerte! —se arrancó de su pecho.

Corrí hasta la duna empuñando el revólver. Los misteriosos gusanos habían desaparecido. Los cuerpos inmóviles de los compañeros yacían en la arena marcados con las huellas de los bichos repugnantes. El mongol venía detrás de mí y, cuando vio que ya no estaban los gusanos, corrió conmigo en ayuda de los compañeros. Una pena terrible me oprimió el corazón cuando, inclinado sobre los cuerpos inertes, no pude captar la menor señal de vida. El radista estaba con la

cabeza caída, los ojos medio abiertos, la cara tranquila. Goyo, al revés, tenía el rostro desfigurado por la mueca de un dolor terrible, repentino. Los dos tenían la cara azul, como de ahogo.

Todos nuestros esfuerzos, fricción, respiración artificial, incluso la prueba realizada por Darjin de extraerles sangre, todo resultó inútil. La muerte de los compañeros era evidente. Nos dejó como atontados. Todos nosotros, en todo este tiempo que pasamos juntos, habíamos hecho amistad, habíamos intimado. La muerte de los jóvenes era para mí una pérdida terrible. Por otra parte, me atormentaba la conciencia de culpa, por no haber detenido la insensata carrera tras los bichos desconocidos. Perplejo, casi sin ideas, seguía en silencio, mirando a todas partes con la vana esperanza de ver de nuevo los malditos gusanos y meterles un cargador. El viejo guía, echado en la arena, sollozaba débilmente y yo, sólo después pensé cuántas gracias tenía que dar al viejo, que me salvó de la muerte...

Llevamos los dos cuerpos y los pusimos en la caja de la furgoneta, sin valor para dejarlos en las terribles arenas violáceas. Acaso en lo más íntimo de nosotros latía la esperanza de que eso no era aún la muerte y que nuestros amigos, aturdidos por una fuerza misteriosa, de repente volverían en sí. Ni una palabra intercambiamos el guía y yo. Los ojos del mongol me siguieron preocupados hasta que ocupé el puesto de Goyo y puse el motor en marcha. Al meter la velocidad eché una mirada atrás, la última, hacia aquel lugar que en nada se diferenciaba del resto del desierto, en donde perdí la mitad del equipo. ¡Qué bien y qué alegre estaba una hora antes y qué solo me sentía ahora...! El coche arrancó. El triste gemido de los piñones en primera me parecía insoportable. Darjin, sentado en la cabina, miraba cómo me desenvolvía con el coche y, convencido de mi capacidad, se animó un poco.

Ese día llegamos sólo a la parada de la noche anterior. Allí enterramos los cuerpos de nuestros amigos, cerca del punto de observación astronómica, bajo un elevado montón de piedras. Los cuerpos empezaban a corromperse y con ello perdimos la última esperanza de «resurrección».

Incluso ahora no puedo recordar tranquilamente aquella noche silenciosa en las montañas de arena. Casi sin esperar el amanecer, metí el coche por entre guijarros negros lo más rápidamente que pude. Cuanto más nos alejábamos del temido Gobi Djungar, más tranquilos nos sentíamos. Para cruzar las arenas de Dolon-Jali-Gobi, trabajo duro para un conductor no experimentado, tuve que poner los cinco sentidos y tratar de eludir el pensamiento triste de la muerte de los compañeros.

Al descansar junto a las rocas de fuego, le di las gracias sinceramente al mongol. Darjin estaba conmovido.

Sonrió y dijo:

—¡Yo grité «muerte» y tú no hacías más que correr. Entonces te cogí: el jefe muere, todos mueren. Y tú por poco no me pegas un tiro...

—Yo corría a salvar a Goyo y a Miguelito —dije yo—, de mí ni me preocupaba.

Toda la explicación a este suceso que pude recoger del guía y de cuantos conocen Mongolia, es que, según antiquísimas tradiciones, en los desiertos más inhóspitos y faltos de vida, habita un animal llamado «olgoi-jorjoi». Este nombre era lo que en los gritos precipitados de Darjin me pareció la simple repetición de un «oy-oy». El «olgoi-jorjoi» no cayó en manos de ningún explorador, en parte porque vive en las arenas resacas, en parte por el miedo que los mongoles sienten hacia él. Este miedo, según creo firmemente, está bien fundado: el animal mata a distancia e instantáneamente. Cuál sea la fuerza misteriosa que posee el olgoi-jorjoi, no me atrevo a opinar. Quizá una descarga eléctrica de fuerza poderosa o un veneno pulverizado por el animal, no lo sé...

La ciencia dirá la última palabra sobre este extraño animal, cuando exploradores más afortunados que yo, tengan la suerte de encontrarlo.

Piggy

Kit Reed

Piggy, © 1961 by Mercury Press Inc. (*The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, Agosto de 1961). Traducción de M. Giménez Sales-D. Navarro Gonçálves en *Ciencia Ficción Selección-23*, Libro Amigo 414, Editorial Bruguera S.A., primera edición en Julio de 1976.

Los relatos sobre híbridos de humanos y extraterrestres son relativamente frecuentes en la ciencia ficción. No lo son tanto, sin embargo, los que consideran la posibilidad de híbridos animales nacidos del cruce de una bestia del espacio con su homóloga terrestre.

En este dulce y patético relato, bastante alejado de su habitual línea satírica, Kit Reed nos cuenta lo que podría suceder si un fantástico Pegaso estelar fecundara a una yegua terrestre.

Theron lo juraba. Aquella noche una gran figura alada había bajado del cielo y se había arrojado sobre «Duquesa», la vieja yegua percherona.

Tan pronto como ocurrió esto. Theron entró corriendo en casa y trató de decírselo a su padre, pero éste lo apartó a un lado diciéndole:

—No digas tonterías.

Y así quedó la cosa. hasta. que la yegua parió al año siguiente. El potro era rosa, como de plástico rosa, como los pequeños muñecos de diez centavos, y el papá de Theron tuvo que mirarlo detenidamente para descubrir el ligero vello blanco. La cría de la yegua era panzuda como un par de barriles, y cuando finalmente se puso en pie, se tambaleó sobre unas patas que hubieran sido insuficientes para sostener un cachorro de perro. En seguida, los Pinckney le pusieron el nombre de «Piggy».

«Piggy» se convirtió en el compañero inseparable de Theron. Antes de que naciera el potrillo, el niño no tenía a nadie en la vieja y destartalada casona. No tenía a nadie con quien hablar más que con su madre, ni nadie con quien jugar

más que con los gemelos, pero eran demasiado pequeños, incluso pare sentarse solos, así que, espontáneamente, eligió a «Piggy», que pronto quedó instalado bajo su ventana, en un pesebre improvisado en la parte cubierta del porche. Theron ponía paja en los huecos de la baranda para que el potrillo comiera sin levantarse. y colgó un cubo de grano de uno de los pilares de mármol. de forma que el animal llegara hasta él con su hocico. Su madre le dio una fuente de loza floreada donde el abuelo solía hacer el ponche, así que, cuando «Piggy» quisiera agua, no tenía que ir hasta la artesa.

En las noches frías, cuando el invierno helaba la hierba del pantano y la señora Pinckney, al mirar por la ventana veía al potrillo tiritando, echaba sobre él una manta o la chaqueta de marino de su esposo. Algunas veces ella dejaba que Theron saliera a sentarse con él, y el chico encendía una pequeña fogata.

La noche del huracán, la señora Pinckney dijo a su hijo que «Piggy» podía entrar en casa. Los dos lo hicieron por la puerta grande, la de dos hojas; y «Piggy» se cobijó en la sala de estar. A partir de entonces pasaba mucho tiempo dentro de casa. La madre de Theron mandaba a éste a buscarlo siempre que su esposo estaba pescando camarones fuera de Port Royal o gastándose el dinero en Beaufort, la ciudad más cercana. El animal era muy limpio cuando estaba dentro y, sentado ante el fuego, recogía las patas y apoyaba la cabeza en las rodillas de su amigo. A veces, gruñía, dirigiéndose a Luvver y Fester, los gemelos. La señora Pinckney se sentaba en la silla que su tatarabuelo había traído consigo de Inglaterra, y, viendo al chico hacer nudos en la crin amarillenta de «Piggy», pensaba lo bueno que era que éste tuviera un amigo.

Durante el día, cuando Theron no estaba, «Piggy» la llamaba y ella acudía, se sentaba en la baranda y se quedaba mirándolo. Algunas veces había querido seguirla, sosteniéndose con dificultad sobre sus patas, pero ella lo había hecho volver a su establo, porque pertenecía al muchacho y debía esperarle.

El padre de Theron no tenía los mismos gustos, y, si podía, no se acercaba al pesebre porque el sólo nombre de «Piggy» le ponía furioso. y tenía razón. Lo había estado alimentando durante años, esperando que se hiciera lo suficientemente fuerte como para tirar de un arado o, por lo menos, para pasear a los gemelos en su carrito, pero «Piggy» se echaba a temblar en cuanto el señor Pinckney se acercaba con el carrito, y sus patas se doblaban cada vez que trataba de ponerle los arneses. El hombre le chillaba unas cuantas palabrotas y el potrillo tenía que comer de nuevo para recuperar las fuerzas. Ni siquiera el chico podía hacer que se moviese. Al principio el señor Pinckney lo soportó, porque era sólo un potrillo. El resto de la familia lo quería mucho.

Cuando Theron cumplió los quince años, «Piggy», tenía ya cinco, y el señor Pinckney estaba hasta la coronilla. Comía más grano que «Duquesa» y «Rollo» juntos y no había realizado el más mínimo trabajo en toda su rosada existencia. Una mañana, al levantarse, el chico vio a su padre sentado en la baranda del porche, con «Piggy» acurrucado a sus pies como un gigantesco gato.

—Buenos días, Theron.

—Buenos días, papá.

–Estaba mirando a «Piggy»...

Al muchacho le dio un vuelco el corazón.

–Sí, papá.

Y sentándose en la baranda, lo observó también. «Piggy» levantó sus pestañas blancas y lo miró con sus ojos amarillos.

El señor Pinckney apoyó sobre el pecho su áspera barbilla.

–«Piggy» ha comido ya bastante de mi grano. Mañana llamaré a los perreros para que lo eliminen.

–¡Los perreros! –Theron pareció como herido.

El señor Pinckney sacudió a la bestia. un ligero puntapié. «Piggy» –lampiño, cebón– se mordisqueaba pensativamente los cascos.

–¿A eso se le puede llamar caballo?

–Sí, papá. Es un buen caballo.

Su padre volvió la cabeza para mirar a su viejo caballo negro.

–También lo es «Archambault».

–Lo digo en serio, papá. Dame una oportunidad con él y lo verás –Theron murmuró algunas palabras y estuvo dándole vueltas hasta que le salieron bien; entonces su rostro se iluminó–. Apuesto a que puedo tenerlo listo para montar esta misma noche –y pasó los dedos por entre la escasa crin amarilla–. Mamá no tendría que caminar hasta la ciudad, «Piggy» la llevaría.

–Tiene razón, Eldred –dijo la señora Pinckney.

Pero el padre le cerró la ventana en las narices.

No les importaba que «Piggy» los llevase de aquí para allá o no. Era un amigo especial.

«Archambault» se acercó y lamió a «Piggy» en el hocico.

–¡Bien, papá! –Theron estaba ya obligando a la bestia a ponerse de pie–. Eh, Luvver –dijo, e hizo un gesto que indicaba a Luvver que era mejor que obedeciese o iba a saber lo que era bueno. Entre los dos consiguieron que «Piggy» se moviera y se dirigieron al prado que estaba detrás de la casa. Theron iba delante, conduciéndolo, más orgulloso que Lucifer. Por unos minutos, el potro manejó con soltura sus patas, en lugar de arrastrarlas–. Ya verás, papá. Estaremos listos antes de que vuelvas de Beaufort. ¿Verdad, Luvver?

Cinco minutos después, Luvver estaba de vuelta.

Estuvo insistiendo hasta que su padre le dio un cubo de grano.

–Se ha sentado otra vez –dijo.

Sostuvieron el grano delante de «Piggy» y éste los siguió hasta los pastos. Entonces lo dejaron yacer de costado para que pudiera comer hierba. Mientras, Theron llevaba a Luvver a sus espaldas, pretendiendo ir a cuatro patas, trotando, galopando, para enseñar al animal cómo tenía que hacer. Le hicieron ponerse de pie sobre sus cuatro patas y el muchacho puso a Luvver encima de su lomo. Pero se sentó y Luvver cayó a un lado, gritando:

–Así, así. Esa es la mejor manera.

Theron cogió a «Piggy» por el cabestro y dijo:

–¡No seas fresco!

En la siguiente caída, Luvver gritó:

–Voy a usar la fuerza. ¡Maldito caballo!

Y en la otra:

–Está demasiado gordo por la parte donde me siento.

Cada vez que se caía y se daba un golpe, se quedaba indeciso por unos momentos con una expresión extraña, y luego maldecía al caballo. Cuando su hermano le regañaba repetía:

–«Piggy» me lo hizo decir. Tuve que hablar así.

–Bah, Luvver, no seas bruto.

Pero a la siguiente caída, Luvver dijo:

–Caí de la silla y me di en la rabadilla.

Theron le ordenó volver a la casa y enviar a Fester en su lugar.

Mientras esperaba a Fester, hizo que «Piggy» se levantara y anduviese de lado hasta quedar sobre una roca de forma que no pudiera volver asentarse. Era ya casi mediodía y, como Fester tardaba en llegar, decidió montarlo él mismo. El animal volvió la cabeza y lo miró con expresión herida, mientras trepaba al grueso lomo. Luego agachó un poco el lampiño trasero con intención de sentarse, y miró de nuevo a su dueño curvando el belfo cuando se dio cuenta de que no podía hacerlo porque había una piedra debajo de él. Bajó los párpados y resopló, como sintiéndose traicionado.

–Vamos, vamos, «Pelo de plata» –le dijo, dándole unos golpecitos en el cuello. Luego retrocedió, porque se había apoderado de él una extraña sensación y no sabía qué más iba a decir. «Piggy» trató de sentarse otra vez y, sin poder contenerse, Theron empezó a golpearlo con sus tacones y a gritar:

***Vamos, caballo,
el único que tengo***

***tengo que domarte
para mi madre.***

Y se asustó tanto que saltó por los aires y llegó corriendo hasta la mitad del prado. El caballo revolvió sus cuartos traseros, tratando de liberarse de la piedra. Subió de nuevo el muchacho y volvió a caer. Estuvo sentado un minuto, –y sus sentimientos por «Piggy», el prado y el día, empezaron a ser diferentes. Entonces, de improviso, algo se agitó dentro de él, y antes de que pudiera evitarlo abrió la boca y cantó:

***La vida es algo verdadero y ardiente
y la muerte no es su final.
Polvo eres y al polvo volverás,
negro como un hoyo, de extremo a extremo.***

Y era tan hermoso que por poco no le sorprende Fester llorando cuando, de pronto, apareció en el prado.

–Aquí está el hombrecito –dijo a Fester, que se hurgaba la nariz. Luego se bajó de «Piggy» porque ya no podía confiar en sí mismo y añadió–: Vuelve a casa., no te necesito aquí, y diles a papá ya mamá que vengan antes de que obscurezca. ¡Corre!

Tan pronto como Fester se hubo marchado, volvió junto al caballo y miró sus ojos amarillos. El animal respiraba, sin darse por enterado, y dejaba colgar el grueso belfo porque había sido un día largo y caluroso.

–¿Qué es lo que guardas en tu interior, caballo?

Y como éste no volviese siquiera la cabeza para acariciarle la mano con el hocico, Theron volvió a montarlo por ver si volvía a sentir aquella extraña sensación. En el momento en que estuvo arriba el prado cambió; se hizo más verde y brillante, y el cielo tomó el color de un trozo de nácar. Meneó la cabeza, porque dentro de ella zumbaban muchas ideas raras, y antes de que pudiera contenerse se encontró, otra vez, hablando en voz alta. Sus palabras eran más raras que las que aparecían en los poemas que leía en aquel séptimo curso. Theron echó hacia atrás la cabeza y se escuchó: decía muchas cosas, y usaba palabras musicales que hablaban de algo que nunca había visto en el mundo. Continuó así hasta que sintió a «Piggy» revolverse, cansado, debajo de él. Se dejó caer y lo puso debajo de un árbol, donde los dos pudieran descansar.

Cuando sus padres llegaron al prado aquella noche, encontraron a «Piggy» más derecho de lo que nunca había estado en toda su voluminosa existencia, y a su hijo, erguido y orgulloso, sentado sobre él. Estuvo allí subido hasta que se aseguró de que lo habían visto bien. Luego bajó y dijo:

–¿Ves, papá? Ya está entrenado. Me sostiene estupendamente.

El señor Pinckney estaba a punto de abrir su boca y decir: «Si está tan bien entrenado, veamos cómo anda», pero su esposa, que le tenía cogido del brazo, lo arrastraba lejos diciendo a cada paso que daba:

–Es maravilloso, Theron, es maravilloso.

Cuando estuvieron lo bastante lejos como para que no se les oyera, dijo a su marido que no tenía mucha importancia que el caballo estuviera sostenido por una piedra. Si el chico se preocupaba de él era mejor dejárselo. Y añadió que si veía acercarse a los perreros en su coche-jaula, iba a olvidar las promesas de su matrimonio y a pegarle un tiro.

Cuando Theron volvió del prado era ya tan tarde que sus padres se habían acostado. Su madre le había dejado un plato de fiambre sobre la mesa, pero estaba demasiado agitado para querer comer. Se fue a la cama, musitando versos una y otra vez, para poder recordarlos a la mañana siguiente.

Al otro día, todos creían que Theron estaba en la escuela, tal como debía, pero cuando Luvver y Fester empezaron a jugar al escondite, y Luvver dejó a su hermano cara al tronco del árbol, contando hasta un millón dos, aquél salió disparado hacia el prado para esconderse, y encontró a nuestro héroe sentado sobre «Piggy», agitando los brazos tanto como podía. Le preguntó por qué no estaba en la escuela, pero como le repuso algo que no pudo comprender y le vio con una expresión tan feroz, dio la vuelta y corrió hacia la casa. Ni siquiera se lo dijo a Fester cuando éste le encontró por fin, escondido bajo la consola de mármol donde su padre guardaba las botas.

Largas y musicales palabras resonaban en la cabeza del chico cuando aquella noche llegó para cenar. Era tarde, y todos, menos su madre, estaban sentados en el porche. El dio la vuelta y se deslizó hasta la mesa de la cocina, mientras su madre permanecía de espaldas, ocupada en el fuego.

–Mamá –dijo, y ella dio un salto, porque no le había oído entrar–. Mamá, ¿verdad que es hermoso?

Y declamó un largo y musical poema que terminaba:

...huellas en las arenas del tiempo.

y encogía los delgados hombros para tratar de retener las palabras, porque éstas le acariciaban el alma.

Su madre le puso afectuosamente una mano sobre la cabeza y le dijo:

–Anda, tómate tu sémola.

Su padre ni siquiera le hubiese escuchado.

.Al día siguiente, después de la escuela, acorraló a Luvver junto a la fresquera y empezó a declamarle un poema tras otro. El niño parecía tranquilo, y Theron sintió que el corazón se le alegraba. Hasta que se dio cuenta de que estaba tranquilo porque se estaba hurgando la nariz.

Desde entonces empezó a callarse muchas cosas, y se iba al prado tan pronto volvía de la escuela. Estaba hosco y callado casi siempre, pensando en el poema que le vendría en cuanto se sentara sobre «Piggy». Este detestaba estar de pie. pero parecía comprender cuánto le gustaba a su dueño y permanecía así hasta que .el chico quería bajarse.

Una vez, Theron volvió de la escuela y encontró a su madre arrodillada junto a «Piggy», acariciándole el pelado cuello. Ella levantó la vista y le dijo:

–¿Hay algo especial en «Piggy». hijo?

–Intenté decírtelo, mamá. El me inspira la poesía.

–¿Esas cosas que dices mientras duermes?

–Creo que sí, mamá.

Deseaba; que su madre le dejase marchar, para volver a montar a su caballo.

–Fue algo extraño –dijo ella. pensativa–. Hace rato casi intentó levantarse. Me tocaba con el hocico como si quisiera que yo hiciera algo.

Poco después de aquello. Theron construyó una cabaña en el prado y sacó a la bestia para siempre de su pesebre del porche. Luego salió de la casa con una silla estilo reina Ana, una pila de mantas y un jarrón holandés para que el lugar pareciese acogedor. Cuando llegó el otoño utilizó una palanca para mover la piedra hasta el interior de la cabaña. de forma que pudieran sentarse allí casi todo el día, él recitando sus poemas, y el animal, un poco amodorrado, con una de las ancas caída y escuchando la voz de Theron. Su padre había partido con la flota pesquera en busca de aguas mejores, y no había nadie que preguntase al joven por qué pasaba tanto tiempo allá en el prado.

Durante el día, «Piggy» lo dejaba sentarse sobre él, y nuevos versos acudían a su mente; al anochecer le hablaba y le recitaba tantos versos como podía recordar. El caballo se sentaba. Tembloroso, sobre sus gruesos flancos. Apoyaba el hocico en las rodillas de Theron y lo miraba con sus ojos amarillos. Uno de los gemelos venía con un pequeño cuenco de comida y así nuestro amigo no tenía. que volver a casa hasta bien entrada la noche. Algunas veces su madre le paraba en el vestíbulo Y mirándole a los ojos, trataba de hablar con él, pero él decía: «Buenas noches, mamá», y se iba a su habitación. Ya en la cama, cruzaba los pies, miraba al techo y recitaba los versos que le venían a la memoria. Pronto hubo tantos poemas revueltos en su cabeza que tuvo miedo de olvidar algunos y empezó a escribirlos. Se trasladó a la cabaña aquel octubre, y él y «Piggy» vivían tranquilos en la calma del otoño, con cientos de palabras flotando alrededor como briznas de diente de león luciendo bajo el sol.

Era demasiado hermoso para no compartirlo. Theron fue un día al escritorio de su padre, cogió una revista y escribió su dirección, porque pensaba que otras

personas debían conocer también los poemas de «Piggy». Su madre, que le quería lo suficiente como para dejarle seguir su camino, le dio tres centavos y él envió uno de sus poemas favoritos a la *Breeders Gazette*. Durante dos semanas, fue diariamente al buzón por ver si había, algo para él. Luego se olvidó de ello por un tiempo.

En noviembre regresó el señor Pinckney. Tiró su bolsa de lona. y su gorra de marino en el suelo del vestíbulo, se deshizo de los dos gemelos que le tiraban del pantalón y preguntó a su esposa dónde estaba Theron.

Ella encerró a los gemelos en la cocina y dijo:

–Está en el prado.

Ella miró con ojos penetrantes.

–¿Te ha ayudado en algo desde que me fui?

–Pues claro que sí –repuso ella, poniéndose delante de la puerta del comedor para esconder los arneses que su hijo habría tenido que reparar, como cada verano, y que aún estaban esperando sobre la mesa del comedor.

–Ha estado perdiendo el tiempo con ese... caballo –dijo él, remangándose el jersey y buscando por la habitación algo con que golpearle.

–Eldred Pinckney, si se te ocurre ponerle la mano encima a ese muchacho... –la señora Pinckney se plantó frente a él.

–No voy por Theron, sino por «Piggy». Debí dejar que los perreros se encargaran de él –refunfuñó, retrocediendo un poco–. Lo llevaré a Beaufort esta noche a ver cuánto me dan por él...

Estaba tan furioso que había olvidado que el animal no iba a caminar. Cogió un bastón del paragüero en forma de pata de elefante y se dirigió a la puerta. La puerta-mosquitero le golpeó la cara y retrocedió, viendo ante él a un hombrecito vestido con traje de chaqueta, vacilante aún tras su lucha con la puerta.

–Es maravilloso, ¡maravilloso! –exclamó, pasando como un torbellino ante el padre de Theron y cogiendo a la señora Pinckney por ambas manos–. ¿Dónde está él ahora? –Y ajustando bajo el brazo un fajo de papeles doblados, empezó a husmear por la casa.

–¿Qué es maravilloso? –dijo el señor Pinckney que permanecía junto a la puerta con cara de asombro.

–Pues *esto* –dijo el hombre del traje de chaqueta, cerrando los ojos como si estuviera en la iglesia y recitando:

***¡Cielo! cielo de nubes de colores cambiantes
y de pájaros como flechas entre ellas!
Sol que inflamas a los ruiseñores***

**antes de que podamos verlos
en nuestros escondrijos...**

Pero su voz se fue apagando al ver que los padres de Theron no creían en absoluto que aquello era maravilloso. Entonces dijo:

–¡Oh! ¿No sabían nada? –su voz se fue debilitando más y más–. Quizá, sea mejor que les explique...

Poco después, mientras el señor Pinckney paseaba su mal humor, su esposa llevó al hombre del traje de chaqueta al prado de Theron. En aquel momento el muchacho llevaba a «Piggy» al interior de la cabaña.

–Theron, querido, éste es el señor Brooks. Dirige una revista de poesía...

El señor Brooks enrojeció hasta las orejas y dijo:

–Bueno, me temo que eso es sólo en mis ratos libres. Actualmente trabajo para la *Breeders Gazette*. Pasaba por aquí, recogiendo datos para un artículo sobre cerdos...

–¿Recibió mi poema? —preguntó Theron. Y tiró de él hacia dentro.

Hizo sentarse al señor Brooks bastante lejos de «Piggy» para que no se asustara, y hablaron largo rato. El señor Brooks dijo a Theron que la *Breeders Gazette* no trabajaba exactamente con aquella clase de poesía, pero él sí, que trabajaba allí sólo para poder sostener su revista de poesía, y había visto el poema, y quería hacerle saber que creía que era maravilloso. El señor Brooks dio a Theron una copia de *Fragile*, que era su revista de poesía, y también cinco dólares, porque su poema figuraba allí. Luego se levantó y cogió la mano de Theron.

–Si pudieras venir conmigo a Louaville apuesto a que podría conseguirte una beca en alguna parte. Podrías escribir poesía para la revista *El Bajel de la Pradera*, podrías ganar el premio Bollingen... –los ojos del señor Brooks tenían una expresión soñadora–. Pronto seríamos famosos, hijo. Con tu talento...

–Fue «Piggy» –dijo Theron, que se había puesto una mano sobre la boca, enrojeciendo.

–¿Qué has dicho?

–No he sido yo. Fue «Piggy».

Lo dijo una y otra vez, pero el señor Brooks no quería comprenderlo. Por fin, Theron pudo meterle en la cabeza que nunca podría ir a Louaville y que le agradecía la proposición. Pero, como el señor Brooks parecía bastante defraudado, Theron miró los cinco dólares que le había dado y le prometió enviarle cuantos poemas escribiese.

Dio unos golpecitos sobre la nariz de «Piggy» y condujo al señor Brooks al borde del prado.

—No podría dejar a «Piggy», ¿sabe usted? —y le dio un fajo de poemas, porque parecía a punto de llorar.

El señor Brooks debió haber dicho algo al padre de Theron, a su vuelta a la casa, porque éste fue a la cabaña y se llevó los cinco dólares del chico. y nunca más volvió a hablar de deshacerse de «Piggy», ni tampoco de mandar a su hijo a la escuela.

Después de aquello se recibieron algunas cantidades de dinero que el padre de Theron retuvo para mejorar la casa, y también algunas copias más de unas revistas que se llamaban *Reto* y *Capacidad*, mimeografiadas como *Fragile*, y poco después revistas más serias que aburrían a Theron y a «Piggy» porque no tenían ilustraciones, y a los pocos años se recibieron copias: de *The Atlantic* y de *The Saturday Review*. Algunas veces venían personas a ver al poeta, cargadas con sus propios poemas, pero el padre de Theron las despachaba. De vez en cuando, el señor Brooks enviaba el resumen de una conferencia que había dado sobre poesía —poesía de Theron, naturalmente—, por que el señor Brooks se había designado a sí mismo, su padrino y su agente (así se lo había explicado a Theron), y era muy famoso. Se había marchado incluso de la *Breeders Gazette*.

Pasaron unos años. Los gemelos se casaron y se fueron a vivir a otro sitio. Empezó a caerse el pelo del pecho de «Piggy» y aparecieron otros pelos transparentes en su crin. Theron sólo lo montaba dos horas al día, y las palabras que ahora acudían a él eran claras, cortantes y puras, y volteaban suavemente sobre su cabeza como las gaviotas sobre el río.

Su madre le traía la comida cada tarde y se llevaba los poemas para enviarlos al señor Brooks. El poema más largo de «Piggy» pagó el funeral del padre de Theron cuando éste murió. Después de ser enterrado, la madre de Theron empezó a dejarse caer por la cabaña, sintiéndose muy sola para volver a la casona vacía. Al principio, él se impacientaba al verla allí porque las palabras resonaban en su mente y quería encontrarse a solas con ellas. Pero una noche en que ella le tocó la mano al traerle su cuenco de comida, la miró y vio unas débiles y temblorosas líneas alrededor de su boca, y notó también que su mano temblaba. Se sintió tan triste que abrió la puerta de par en par y la hizo sentarse en la silla de estilo reina Ana. «Piggy» se balanceó un poco hasta quedar acostado junto a ella y puso la cabeza en su regazo. y permanecieron, callados los dos, como conejos de los pantanos, mientras Theron hacía danzar las palabras a su alrededor.

Theron echó hacia atrás la cabeza, bajó la luz de la lámpara, y pensó en lo feliz que sería si pudiera morir en aquel momento. Cuando su madre se levantó para marcharse, él vio que algo brillaba en sus mejillas. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Hijo, ha sido maravilloso.

E inclinando la cabeza, salió antes de que Theron pudiera decir nada. El caballo se incorporó, como si quisiera seguirla a la casa grande y volver a poner la cabeza en su regazo. Al día siguiente, su hijo la condujo a la silla reina Ana sin decir palabra y después de aquello la madre pasó todas las veladas con él y con «Piggy», escuchando los poemas en el recogido interior de la cabaña.

Una noche, después de que ella se hubo marchado, «Piggy» empujó suavemente a su dueño y éste vio, asombrado, cómo luchaba por ponerse en pie, abriendo sus patas delanteras para que su estómago descansara en la piedra. Luego le cogió suavemente la manga con sus dientes y meneó la cabeza, hasta que Theron montó con cuidado, ya que «Piggy» se cansaba mucho aquellos días.

Y entonces le inspiró la más hermosa poesía que produjera hasta entonces.

Cuando el poeta la envió al señor Brooks, éste dijo que aquello era la culminación –la perla– del último periodo de Theron.

***Declinaba el sol,
irremediablemente,
porque yo no podía detener a la Muerte.
Grandes vías de silencio conducían a lo distante...
Aferré en mi mano mis poderes,
lejos de la piedad y la compasión,
mi vida cerrada por dos veces ante su conclusión,
yo no pedí otra cosa.
Protegida en esas cámaras de alabastro,
una araña tejía en la noche.***

Cuando la señora Pinckney lo oyó a la tarde siguiente, rompió a llorar.

Pasaron los días, uno semejante al otro, hasta que una noche su madre golpeó en la puerta, temblorosa y con los ojos brillantes. Theron se sentó en silencio, sin empezar con sus poemas, porque sabía que ella tenía algo que decirle. Inclino el frente y pretendió acariciar la escasa crin de «Piggy», y entonces se dio cuenta de que su hijo no empezaba, de que estaba esperando que le contase lo que la preocupaba.

–El señor Gummery preguntó por ti –dijo.

Theron se rascó la cabeza.

–Estabas en el cuarto grado el año que dejaste la escuela. –Sus manos se agitaron en la crin del animal.

Theron revolvió algunos papeles, preguntándose qué le diría a continuación.

–Theron –dijo levantándose tan bruscamente que la cabeza de «Piggy» cayó de su regazo golpeándose contra el suelo–. Dice que la iglesia celebrará el mes que viene su ciento veinte aniversario. Quiere que le escribas una obra.

Las manos de Theron se quedaron inmóviles.

Mamá, no sé si podré. «Piggy» se cansa cada vez más –su voz sonaba como la de un viejo–. Y yo también. ¿No podría servirse de una obra ya escrita?

Los ojos de la madre mostraron una expresión herida.

–Nunca te he pedido nada. Tu tatarabuelo asistió a esa iglesia –y tocándole el brazo, suavemente, añadió–: ¡Hijo...!

El joven miró a «Piggy», cuya piel se había vuelto casi transparente bajo el escaso pelo. Sus ojos, bajo las pestañas blancas, expresaban amor. Empezó a balancearse hacia atrás y hacia delante, sosteniéndose primero sobre un costado y luego sobre el estómago, hasta que consiguió meter debajo sus delgadas patas y empezó a incorporarse. Cuando estaba a punto de conseguirlo cayó a tierra, clavándose algunos fragmentos de madera en sus delicadas rodillas. Theron corrió hacia él, pero de nuevo empezó a luchar hasta que tuvo las patas metidas debajo. Luego se levantó con un gesto imponente y puso el hocico en el hombro de la señora Pinckney. Theron le lanzó una mirada trágica y luego se volvió a su madre.

–Es mejor que te vayas ahora, mamá. «Piggy» y yo debemos trabajar.

«Piggy» sostuvo a Theron sobre su lomo toda la noche y todo el día siguiente. Continuaban así cuando, al anochecer, la señora Pinckney golpeó la puerta de la cabaña. Su hijo tenía los ojos inyectados en sangre y los dedos entumecidos de tanto escribir, pero el caballo le sujetaba con los dientes cada vez que intentaba bajarse. Finalmente, Theron garabateó «Fin», demasiado ebrio de palabras para darse cuenta de lo que hacía. Con una galante inclinación de cabeza «Piggy» se dejó caer hacia un lado, liberándose de la roca que lo sostenía y dando con sus huesos en el suelo. Volvió la vista hacia su amo y éste vio que le brillaban los ojos de satisfacción.

–Mamá –dijo Theron– la obra.

Ella volvió la cabeza porque no podía soportar la vista del rígido y grueso cuerpo de «Piggy» y del dolor que asomaba a sus ojos.

Después de la representación en la iglesia, la señora Pinckney envió una copia de la obra *A. B.* (de Abraham) al señor Brooks. Poco después, éste le enviaba un montón de dinero y le decía que su hijo iba a ganar ciertamente el Premio de los Poetas. El dinero llegaba demasiado tarde. «Piggy» había empezado a declinar.

Theron llamó a un especialista del corazón, de Charleston (no quería, a un veterinario, lo mismo que no había querido a los perreros, años atrás), pero no había nada que se pudiera hacer. El se encerró en la cabaña y no dejó entrar ni siquiera a su madre. Ella se sentaba en los peldaños, escuchando la respiración fatigosa del animal.

El premio llegó un día después de que «Piggy» fuera enterrado, entre la suave hierba, a un extremo del prado y sobre su tumba se puso una señal hecha de madera.

Cinco hombres con traje y sombrero negros y una mujer con cuello y puños de encaje y un gorro de terciopelo se detuvieron ante la casa de los Pinckney.

Estuvieron charlando quedamente bajo los árboles hasta que la Señora Pinckney abrió la puerta. Pero apenas reconoció al señor Brooks, por lo envejecido y elegante que estaba. Pareció no comprender hasta que, sin decir palabra, la mujer le mostró una pequeña caja de cuero, en cuyo interior, forrado de satén, podía verse la medalla con el nombre de Theron.

—Oh —dijo la señora Pinckney—. Quieren ver a mi hijo.

Fueron tras ella, dando la vuelta a la casa y pasando ante ruinosas estatuas de jardín y un reloj de sol inútil desde hacía cien años, dándose codazos y hablando en voz baja, al distinguir por entre las altas y estrechas ventanas, vitrinas destartaladas y antiguos espejos de la época de la Confederación. Sacaron tranquilamente los pies de los sarmientos y arbustos, en los que se enredaban una y otra vez y, en fila, reverentes y austeros bajo la brillante luz del sol, siguieron a la madre de Theron a través del ondulante prado. Entraron en el estrecho y casi desaparecido sendero y se detuvieron, incómodos, ante la puerta de la cabaña. Su madre le llamó. Hubo un ruido dentro y Theron asomó su blanca cabeza.

Se detuvo en el umbral de la puerta, con la camisa azul de trabajo arremangada sobre sus enjutos codos, y miró a los hombres con sus elegantes trajes negros.

Entonces, como un saludo indeciso, sonrió al señor Brooks, el cual inclinó la cabeza casi tímidamente. La ceremonia comenzó.

El jefe de la delegación hizo un discurso. Theron le oyó decir algo sobre «el premio más codiciado en poesía», y él comentó: «"Piggy" estará contento.» Pero el hombre del traje negro le miró extrañado y siguió adelante con su discurso.. Theron escuchó respetuosamente hasta que hubo terminado, haciéndose a un lado porque la dama del gorro de terciopelo atisbaba en el interior de la cabaña. Volvió la cabeza y vio, donde siempre había estado, la silla de estilo reina Ana, y el lugar de «Piggy» estaba barrido y limpio. Susurró: «Ahí es donde "Piggy" solía dormir», pero ella simuló no haber oído nada.

—...Complacidos de otorgarle este premio —concluyó el orador, levantando la medalla para que Theron pudiera ver dónde habían grabado su nombre.

—No fui yo —balbuceó Theron, y todos bajaron la cabeza y comentaron lo modesto que era—. No fui yo, fue «Piggy» —dijo Theron otra vez, y le pusieron en las manos la caja de cuero—. Fue «Piggy» —dijo otra vez.

Ellos bajaron la cabeza en un momento de profundo respeto y luego, como si fueran monjas, dieron la vuelta y, en fila india, volvieron a cruzar el prado.

—Fue «Piggy» —dijo Theron, mirando la brillante medalla en sus manos.

Se sentó en el escalón de la puerta y estuvo dándole vueltas a la caja, mirando los reflejos del sol sobre el oro, hasta que los ojos se le llenaron de lágrimas y no pudo ver más. Después entró, se peinó y se puso una camisa limpia. Una vez que

se marchó la delegación, fue lentamente al extremo del prado y puso el estuche de cuero sobre la tumba de «Piggy».

Coge un caballo

Larry Niven

Get a horse, © 1969 by Mercury Press Inc.. Traducción de Miguel Giménez Sales en: *Ciencia Ficción Selección-20*, Libro Amigo 355, Editorial Bruguera, primera edición en Mayo de 1976.

Una de las especialidades de Larry Niven es la de construir divertidos y desmitificadores relatos cortos a partir de temas clásicos de la literatura fantástica. La presente narración es la curiosa historia de un hombre de un remoto futuro que viajó hacia atrás en el tiempo en busca de un caballo, y se encontró con la sorpresa de que tenía un cuerno.

Era el año 730 AA (Ante Atómico) o 1200 AD (Anno Domini), aproximadamente. Hanville Svetz saltó de la jaula de extensión y miró a su alrededor.

Para Svetz, la bomba atómica tenía ya mil cien años de antigüedad, y el caballo se había extinguido mil años atrás. Era su primer viaje al pasado. Su adiestramiento no contaba; no había incluido el viaje en el tiempo, que costaba varios millones de créditos. Svetz estaba mareado por efecto de las peculiares consecuencias gravitatorias del viaje en el tiempo. Estaba beodo por el aire de la era preindustrial, y borracho por su propia sensación de destino; y al mismo tiempo, no estaba realmente convencido de haber llegado a alguna parte. O a algún cuándo. Buena broma.

No llevaba el rifle anestésico. Venía en busca de un caballo. Y no esperaba encontrarlo al momento. ¿Era muy grande un caballo? ¿Se encontraban caballos? ¿Dónde? Consideraba que el Instituto tenía que continuar: algunos dibujos en un libro infantil maltratado, y una vieja leyenda, en la que no era posible confiar, según la cual el caballo se había utilizado antaño como animal de tracción.

En una tierra vacía bajo un cielo bajo, Svetz braceó con una mano sobre el flanco curvado de la jaula de extensión. Le daba vueltas la cabeza. Tardó varios segundos en comprender que estaba contemplando un caballo.

Se hallaba a siete metros de distancia, mirándole con unos ojos pardos e inteligentes. Era mucho mayor de lo que pensaba. Además, el caballo del libro de grabados tenía un pelaje castaño e hirsuto, con una crin corta, mientras que el animal que miraba a Svetz era totalmente blanco, con una crin que flotaba como la cabellera de una mujer. Había otras diferencias, pero no importaba; la bestia concordaba demasiado bien con la del libro para no ser un caballo.

A Svetz le pareció que el animal le vigilaba, que esperaba que él comprendiese lo que sucedía. Luego, mientras el joven perdía más tiempo preguntándose por qué no empuñaba el rifle, el caballo se echó a reír, dio media vuelta y huyó. Desapareció a una velocidad asombrosa.

Svetz empezó a temblar. Nadie le había advertido que el caballo fuese sensitivo. Y no obstante, la risa burlona del animal había resultado excesivamente humana.

Ahora lo sabía; Estaba hundido en el pasado.

Ni siquiera el caballo era tan convincente como el vacío que había dejado detrás. Ninguna torre de apartamentos arañaba el horizonte. Ninguna estructura llegaba hasta el cielo. El mundo era sólo árboles y flores, y hierba ondulante, limpia de hombres.

Silencio... Era como si se hubiese vuelto sordo. No había oído ningún sonido desde la risa del caballo. En el año 1100, postatómico, tal silencio no podía reinar en ningún lugar de la Tierra. Escuchando, Svetz comprendió al fin que había llegado a las Islas Británicas antes del principio de la civilización. Había viajado en el tiempo.

La jaula de extensión formaba la parte de la máquina del tiempo que efectuaba el viaje. Tenía su propio suministro de aire, y lo necesitaba mientras se iba abriendo paso en el tiempo. Pero no aquí; no antes del alba de la civilización; no cuando el aire jamás había sido contaminado por los residuos de la fisión ni la combustión del carbón, los hidrocarburos, el humo del tabaco, la madera, etcétera.

Ahora, retrocediendo con pánico del mundo del pasado al mundo de la jaula de extensión, Svetz dejó la puerta abierta a sus espaldas.

Se sentía más seguro dentro de la jaula. Afuera había un planeta inexplorado, que la ignorancia tornaba peligroso. Dentro de la jaula no había diferencia con cualquier otra misión de adiestramiento. Svetz había pasado centenares de horas en una detallada imitación de aquella jaula, con una computadora que dirigía los mandos. También había allí una gravedad artificial para simular las peculiares consecuencias del movimiento en el tiempo.

Pero ahora el caballo había huido. Claro que ya conocía sus dimensiones y dónde estaban. Entonces, al asunto...

Svetz cogió el rifle anestésico del lugar de la pared dónde estaba pegado. Lo cargó con la cantidad debida de agujas anestésicas, cristalinas y solubles. La caja contenía agujas de distintas medidas, la más pequeña de las cuales dejaría inconsciente a una bestezuela minúscula, y las mayores harían lo mismo con un elefante. Se echó el rifle a la espalda y se incorporó.

El mundo se volvió gris. Svetz se asió a una laña de la pared para no caer.

La jaula había dejado de moverse veinte minutos antes. ¡No podía estar aún mareado! Pero el viaje había sido largo. Nunca jamás el Instituto de Investigación del Tiempo había enviado una jaula más allá del cero postatómico. Un viaje largo y extraño con la gravedad empujando la masa de Svetz de manera uniforme hacia el ombligo de Svetz.

Cuando se le despejó la cabeza, se volvió hacia el otro equipo pegado a la pared.

El palo volador era un generador de campo elevado con la fuente de energía construida a metro y medio del palo, con un aro de control a un extremo, un cepillo de descarga al otro, y un asiento con cinturón de seguridad en medio.

Compacto incluso para la época de Svetz, el palo volador era un producto de las industrias de vuelos espaciales.

Pero pesaba doce kilos con el motor parado. Sacarlo de las lañas exigía toda la fuerza de Svetz. Y éste se sentía mareado, muy mareado.

Se inclinó para levantarlo, y bruscamente comprendió que iba a desmayarse.

Chocó con el suelo y se desvaneció.

–No sabemos a qué lugar llegarás de la Tierra –le había dicho Ra Chen.

Ra Chen era el director del Instituto de Investigaciones del Tiempo, un hombrón redondeado, de facciones gruesas y exageradas y un aspecto permanente de desaprobación.

–Esto se debe a que no podemos enfocar una hora particular del día, o de un año. Tú no aparecerás en el subsuelo ni dentro de nada a causa de las consideraciones de la energía. Si te elevas a mil pies en el aire, la jaula no caerá; se posará lentamente, gastando energía con muy escaso miramiento para nuestro presupuesto.

Y Svetz había soñado vívidamente aquella noche. Una y otra vez, la jaula de extensión aparecía dentro de la roca sólida, y explotaba con un clamor terrible y un relámpago cegador.

–Oficialmente, el caballo es para el Departamento de Historia –prosiguió Ra Chen–. En la práctica, es para el secretario general, por su vigésimo octavo cumpleaños. Mentalmente, tiene seis años de edad, como sabes. La familia real se ha reproducido excesivamente dentro de su misma familia. Conseguimos enviarle un libro de ilustraciones que conseguimos en el 130 PA, y ahora el muchacho desea un caballo...

Svetz se había visto delante de un piquete de ejecución por traición, por haber escuchado tales palabras

–De lo contrario, jamás habríamos conseguido el presupuesto para este viaje. Es por una buena causa. Sacaremos una copia del caballo antes de enviar el original al UN. Luego..., bien, los genes son un código, y los códigos pueden quebrantarse. Atrapa un macho y haremos cuantos caballos, queramos.

Pero, ¿por qué ha de querer alguien un caballo? Svetz había estudiado en una computadora el libro de ilustraciones que un agente había extraído de una casa en ruinas mil años atrás. El caballo no le impresionó.

Ra Chen, sin embargo, le aterraba.

–Jamás hemos enviado a alguien tan lejos –le confió Ra Chen la noche antes de la misión, cuando ya era tarde para retirarse sin deshonor–. Recuerda esto. Si ocurre algo, no cuentes con el libro de reglamentos. Utiliza tu cerebro. Tu cerebro, Svetz. Y Dios sabe que es muy pequeño para confiar en él.

Svetz no durmió desde muchas horas antes de la partida.

–Estás muy asustado, –comentó Ra Chen antes de que Svetz penetrara en la jaula de extensión. Añadió–: Pero puedes disimularlo, Svetz. Creo que soy el único que lo ha observado. Por eso te escogí, por que puedes aterrarte y seguir adelante. No vuelvas sin un caballo.

La voz del director creció de tono.

–No vuelvas sin un caballo, Svetz. Tu cerebro, Svetz, tu *cerebro*.

Svetz se sentó convulsivamente. ¡El aire! La muerte lenta si no cerraba la puerta. Pero la puerta estaba cerrada y Svetz estaba sentado en el suelo, sujetándose la cabeza, que le dolía.

El sistema de ventilación lo habían trasladado intacto junto con los mandos, desde una nave de Marte. Las lecturas eran normales, claro, desde que habían sellado la jaula.

Svetz se sobrepuso para poder abrir la puerta. Cuando el puro y suave aire de la Inglaterra del siglo XII penetró en la jaula, Svetz contuvo la respiración y vio cómo cambiaban los numeradores. Luego, cerró la puerta y aguardó, sudando, mientras el sistema de ventilación reemplazaba el terrible veneno por su propia mezcla, tan agradable.

Cuando volvió a salir de la jaula de extensión, arrastrando el palo volador, Svetz llevaba otro producto de las industrias de exploración interestelar. Era un globo, que se había colocado sobre la cabeza. También era una membrana permeable y selectiva, que dejaba penetrar ciertos gases y expulsaba otros, para formar una mezcla de aire no perjudicial en el interior.

Era casi inevitable, salvo en el borde. Allí, donde la luz más se refractaba, el globo mostraba como un estrecho círculo dorado que encerraba la cabeza de Svetz. El efecto era semejante al de un halo, como los de las pinturas medievales. Pero Svetz nada sabía de las pinturas medievales.

También llevaba una túnica simple, sin adornos, ceñida por la cintura, pues de lo contrario hubiera caído en grandes pliegues. El Instituto opinaba que tal túnica servía para violar menos los tabúes sexuales o de las costumbres. El equipo de comercio colgaba de su cinto: un aparato para medir el calor y la presión, una bolsa de corundo y pequeñas redomas de aditivos para el color.

Finalmente, llevaba una expresión dolida y extrañada. ¿Cómo no podía respirar el aire puro de su propio pasado?

El aire de la jaula era el aire de época de Svetz, con casi un cuatro por ciento de anhídrido carbónico. El aire del año 750 anteatómico apenas contenía la décima parte. El hombre era un animal bastante raro. Respiraba poco aire, había destruido pocos bosques, había quemado poco combustible desde el alba de los tiempos.

Pero la civilización industrial significaba combustión. La combustión significaba anhídrido carbónico, que se acumulaba en la atmósfera mucho más aprisa de lo que las plantas podían convertirlo de nuevo en oxígeno. Svetz se hallaba en el último período de dos mil años de adaptación al aire rico en CO₂.

Se necesita una determinada concentración de anhídrido carbónico para disparar los nervios automáticos de las glándulas linfáticas de la axila izquierda del hombre. Svetz se había desmayado por no respirar.

Por esto ahora llevaba el globo, y se sentía molesto.

Montó en el palo volador y giró el mando de la parte anterior. El palo se levantó, y el joven se instaló debidamente en el asiento. Giró más la clavija.

Ascendió como un globo de juguete.

Flotó sobre una hermosa tierra, verde, pura, y bajo un cielo gris perla, libre de edificios y obstáculos. De pronto, encontró una muralla en ruinas. Giró para seguirla.

La seguiría hasta encontrar una colonia. Si la vieja leyenda era cierta –y Svetz pensó que el caballo era bastante grande para tirar de un vehículo–, encontraría caballos donde hubiese hombres.

Por fin resultó claro que a lo largo de la muralla corría un camino. Allí el suelo era liso y despejado, y bastante ancho para el paso de un hombre. En cambio, en los demás lugares, el terreno se hundía y elevaba alternativamente. La tierra apisonada no formaba una carretera, pero Svetz la siguió.

Y lo hizo flotando a una altura de ocho metros.

Divisó un hombre con ropas pardas, ajadas. Andaba por el camino con agotadora paciencia, con una capucha y descalzo, apoyándose en un cayado. Estaba de espaldas a Svetz.

El joven pensó descender hacia él y preguntarle por los caballos. Pero se contuvo. Al no saber a qué sitio iría a parar la jaula, no había aprendido lenguas antiguas.

Se acordó del equipo comercial que llevaba, no para una comunicación, sino para una substitución de comunicación. Nunca lo habían ensayado. De todos modos, no era propio para encuentros casuales. La bolsa de corundo era demasiado pequeña.

Svetz oyó un grito procedente de abajo. Miró a tiempo de ver al hombre de ropas pardas corriendo como el viento, olvidado del cayado y de su fatiga.

–Algo le ha asustado –decidió Svetz.

Pero no divisó nada espantoso. Entonces, era algo pequeño pero mortal.

El Instituto calculaba que el hombre había exterminado a más de mil especies de mamíferos, aves e insectos, unas casualmente, otras con maldad, entre la época de Svetz y el distante presente. En aquel momento y lugar no era posible saber

qué podía constituir una amenaza. Svetz se estremeció. El hombre pardo de rostro velludo podía huir de algo punzante, destinado a matar a Hanville Svetz.

Con impaciencia, el joven aceleró la velocidad del palo volador. La misión empezaba a ser demasiado larga. ¿Quién hubiese sospechado que aquellos centros de población estuvieran tan separados entre sí?

Media hora más tarde, escudado del viento por un campo de fuerzas parabólico, Svetz seguía el camino a noventa kilómetros por hora.

Había tenido muy mala suerte. Siempre que había divisado a un ser humano, este acababa de abandonar la vecindad, y no había encontrado centros de población.

Una vez vio una piedra antinatural que estaba colocada muy alta sobre una montaña. Ninguna ley geológica conocida de Svetz podía producir una monstruosidad angular de lados planos. La rodeó con curiosidad... y comprendió bruscamente que la piedra era hueca, llena de agujeros rectangulares.

¿Una morada? No podía creerlo. Vivir dentro de aquellos agujeros sería como vivir bajo tierra. Pero los hombres tendían a edificar en ángulos rectos, y aquello tenía ángulos rectos.

Por debajo, la estructura pétreo y hueca era redonda, con grumos vellosos de hierbas secas, cada uno con una puerta del tamaño de un hombre. Obviamente, debía tratarse de nidos para insectos grandes. Svetz abandonó el paraje rápidamente.

El camino bordeaba una montaña verde al frente. Svetz la siguió, disminuyendo la marcha.

En la cumbre de la montaña, un manantial enviaba un riachuelo por la pendiente hasta el camino. Algo muy grande estaba bebiendo en el arroyo.

Svetz ejecutó una parada en pleno aire. *Agua corriente: veneno mortal.* No sabía qué le sobresaltaba más, si el caballo o el hecho de que se estaba suicidando.

El caballo enderezó la cabeza y le vio.

Era el mismo caballo. Blanco como la leche, con una crin nevada muy abundante. Tenía que ser el mismo caballo que se había reído de Svetz, mientras huía. El joven reconoció la malignidad en sus ojos, un momento antes de que huyera de nuevo.

Pero, ¿cómo podía haber llegado tan de prisa?

Svetz iba a coger el rifle cuando la situación cambió por completo.

La chica era joven, no más de dieciséis años. Su cabello era largo, oscuro y recogido en dos trenzas. Su vestido, de una extraña tela de color azul, le llegaba desde el cuello a los tobillos. Estaba sentada a la sombra de un árbol, con un paño oscuro extendido sobre la oscura tierra. Svetz no la había visto, y tal vez nunca se hubiese fijado en ella.

Pero el caballo fue hacia la joven, dobló sus patas en pares alternos, y reposó su feroz cabeza en el regazo femenino.

Ella aún no había divisado a Svetz..

–¡Xenofilia! –exclamó Svetz, que fue la peor palabra que se le ocurrió.

Svetz odiaba a los extraños.

Obviamente, el caballo era de la joven. No podía simplemente disparar y cogerlo. Tendría que comprarlo.

¡Necesitaba tiempo para pensar! Y no lo tenía, ya que la muchacha podía levantar la vista en cualquier momento. Los ojos pardos le contemplaron mientras se alejaba.

No perdió tiempo registrando el paraje en busca de un caballo salvaje. Había un factor de incertidumbre, un factor Finaglo en las matemáticas del viaje en el tiempo. Se manifestaba como una incertidumbre en la energía del retorno a la jaula de extensión, y aumentaba con el tiempo. Si Svetz se demoraba demasiado, podía asarse vivo en la jaula.

Además, el caballo había bebido agua corriente. Moriría y muy pronto, a menos que Svetz pudiera volver al año 1100 postatómico. Así, la desaparición de aquel animal de este tiempo no cambiaría la historia del mundo de Svetz. Era una buena idea..., si conseguía dominar su temor hacia la bestia.

El caballo estaba domado. Joven y ligera como era ella, no temía dominarlo. ¿Qué podía entonces temer él?

Pero estaba su armamento natural, del que el libro de Ra Chen no mostraba ningún indicio. Svetz pensó que las generaciones posteriores debían haberlo suprimido paulatinamente antes de que los animales se tornasen muy peligrosos. Debía de haber aterrizado unos siglos más tarde.

Y la expresión de sus ojos... El caballo odiaba a Svetz, y sabía que éste le temía.

¿Podría disparar desde un sitio emboscado?

No. La joven se angustiaria si su animal favorito caía sin razón comprensible. Y no haría caso de las disculpas de Svetz.

Tendría que trabajar mientras el animal le contemplaba. Si la joven no lograba dominarle... o si él perdía la confianza de ella..., Svetz no dudaba que el caballo le mataría.

El caballo levantó la vista al acercarse Svetz, pero no se movió. La joven también le miró, con los ojos muy abiertos por el asombro. Dijo algo que debía de ser una pregunta.

Svetz sonrió y siguió aproximándose. Estaba a un pie del suelo, deslizándose con gran lentitud. Cabalgando sobre la máquina voladora resultaba impresionante, y lo sabía.

Ella no le devolvió la sonrisa. Le miraba temerosamente. Svetz se hallaba a pocos metros de ella cuando la muchacha se levantó.

Svetz detuvo el palo volador al momento y dejó que se posara en tierra. Sonriendo, se quitó del cinto el aparato calibrador del calor y la presión. Lo movió con cuidado. La joven estaba a punto de echar a correr.

El equipo de comercio consistía en una bolsa de corundo, Al_2O_3 , varios frascos de aditivos y el calibrador de presión y calor. Svetz vertió corundo en la cámara, añadió una pizca de óxido crómico, y utilizó el sumergidor. El cilindro se calentó. Svetz dejó caer en su mano un rubí de sangre de paloma, lo hizo rodar entre sus dedos y lo sostuvo al sol. Era rojo como la sangre oscura, con una estrella de seis puntas muy brillante.

Estaba casi demasiado caliente para sostenerlo.

¡Estúpido! Svetz conservó su rígida sonrisa. ¡Ra Chen debió advertirle! ¿Qué pensaría ella cuando sintiera el calor antinatural de la gema? ¿Qué truco sospecharía?

Pero tenía que correr el albur. No tenía más que el equipo de comercio.

Se inclinó y lanzó la gema por el húmedo suelo.

Ella se agachó para recogerla. Una mano estaba apoyada en el cuello del caballo, calmándole. Svetz observó los anillos de metal amarillo en torno a su muñeca, y la tierra.

La joven sostuvo la joya en alto y contempló su color rojizo como el fuego.

—¡Ooooh! —suspiró.

Le sonrió a Svetz con entusiasmo. El joven sonrió, a su vez, se aproximó dos pasos y le entregó un zafiro amarillo.

¿Cómo había tropezado por casualidad dos veces con el mismo caballo? Svetz no lo sabía. Pero pronto supo por qué había llegado antes que él.

Le había regalado tres joyas a la joven. Y tenía tres más en la mano, mientras la llamaba hacia el palo volador. La muchacha negó con la cabeza; no subiría. En cambio, montó en el animal.

Ella y el caballo vigilaban los movimientos de Svetz.

Este capituló. Había esperado que el caballo les siguiera, en tanto ella volaba con él. Pero si ambos iban a seguirle, lo mismo daba.

El caballo iba a un lado y un poco rezagado del palo volador. No parecía sentirse agobiado por el peso de la muchacha. ¿Y por qué habla de estarlo? Debía estar entrenado para aquella tarea. Svetz aceleró, estudiando hasta qué punto podía avanzar convenientemente.

Empezó a volar más de prisa, más de prisa... El caballo debía tener un límite.

Eran las ocho antes de que abandonase. La chica estaba casi tendida sobre el cuello del caballo, para protegerse la cara contra el viento. Pero el caballo seguía corriendo, desafiando a Svetz con la mirada.

¿Cómo describir tal movimiento? Svetz nunca había visto un ballet. Sabía cómo se movía una maquinaria, y nada más. Pero el caballo no era una máquina. Sólo podía pensar en un hombre y una mujer haciéndose el amor. Un movimiento rítmico, suave, con un propósito absolutamente único, un movimiento por el placer de moverse. El vuelo del caballo era terrible en su belleza.

El calificativo para tal carrera debió morir con el mismo caballo.

El caballo no se cansaba, pero la chica sí. Tiró de la crin del animal y éste se detuvo. Svetz le entregó las joyas que tenía en la mano, hizo cuatro más y le dio una.

La muchacha lloraba a causa del viento, lloraba y reía cuando aceptó las joyas. ¿Reía por las gemas o por el placer de la carrera? Agotada, jadeante, yacía con la espalda apoyada en el cálido flanco del inquieto animal, que descansaba. Sólo movía la mano, pasando repetidas veces los dedos por la crin plateada del caballo. Este contemplaba a Svetz con mirada malévola.

La chica no era guapa. No sólo por la falta de maquillaje. Había rastros de falta de vitaminas. Era baja, menos de metro sesenta, y delgada. Y mostraba señales de enfermedades infantiles. Pero la felicidad resplandecía en su demacrado rostro, tornándola casi pasable en tanto aferraba las piedras de corundo.

Cuando hubo descansado, Svetz volvió a remontar el vuelo. Continuaron la carrera.

La joven se había asustado ante las joyas de Svetz y posiblemente ante él mismo, debido a su estatura y su habilidad en el vuelo. Pero la jaula de extensión la asustó aún más. Svetz no pudo reprochárselo. El lado que tenía la puerta era normal, con sólo un espejo esférico sin bordes. Pero el otro lado se borraba hacia lo lejos, en una dirección que los hombres no podían distinguir. Asustó, terriblemente a Svetz la primera vez que vio la máquina en acción.

Podía comprarle a la joven el caballo o incluso matarlo y arrastrarlo dentro de la máquina utilizando el palo volador para ello. Pero sería mucho más fácil si...

Valía la pena intentarlo. Svetz usó el resto del corundo. Luego anduvo hacia la jaula de extensión, dejando un rastro de perlas de corundo coloradas detrás suyo.

Estaba preocupado porque el aparato de calor y presión no produciría facetas. Todas las piedras salieron como huevos de gallina en miniatura. Pero logró variar su color usando óxido crómico para el rojo, férrico para el amarillo y titanio para el azul. Y pudo variar los planos de presión para producir ágatas o gemas estrelladas a voluntad. Dejó un rastro de piedras pequeñas, rojas, amarillas y azules.

Y la chica lo siguió, asustada pero incapaz de resistir aquel cebo. Ya tenía un pañuelo casi lleno de piedras. El caballo la siguió hasta la jaula de extensión.

Dentro, la muchacha miró las cuatro piedras que Svetz tenía en la mano: una de cada color, rojo, amarillo, azul celeste y más oscuro, las mayores que consiguió fabricar. Señaló al caballo y luego a las piedras.

La muchacha se angustió. Svetz sudaba. Ella no quería ceder el caballo... y Svetz no tenía más corundo.

Por fin, ella asintió con un brusco movimiento de la barbilla. Rápidamente, antes de que cambiase de idea, Svetz le puso las piedras en la mano. Ella apretó el botón contra el pecho y echó a correr fuera de la jaula, sollozando.

El caballo se enderezó para seguirla.

Svetz apuntó con el rifle y disparó; Una gota de sangre apareció en el cuello del animal. Este se encabritó y luego miró a Svetz desde su bayoneta natural.

"Pobre muchacha", pensó Svetz, yendo hacia la puerta.

De todos modos, habría perdido el caballo. Había bebido agua contaminada del río al aire libre. Ahora necesitaba solamente meter a bordo el palo volador.

Un movimiento atrajo su atención.

Una falsa suposición podía ser mortal. Svetz no aguardó a que el caballo cayese, y con gran estupor comprendió la verdad. La bestia no iba a caer. Estaba a punto de embestirle como a un camarón. Tocó el botón del fondo y le esquivó.

Exquisitamente grácil, exquisitamente agudo, el cuerno en espiral chocó contra la puerta cerrada. El animal se revolvió como el relámpago en los límites de la jaula, y Svetz volvió a saltar para salvar su vida.

.La punta del cuerno falló por un centímetro. Pasó a su lado y atravesó el cuadro de mandos, a través del panel de plástico, para llegar hasta los cables del fondo.

Algo chispeó y chirrió.

El caballo apuntaba con gran cuidado, mirando a lo largo de la espada de su frente. Svetz hizo lo primero que se le ocurrió. Apretó la palanca de "regreso".

El caballo chilló cuando inició la caída libre. El cuerno, apuntado contra el ombligo de Svetz, le rozó el oído y desgarró el globo respiratorio.

Luego volvió la gravedad; pero era la gravedad especial de una jaula de extensión avanzando a través del tiempo. Svetz y el caballo se sintieron lanzados contra las paredes acolchadas. Svetz suspiró aliviado.

Olió de nuevo, con incredulidad. El olor era fuerte y raro, sin parecido alguno con ninguno de los que conocía Svetz. El terrible cuerno del animal debía haber dañado el sistema de ventilación. Probablemente, Svetz estaba respirando aire emponzoñado. Si la jaula no regresaba a tiempo...

Pero, ¿acaso regresaría? Se podía estar dirigiendo a cualquier parte, de la manera que aquel cuerno de marfil había atravesado la masa de cables. Podían incluso salir del tiempo, en una edad en que los negros infrasoles ya no darían bastante calor para sustentar la vida.

Tal vez no existiese ningún futuro al que volver. Se había dejado el palo volador. ¿Cómo lo usarían? ¿Qué harían con él, con la palanca de mando de un extremo y la descarga estática del otro, y la silleta en medio? Tal vez la joven intentara utilizarlo. Ya la veía contra el cielo nocturno, a la luz de una luna llena... ¿y cómo cambiaría esto la historia?

El caballo parecía al borde de una apoplejía. Le palpitaban los flancos, y hacía girar salvajemente los ojos. Probablemente esto era debido al aire de la cabina, lleno de anhídrido carbónico. Aunque tal vez se debiese al veneno que había bebido en el río.

La gravedad se extinguió. Svetz y el caballo cayeron en caída libre, y el primero trató malvadamente de aplastarle.

La gravedad volvió, y Svetz, ya preparado, aterrizó hacia arriba. Alguien abría ya la puerta.

Svetz cubrió la distancia de un salto. El caballo le siguió, chillando de rabia, ansioso por matar. Dos hombres llegaban volando desde el centro de control del Instituto.

—¡No le hacen efecto los anestésicos! —chilló Svetz, por encima del hombro.

La agilidad del animal se veía reducida entre las mesas y las pantallas iluminadas, y probablemente estaba borracho por la hiperventilación. Empezó a tropezar con los hombres y las mesas. Svetz se mantenía con facilidad lejos del cuerno.

Empezó a cundir el pánico.

—No hubiésemos podido lograrlo sin Zeera —le dijo Ra Chen mucho más tarde—. Tu estúpido caballo *tanj* tenía aterrorizado a todo el Centro. De repente, quedó domado; fue hacia esa zorra frígida de Zeera y le permitió conducirlo fuera.

—¿Llegó a tiempo al hospital?

Ra Chen asintió tristemente. La melancólica era su expresión favorita, y no había indicios de sus verdaderos sentimientos.

—Hallamos más de cincuenta variedades desconocidas de bacterias en la sangre del animal. ¡Y no obstante, no parecía enfermo! Parecía tan sano como un... un... ¡Oh! Debía poseer una resistencia tremenda. No sólo conseguimos salvar al caballo, sino a casi todas las bacterias para el Zoo.

Svetz estaba sentado en una cama del hospital con el brazo elevado y rígido por el codo. Siempre existía la posibilidad de que él también hubiese localizado alguna bacteria extinguida largo tiempo atrás. Se movió con inquietud, cuidando de no mover el brazo enfermo, y preguntó:

—¿Descubrieron algún anestésico que sirviese?

—No. Lo siento, Svetz. Aún ignoramos por qué tus agujas no dieron resultado. El caballo *tanj* está simplemente inmunizado contra toda clase de ataques.

Hizo una pausa, y Ra Chen añadió:

–A propósito, no le pasaba nada a la planta de aire. Estabas oliendo al caballo.

–Ojalá lo hubiera sabido. Pensé que me estaba muriendo.

–Ese olor despierta locuras internas. Y al parecer, no es posible extirparlo del Centro. –Ra Chen se sentó al borde de la cama–. Lo que me preocupa es el cuerno de la frente. El caballo del libro no tenía cuernos.

–No, señor.

–Debe de pertenecer a una especie diferente. No es un verdadero caballo, Svetz. Tendremos que enviarte de nuevo allá. Esto quebrantará mucho nuestro presupuesto, Svetz.

–No estoy de acuerdo, señor...

–No seas tan cortésmente *tanj*.

–No soy tan estúpido *tanj*, señor. –Svetz no pensaba volver en busca de otro caballo–. La gente que tenía caballos domesticados debió tomar por costumbre limar el cuerno cuando el animal era pequeño. ¿Por qué no? Todos comprendían que el cuerno era demasiado peligroso. Demasiado para un animal doméstico.

–Entonces, ¿por qué nuestro caballo tiene un cuerno?

–Por esto, cuando lo vi por primera vez, pensé que era salvaje. Supongo que no empezaron a cortarles los cuernos hasta un tiempo mucho más avanzado.

Ra Chen asintió con melancólica satisfacción.

–Eso pensé yo también. Nuestro problema es que el secretario general apenas tiene inteligencia: para darse cuenta de que su caballo tiene un cuerno y el del libro no. y me echará a mí las culpas.

–Hummm... –gruñó Svetz.

No estaba seguro de lo que esperaban de él.

–Tendré que amputar el cuerno.

–Alguien podría reparar en la cicatriz –objetó Svetz.

–*Tanj*, tienes razón. Tengo enemigos en la corte. y se alegrarían mucho de asegurar que he mutilado al animal favorito del secretario general. –Ra Chen miró fijamente a Svetz–. Está bien, conozcamos *tu* idea.

Svetz estaba ya arrepentido. ¿Por qué había hablado? Su terrible caballo, su caballo domesticado, con un cuerno asesino. Encontraba la idea repulsiva. Su impulso le había traicionado. ¿Qué podían hacer sino suprimir el cuerno?

–Cambie el libro de ilustraciones, no el caballo –dijo–. Una computadora podría duplicar el libro con todo detalle, pero con un cuerno aplicado al caballo. Utilice la computadora del Centro y borre después la cinta.

Muy pensativo, Ra Chen asintió.

–Podría tener éxito. Conozco a alguien que cambiaría los libros. –Levantó los ojos por debajo de sus pobladas cejas–. Claro, tú tendrás que callar.

–Sí, señor.

–No lo olvides. –Ra Chen se puso en pie–. Cuando salgas del diagnosticador donde estás, puedes tomarte unas vacaciones de cuatro semanas.

–Vuelvo a enviarte en busca de uno de éstos –le comunicó Ra Chen, cuatro semanas más tarde–. Encontramos el libro en un parque público cerca del Décimo Puesto Atómico. El chico que lo tenía estaba jugando con un huevo de carborundo.

Svetz examinó el grabado.

–Es feo, realmente feo. Intenta compararlo con el caballo, ¿eh? El caballo era tan hermoso, que hay que tener uno de estos otros animales para que el universo esté equilibrado.

Ra Chen cerró los ojos, dolorido.

–Coge al monstruo Gila, Svetz. El secretario general desea el monstruo Gila.

–¿Es muy grande?

Ambos examinaron la ilustración. Era imposible saberlo.

–Por su aspecto, será mejor que usemos la jaula de extensión *grande*.

Svetz casi no consiguió regresar esta segunda vez. Sufría un agotamiento total con quemaduras extensas de segundo grado. Lo que llevaba medía diez metros de longitud, tenía vestigios de unas alas como las de los murciélagos, respiraba fuego y no se parecía mucho al animal de la ilustración; pero era lo más semejante que Svetz logró encontrar.

Y al secretario general le gustó.

John Robert y el huevo del dragón

Thomas N. Scortia

John Robert and the dragon's egg, originalmente *John Robert and the egg*, © 1957 by King Size Publications Inc. (*Fantastic Universe Science Fiction*, Agosto 1957). Traducido por Manuela Díez en *Precaución: ¡inflamable!*, relatos de Thomas N. Scortia, Nova Ciencia Ficción 7, Editorial Bruguera S. A., primera edición en 1977.

En un cálido y soleado día de finales de junio, John Robert se dirigía a través de las polvorientas plantaciones de tabaco de la granja de su tío Ben hacia la sucia casa blanca, que no tenía más de cuatro habitaciones, llevando un huevo de dragón envuelto en su amplia camisa azul.

Era consciente de que en sus ocho años de vida nunca le había sucedido algo tan maravilloso. Ni tan siquiera cuando se rompió aquel camión que transportaba un carrusel en St. Basile, enfrente del almacén de Beauchamp, y el conductor le había dejado figonear los esmaltados y dorados caballos de madera a través de las pesadas tablas de sus embalajes de pino.

Ni siquiera el juego imposible de montar uno de aquellos grandes garañones negros y dorados habría sido tan maravilloso como lo que le estaba sucediendo en aquel momento.

La primera persona con quien John Robert se topó mientras daba la vuelta al ruinoso edificio doble que servía de cocina y granero, fue el abuelo Riley, que se hallaba sentado en el porche trasero, meciéndose y fumando su olorosa pipa negra.

–John Robert –le dijo el anciano, quitándose la pipa de la boca–. ¿Qué estás haciendo sin tu camisa? Van a salirte ampollas en la espalda y luego tu tía Bess va a enfadarse contigo.

–No tengas miedo –dijo John Robert–. Ya estoy suficientemente moreno. Mira –dijo lentamente la vuelta, mostrando la espalda.

–Como un rollo de tabaco –admitió el abuelo–. ¿Qué llevas en la camisa, John Robert?

–Es un huevo de dragón –contestó John Robert con orgullo.

–¿Qué dices? No recuerdo haber visto nunca ninguno –dijo el anciano, mientras se inclinaba hacia adelante en su mecedora–. Destápalo y deja que le eche una mirada –le pidió.

John Robert apartó cuidadosamente los pliegues de tela azul. El huevo tenía unos diez centímetros de largo y se parecía mucho a un enorme huevo de gallina, a no ser por el detalle de que su superficie estaba arrugada y brillaba como cuero mojado.

–¡Huy!, es como verdoso –observó el abuelo Riley–. ¿De dónde lo has sacado?

–Lo he encontrado en el pantano..., en la orilla, dentro de una especie de nido de barro.

–Pues será mejor que no se lo digas a tía Bess. Te ordenó que no te acercaras a ese pantano. Va a echarte una buena bronca.

–¿Qué es lo que no tiene que decirle a tía Bess? –preguntó tía Bess, cuya delgada figura había aparecido en la puerta.

Luego salió fuera, guiñando los ojos a causa de la luz del sol.

–Ahora te la vas a cargar –murmuró el abuelo.

–John Robert, ¿qué es lo que llevas en tu bonita camisa limpia? –le preguntó ella.

John Robert vio cómo se llevaba las manos a las caderas en aquel familiar gesto de disgusto.

–Un huevo de dragón –respondió con un hilo de voz.

–¡Bah! Más bien diría yo que es un sucio huevo de caimán.

–No lo es –replicó él–. Había huellas a su alrededor. Huellas enormes hechas por garras.

Tía Bess frunció el ceño y el abuelo Riley inició un movimiento de retirada. :

–Huellas de dragón –añadió John Robert triunfalmente.

–Huellas de caimán –insistió tía Bess–. Pa –añadió levantando la voz–, vuelve aquí, coge a este crío y haz que se deshaga de ese sucio huevo.

–Es que ahora iba a...

–No me importa lo que fueras a hacer. Deshazte de ese sucio huevo. –Abrió la puerta y entró de nuevo en la cocina, refunfuñando–: ¿De dónde habrá sacado este crío ese...? –y sin volverse, gritó–: Pa, ahora obedece.

Oyeron cómo su voz se iba perdiendo hasta convertirse en un susurro de queja casi inaudible.

–Bien, John Robert –dijo el abuelo Riley. Se metió la pipa en la boca tan bruscamente que John Robert pudo oír cómo chocaba contra sus dientes.

–¿Tenemos que hacerlo?

–No puedes quedarte con él.

–Yo quería incubarlo –John Robert se mordió el labio–. Ella no tiene por qué saberlo.

–¿Y dices que eran auténticas huellas de dragón? –la voz del abuelo Riley se convirtió en un susurro y los bordes de sus ojos se arrugaron.

–Ajá..., con tres dedos y garras.

–Sí, claro, los huevos de caimán son ásperos, no suaves y arrugados como éste.

El abuelo interrumpió sus pensamientos, tomó a John Robert por un brazo y le llevó hasta la desierta cocina, adosada al granero.

–Voy a decirte lo que vamos a hacer, John Robert –añadió.

Aquella noche, durante la cena, John Robert se sentó en silencio enfrente del abuelo Riley y fue aplastando lentamente con el tenedor las patatas hervidas que había en su plato, mientras meditaba grandes cosas. De vez en cuando lanzaba una mirada furtiva al abuelo y pensaba en el tesoro cuidadosamente oculto en un nido de franela, en un cálido rincón del gallinero.

El abuelo no estaba seguro de si el huevo necesitaba un ambiente cálido o si podría empollarse sin calor extra, como los huevos de tortuga o los de caimán. Sin embargo, puesto que no tenían nada que les sirviera de incubadora, habían decidido envolver el huevo en un viejo camisón de franela de tío Ben y colocar el envoltorio allí donde el sol pudiera darle durante la mayor parte del día a través de una o dos ventanas del gallinero.

A John Robert le había cogido una especie de excitación nerviosa, y pese a que tía Bess estuvo quejándose de manera cansina durante la cena porque el tío Ben había regresado tarde de la fábrica de algodón, apenas la oyó.

–Mira ese chico –dijo enojada–, jugueteando con su magnífica comida que cuesta tan cara. –Tío Ben soltó un fatigado gruñido y continuó comiendo–. Desde que murieron su mamá y su papá, que Dios tenga en su gloria, no hace más que soñar y holgazanear todo el tiempo. ¿Me creerías si...?

Y trajo a colación el incidente del huevo de dragón. El abuelo Riley lanzó a su hija una mirada de dolor y atacó su comida con renovado vigor.

Más tarde, después de que se hubiera encendido la lámpara de aceite en la cocina y hubieron lavado y secado los platos, John Robert se sentó en el porche, contemplando la encendida ceniza de la pipa del abuelo Riley y escuchando el crujido de la mecedora mezclándose con la música chirriante de los grillos. Tío Ben se sentó dentro, junto a la mesa de la cocina, y se puso a leer el periódico mientras tía Bess, que nunca salía fuera después del anochecer a causa de los mosquitos que venían del pantano, se sentaba frente a él y se ponía a coser la colcha de matrimonio que estaba haciendo. De vez en cuando, John Robert oía su voz agria cuando hacía algún comentario.

–¿Ha sido tía Bess alguna vez feliz? –preguntó Robert.

–Bueno, yo recuerdo que antes era diferente..., tal vez incluso como tu cuando era pequeña, John Robert.

–¿Y qué pasó?

El abuelo Riley dio una amplia chupada a su pipa.

–Supongo que simplemente creció –dijo.

Permanecieron sentados en silencio, saboreando el aire pesado de la noche.

–Abuelo –preguntó John Robert, finalmente–, ¿de dónde vienen los dragones?

–Oh, de todas partes, John Robert.

–¿De dónde?

–De China, Japón, Arabia y de otros lugares de los que ni tú ni yo hemos oído hablar nunca. Tal vez lugares de los que nadie en la Tierra ha oído hablar nunca.

–Oh –John Robert permaneció en silencio durante un momento; luego dijo–: Puede que después desee volar allí de nuevo.

–Tal vez... si es del tipo de los que vuelan.

–Claro que sí. Va a ser del tipo de los que vuelan –insistió John Robert–. y puede que...

–John Robert –la voz de tía Bess cortó sus palabras–, levántate de ahí, lávate los pies y vete a la cama.

John Robert pasó muy excitado el resto de la semana, visitando su lugar secreto y oculto en cuanto se le presentaba la menor oportunidad para observar el progreso del huevo. En seguida se hizo evidente que se trataba de un huevo poco común. La propia cáscara parecía ser elástica, y a medida que pasaban los días de la semana, su arrugada superficie se llenó y el tamaño del huevo aumentó con sorprendente rapidez, hasta que adquirió la apariencia de un balón de circo, lleno de agua hasta reventar. Además se produjeron también otros cambios más sorprendentes.

–Es la primera vez que veo un huevo de color púrpura y dorado –señaló el abuelo Riley con excitación.

Efectivamente, el huevo había cambiado de color, perdiendo su original verde bilioso. El viernes, las profundas sombras de su color moteado de púrpura y oro habían adquirido un brillo iridiscente y la superficie parecía captar la luz para devolverla a los ojos como una lluvia de colores.

–Es como las alas de una mariposa –observó el abuelo–. Tiene el mismo color que un cometa púrpura.

A tía Bess no le pasaron inadvertidas la creciente tensión y las furtivas visitas al gallinero. y como aquel compartimiento del granero no se utilizaba más que para almacenar un barril de queroseno destinado a las lámparas de la casa, se preguntaba por qué John Robert y el abuelo Riley andaban remoloneando por allí. Por una vez, el abuelo Riley consiguió mantener un aire inocente mientras tía Bess le acosaba a preguntas, y después de unos momentos, ella encontró algo más urgente en qué ocupar sus pensamientos.

El huevo se abrió el sábado.

–Bueno –admitió el abuelo–, lo que es seguro es que no se trata de un caimán.

–No es en absoluto lo que yo esperaba –dijo John Robert, colocando aquel reptil de largos pies en su regazo y acariciándolo suavemente. El animal emitía un suave gemido de placer cada vez que los dedos del niño recorrían el suave y carnoso lomo, desde la frente hasta la punta de la cola.

Una fina lengua bífida salió para lamer la mano de John Robert.

–Bueno, yo ya te advertí que podía no ser del tipo de los que vuelan –dijo el abuelo.

–Puede que estas cosas sean después las alas –dijo John Robert, con un tono esperanzador, tocando las protuberancias que, semejante a dos saquitos, le salían a cada lado del carnoso cuello.

–Tal vez –admitió el abuelo–. ¿Cómo vamos a llamarle?

–¿Te acuerdas de aquel libro que yo tenía, el de las tapas verdes?

El abuelo se rascó la barbilla.

–¿Te refieres al Dragón sonriente de Oz?

–Ese. Le llamaremos Ozzie. ¿Te gusta, abuelo?

–Hum... –el abuelo quedó pensativo–. Sí, claro.

Pero va a tener que crecer un poco para que le vaya bien ese nombre.

Ozzie lanzó un grito de indignación.

–Va a ser muy grande –dijo acaloradamente John Robert–. Sé que lo será.

–Es probable que crezca como el tabaco, teniendo en cuenta lo rápido que aumentó el huevo –admitió el abuelo–. ¿Qué debe de comer?

–¿Gente? –aventuró John Robert.

–Es demasiado pequeño para eso, ¿no crees? Además, no sé cómo podríamos conseguírsela.

El problema de qué era lo que comía el joven Ozzie demostró ser menos difícil de resolver de lo que temían. John Robert le ofreció unas zanahorias. Ozzie se las comió con hojas y todo.

El abuelo probó a darle pieles de patatas. Ozzie las engulló feliz y luego dejó limpia la caja en que el abuelo las había traído desde la cocina.

En veloz sucesión, Ozzie demostró que le gustaban los granos de café, los botones, el heno, los pañuelos, el tabaco de pipa, la crema de cacahuetes y los bocadillos de gelatina. Creció rápidamente a base de aquella variada dieta y hacia el final de la segunda semana medía más de ochenta centímetros desde su redonda nariz hasta la punta de su cola en forma de flecha.

El gallinero se estaba haciendo rápidamente demasiado pequeño para Ozzie, el cual, a medida que iba creciendo, se iba volviendo más inquieto. John Robert y el

abuelo estudiaron la posibilidad de trasladarlo al taller, situado en la mitad posterior del granero. Esto, por supuesto, aumentaba las probabilidades de que tía Bess descubriera su secreto. Finalmente, la decisión se impuso sobre ellos.

El miércoles de la tercera semana del nacimiento de Ozzie, John Robert y el abuelo se deslizaron dentro del gallinero. Ozzie les recibió con un débil quejido. La causa de su dolor era fácil de adivinar.

Había devorado casi metro y medio, con clavos y todo, de la parte inferior de los tablones que constituían una de las paredes del gallinero.

–Debía de tener un gran apetito –observó John Robert. Ozzie restregó su brillante lomo contra las piernas de John Robert y gimió. Enterró su hocico en las manos del muchacho y eructó suavemente.

–Condenación –dijo el abuelo–. ¿Hay algo que no puedas comer?

Ozzie le miró en tono de reproche e inclinó la cabeza.

–Condenación –repitió el abuelo Riley, retirando el pie cuando Ozzie comenzó a mordisquear el cuero de la punta de su zapato izquierdo. Por uno de los escamosos agujeros de su nariz comenzó a manar un chorro de humo gris.

–Esto lo decide todo –dijo el abuelo–. Tendremos que utilizar el cobertizo de las herramientas y Bess va a colgarnos si lo encuentra. Suerte que los cimientos alcanzan un metro de altura. –Y añadió, observando el humo–: ¿No irá a comenzar a escupir fuego ahora?

Ozzie quedó instalado en su nueva casa, y a medida que iba creciendo, John Robert y el abuelo Riley estaban cada vez más agradecidos de que el cobertizo tuviera los cimientos de piedra. Ozzie, según la dieta que seguía, echaba humo y, de vez en cuando, pequeñas lenguas de fuego. Sin embargo, no mostraba signo alguno de la legendaria fiereza de los seres de su especie. Los abultamientos de su espalda habían aumentado hasta convertirse en sacos coriáceos, con la apariencia irregular de unas velas acolchadas. No compartían los cambiantes colores de su cuerpo, sino que continuaban siendo de un tono gris sucio. Cuando estaba por acabar el mes de julio eran tan grandes como cestas y crecían día a día. Ozzie había alcanzado para entonces más de cuatro metros de largo, su piel estaba moteada de color dorado y era cada vez más difícil retenerle en el cobertizo de las herramientas. Resultaba inevitable que tía Bess lo descubriera.

Sucedió el primer domingo de agosto, justo un mes antes de que John Robert tuviera que volver al colegio. Tía Bess, que todavía llevaba puestos su vestido y sus zapatos de ir a la iglesia, había cogido la vieja medida de metal con la que llenaba las lámparas de petróleo y se había dirigido al cobertizo en busca de queroseno. John Robert y el abuelo Riley estaban en el porche, con los dedos cruzados, cuando escucharon un aullido que rápidamente se convirtió en un gorgoteo inarticulado. Tía Bess huyó despavorida. Sus ojos se movían locamente y había perdido un zapato.

–Salió de la pared –gimió–. Estaba llenando el recipiente cuando sacó la cabeza a través de la pared.

Cayó sin fuerzas en el porche mientras tío Ben sacaba la cabeza por la puerta.

–¿Qué demonios está pasando ahí fuera? –preguntó.

–Hay un monstruo en el granero –gritó tía Bess–. Está bebiéndose mi petróleo.

–Oh, no –dijo John Robert.

–Condenación –dijo el abuelo, y ambos corrieron hacia el granero.

Dentro encontraron a Ozzie, inclinado sobre el bidón de queroseno y lanzando fuera su bífida lengua y metiéndola en un charco, cada vez mayor, que se estaba formando bajo el grifo abierto. El saco carnosos de su cuello era de un tono rojo inflamado. Levantó la vista cuando John Robert y el abuelo aparecieron y les lanzó una mirada inquisitiva.

–Saquémoslo fuera antes de que eructe –aulló el abuelo, y ambos se dirigieron hacia la cola del dragón.

John Robert se la agarró cuidadosamente con las manos y luego tiró de ella con fuerza. Ozzie se resistió débilmente y luego comenzó a moverse vacilante hacia las puertas abiertas.

–Mira –chilló John Robert–. Ha mordido la pared y ha hecho un agujero.

–Eso no es todo –dijo el abuelo, mientras Ozzie hacía su aparición en el patio y tía Bess lanzaba otro prolongado lamento–. El maldito se ha bebido todo el petróleo.

Siguieron a Ozzie a la salida y le condujeron rápidamente hacia los campos de tabaco. Justo mientras lo hacían, el dragón hipó de forma aterradora.

Luego lanzó un monstruoso eructo. Un chorro de humo y llamas de metro y medio de longitud salió disparado contra los surcos. Ozzie se derrumbó sobre el áspero suelo y emitió un débil gemido.

–Huy, huy –dijo el abuelo–, vaya un dolor de estómago que vas a tener.

–Apartaos –gritó tío Ben, corriendo hacia una de las esquinas del granero y levantando por encima de su cabeza una escopeta de dos cañones–. Apartaos, que voy a disparar.

–¡No! –aulló John Robert.

–Tú no vas a hacer nada de eso –dijo el abuelo, poniéndose delante de tío Ben.

–*Hic* –hizo Ozzie, y una ligera nube de humo oleosa le envolvió la cabeza.

Les costó más de veinte minutos a John Robert y al abuelo convencer a tío Ben de que Ozzie era inofensivo. Para entonces, el dragón ya había consumido su carga de queroseno. De vez en cuando emitía un débil gemido, mientras una

bocanada de humo negro, que parecía proceder de un fuego que se estuviera consumiendo, salía de su nariz.

–¿Pretendes decir que este animal infernal es como un perrillo faldero? –preguntó tío Ben.

–Efectivamente –dijo el abuelo, con orgullo–. John Robert y yo lo hemos sacado de un huevo.

–Es realmente amable y honesto –dijo John Robert–. Un joven auténticamente educado.

–¿Esto? Pero si abulta como cuatro caballos.

–Pues no es más que un cachorrito –insistió el abuelo–. No tiene más que dos meses.

–¿Y cómo lo alimentáis? ¿A base de una vaca diaria?

–No. Se ha alimentado de heno y de hierba durante tres semanas.

–¿Se ha ido ya? –preguntó tía Bess, metiendo la cabeza en el granero.

Vio a Ozzie y comenzó a gritar. Tío Ben se dirigió hacia ella.

–Ven aquí, Bess –le dijo–. Tenemos un honesto dragón.

Aquella noche llovió por primera vez después de varias .semanas, una llovizna lenta y monótona que formó charcos en el patio y convirtió el campo de tabaco que se extendía detrás de la casa en un pantano de barro amarillento. John Robert y el abuelo Riley se pasaron la mayor parte de la noche, después de cenar, en el granero cuidando a Ozzie. El dragón estaba débil y tembloroso y sus escamas habían adquirido un tono amarillento y sin brillo. Los enigmáticos sacos de su espalda palpitaban débilmente, y al tocarlos se dieron cuenta de que estaban blandos. Cuando el abuelo Riley se dio cuenta de que no podían hacer nada más por él, dejaron a Ozzie sumido en un sueño inquieto.

Al día siguiente, tío Ben anunció que no iría a trabajar. Había proyectado ausentarse durante algunos días para ir a Nueva Orleans a visitar a un conocido suyo. Tía Bess le preparó algo de comer y se lo metió en una caja de zapatos, y tras una conversación mantenida en voz baja en un rincón de la cocina, durante la cual lanzaban de vez en cuando miradas furtivas en dirección a John Robert y al abuelo Riley, ella acompañó a tío Ben a la puerta.

Poco después, John Robert pudo oír cómo el ronroneo del motor del viejo camión de tío Ben se perdía en la distancia.

Unos minutos después de las diez, el abuelo Riley llamó a John Robert al granero.

–Realmente sorprendente –dijo mientras introducía a John Robert en la parte trasera.

John Robert apenas podía creer lo que veían sus ojos. Ozzie estaba tendido sobre un montón de paja, tomando el Sol que penetraba a través de una ventana. Los grandes sacos se habían roto durante la noche liberando dos masas membranosas que, bajo los efectos secantes del Sol, estaban tomando forma y rigidez.

–Es del tipo de los que vuelan –dijo John Robert, en un auténtico éxtasis–. Te lo dije.

–Sí, así parece –admitió el abuelo.

Tras discutirlo un rato, decidieron desafiar las iras de tía Bess y sacar a Ozzie al patio a fin de que pudiera tomar mejor el Sol.

Las alas eran amplias y crujían como cuero húmedo cuando Ozzie las movía. Bajo la luz directa del sol perdieron su anterior transparencia y se volvieron rápidamente opacas, adoptando el brillo de la coloración de sus escamas. Aquella noche ya había hecho algunas tentativas de vuelo, y John Robert estaba maravillado de los potentes músculos que se flexionaban en el pecho de Ozzie a cada movimiento.

La cena fue silenciosa, llena de tensiones y excitación. Tía Bess estaba sentada sin decir palabra frente a John Robert, pensativa y con el rostro tirante.

–Bess, pareces muy nerviosa –señaló el abuelo.

–Bueno, ¿y cómo no iba a estarlo con esa cosa en el granero? –dijo ella, mordiéndose el labio.

–Mira, Bess. Ozzie no es «una cosa». No es más que un animal doméstico.

–Bueno, ya no molestará más la semana que viene –dijo ella.

John Robert levantó la vista alarmado.

–¿Qué significa eso? –preguntó el abuelo.

–Yo... Bueno, vosotros tendréis que enteraros también –dijo lentamente tía Bess–. Ben dice que un dragón puede interesar mucho a algunas personas, y que si uno es astuto puede sacar bastante dinero por él. Ha ido a ver a un hombre de un circo que él conoce. Supone que sacaremos lo suficiente como para comprar incluso un coche nuevo.

John Robert se puso en pie de un salto.

–No podéis hacer eso –protestó–. Ozzie no es vuestro.

–Mira, muchacho –dijo tía Bess nerviosa–, tienes que ver las cosas del lado práctico. Además, ¿qué es lo que quieres hacer con un dragón?

–John Robert tiene razón –dijo el abuelo–. No podéis vender a Ozzie porque no es vuestro.

–Tú no te metas en esto, Pa –la voz de tía Bess se hizo cortante y firme–. La vida es demasiado dura como para permitirnos el lujo de mantener fantasías como las

tuyas o las de John Robert. Alguien tiene que pensar en cómo lograr el pan para esta casa.

Además, Ben es el cabeza de familia. El es quien paga las cuentas y yo no puedo hacerle cambiar de idea. Ni aunque quisiera –añadió después de un momento.

Y luego comenzó a hablar de la cantidad de cosas que podrían comprar cuando hubieran vendido a Ozzie en el circo.

John Robert tuvo poco que decir el resto de la noche. A veces se daba cuenta de que tía Bess le miraba con una extrañísima expresión y se preguntó qué sería lo que podría estar pensando tras esos ojos silenciosos y distraída. Se dio cuenta de que tenía una expresión casi compungida, como si de alguna manera sintiera un poco lo que estaba haciendo.

Pero sabía que aun en el caso de que sintiera alguna pena por ello, no iba a interferir con las acuciantes exigencias de su vida, que le decían que debía vender a Ozzie.

Cuando finalmente llegó el momento de acostarse, él permaneció despierto, tumbado en su colchón sobre el suelo de la cocina. Podía escuchar el crujido de la cama del abuelo en el salón y se dio cuenta de que el anciano debía tener tantas dificultades como él para conciliar el sueño.

Finalmente cayó en un sopor, pero volvió a despertarse de madrugada, antes del amanecer, cuando la brillante luz amarilla de la luna llena entraba todavía por la ventana de la cocina. Estaba tumbado pensando en Ozzie, que estaba en el granero, y recordó de pronto la excitante libertad de sus nuevas alas. Se lo imaginó encerrado en la jaula de un circo, con unos barrotes de hierro que le separaban de la libertad del aire exterior, y sintió que sus párpados se humedecían.

Oyó un «psst» y se incorporó. El abuelo Riley estaba entrando de puntillas por la puerta y llevaba los zapatos en la mano. Estaba totalmente vestido.

–Abuelo –le preguntó John Robert–, ¿qué haces levantado?

–No grites tanto –siseó el abuelo–. ¿Sabes? –siguió en voz muy baja–. He estado pensando.

–Yo también –dijo John Robert–. En Ozzie. No va a ser agradable para él.

–John Robert –dijo el abuelo lentamente–, creo que realmente aquí no hay lugar para un jovencito como tú y para un anciano como yo. Bess es una buena persona, pero... En fin, ella no ve las cosas como tú y yo.

–Sí, lo sé –dijo John Robert–. Yo la quiero, y también a tío Ben, pero me da la impresión de que ella ya no disfruta de la vida.

–Tal vez sea porque la vida le ha arrebatado algo... –dijo el abuelo–. ¿Sabes lo que pienso? –agregó al cabo de un momento el anciano–. ¿Por qué no hacemos tú y yo un pequeño viaje? No nos echarán de menos después de una semana o dos.

John Robert se puso en pie de un salto y comenzó a vestirse. Salieron silenciosamente y atravesaron el patio, bañado por la luz de la luna, en dirección al granero. Despertaron a Ozzie y lo sacaron fuera.

—¿Crees que podrá llevarnos a los dos? —preguntó el abuelo.

—Pues claro que puede. Ozzie es el dragón más fuerte de toda la creación.

Le llevaron al húmedo campo de tabaco.

—Necesita una buena pista —dijo el abuelo—. Aunque sea fangosa.

—¿Adónde iremos? —preguntó John Robert riendo—. ¿A la India? ¿A Arabia?

—Bueno, iremos a un lugar muy lejano donde nunca antes había habido seres humanos —dijo el abuelo—. El sabe dónde es.

Montaron sobre el dragón, el abuelo delante, fuertemente cogidos a la espalda de Ozzie. Este se dio cuenta de lo que se esperaba de él y una gran excitación le inundó el cuerpo. Los grandes músculos se tensaron, sus pies provistos de garras se asentaron firmemente sobre el fangoso suelo, comenzó una firme carrera y, de repente, con la suavidad de un patinador sobre hielo, empezaron a elevarse cada vez más y más, sobre la pequeña casa y el insignificante granero, sobre los campos bañados por la Luna.

El viento azotó los cabellos de John Robert, que apenas podía respirar mientras se apretaba contra el delgado cuerpo del abuelo Riley.

—¡Egipto, y África, y Arabia, y todos esos lugares lejanos que nadie excepto él y los de su raza conocen! —gritó con todas sus fuerzas John Robert al viento—. ¿Qué van a decir tía Bess y tío Ben?

—Nunca se lo dirán a nadie. Porque nunca adivinarán la verdad —gritó el abuelo, y su voz fue veloz al oído de John Robert.

—Oh, sí. Sí que lo sabrán. Lo sabrán —gritó John Robert—. Mira.

Señaló hacia abajo mientras viraban en redondo y volvían a pasar sobre la pequeña casa. Incluso a la velocidad que llevaban pudieron ver claramente la línea de las huellas profundas que primero iban hacia el campo de tabaco iluminado por la luz de la luna y luego se adentraban en la plantación para desaparecer misteriosamente al final.

Y pudieron ver también la delgada figura humana que estaba junto a la casa, con la cabeza levantada hacia arriba y los ojos cubiertos por un brazo desnudo.

—¡Adiós! —aulló el abuelo Riley.

—Adiós, adiós, adiós —gritó John Robert en el frío viento.

Y debajo la pequeña figura movía los brazos de forma insegura, apenada.

Después el campo, la casa, el terreno moteado de campos de labor y de pequeños edificios se disolvieron en un nebuloso caleidoscopio amarillo brillante,

mientras el gran animal alado completaba su vuelta y se dirigía rápidamente hacia el Este, que ya comenzaba a iluminarse.

La hormiga gigante

Howard Fast

The large ant, © 1960. Traducción de Luis Echávarri en *El filo del futuro*, relatos de Howard Fast. Ediciones Minotauro S. R. L., 1963.

Ha habido toda clase de opiniones y conjeturas acerca del fin. Se dijo que más pronto o más tarde habría demasiada gente, o que nos mataríamos unos a otros (con la bomba atómica era muy probable). Toda clase de opiniones, pero nadie recordaba que somos lo que somos. Podemos encontrar un modo de alimentar a cualquier número de hombres, y quizá también de evitar que nos eliminemos mutuamente con la bomba; en eso somos gente experta, pero nunca hemos sido expertos en modificarnos a nosotros mismos, o en modificar nuestra conducta.

Lo sé. No soy un malvado ni un hombre cruel; todo lo contrario: soy un ser humano común, quiero a mi esposa y a mis hijos y me llevo bien con mis vecinos. Soy como otros muchos hombres, y hago las mismas cosas que ellos, y de la misma manera irreflexiva.

Soy también escritor, y les dije a Lieberman, el conservador del museo, y a Fitzgerald, el funcionario del gobierno, que me gustaría escribir la historia. Se encogieron de hombros.

—Escríbala —dijeron—, no cambiará nada.

—¿No creen ustedes que alarmará a la gente?

—¿Cómo puede alarmar a nadie si nadie lo creará?

—Podría incluir una o dos fotografías.

—¡Oh, no! ¡Fotografías no!

—¿Qué sentido tiene esto? Me permiten que escriba la historia, pero no que publique fotografías para que la gente me crea.

—Sería inútil. Dirían que usted ha falsificado las fotografías, y eso aumentaría la confusión. Y si hay alguna probabilidad de salir bien de este asunto, la confusión no ayudaría.

—¿Qué ayudaría?

No podían decírmelo, porque no lo sabían. En consecuencia, he aquí lo que ocurrió, relatado de un modo directo y simple.

Todos los veranos, en el mes de agosto, cuatro buenos amigos míos y yo vamos a pescar durante una semana en la cadena de lagos de St. Regis, en los Adirondacks. Alquilamos la misma cabaña todos los veranos, vamos de un lado a otro en canoas, y a veces pescamos unas pocas lobinas. La pesca no es muy buena, pero jugamos a los naipes, cocinamos, y descansamos en general. El verano último yo tuve que hacer algunas cosas que no podía dejar de lado.

Llegué con tres días de retraso y el tiempo era tan caluroso y apacible que decidí quedarme solo un día o dos después de haberse ido los otros. Había un pequeño prado delante de la cabaña y me propuse pasar tres o cuatro horas jugando al golf. Por eso yo tenía el palo de golf junto a mi cama.

El primer día que estuve solo abrí una lata de legumbres y otra de cerveza, cené, y me tendí en la cama con *La vida en el Mississippi*, un paquete de cigarrillos y una barra de chocolate de ocho onzas. No tenía nada que hacer, ni teléfono, ni obligaciones, ni diarios. Me sentía tan tranquilo como puede estarlo un hombre en estos tiempos de nerviosidad.

No había obscurecido aún, y yo leía a la luz que entraba por la ventana, sobre mi cabeza. Iba a tomar un nuevo cigarrillo cuando alcé la vista, y la vi al pie de la cama. El borde de mi mano tocaba el palo de golf y con un simple movimiento blandí el palo, le asesté un golpe violento y exacto, y la maté. A eso me refería anteriormente. Yo seré de este o de aquel modo, pero reacciono como un hombre. Creo que cualquier hombre, negro, blanco o amarillo, en China, en África o en Rusia, hubiese hecho lo mismo.

Me sentí completamente empapado en sudor al principio, y luego me di cuenta que iba a vomitar. Salí de la cabaña, recordando que no me sucedía eso desde 1943, en mi viaje a Europa en la bodega del barco *Liberty*. Pronto me sentí mejor y pude volver a entrar en la cabaña y mirarla. Estaba muerta, pero yo había ya decidido no dormir solo allí.

No podía tocarla con las manos desnudas. La recogí con un pedazo de papel rústico, la eché en mi cesta de pesca, y puse la cesta en el portamaletas del coche junto con el equipaje. Luego cerré la puerta de la cabaña, subí al coche y volví a New York. Me detuve una vez en el camino, poco antes de llegar al Thruway, y dormité en el coche algo más de una hora. Casi amanecía cuando llegué a la ciudad, y me afeité, me di un baño caliente, y me cambié la ropa antes que despertara mi mujer.

Le expliqué durante el desayuno que no me las arreglaba solo, y como ella lo sabía, y los viajes de noche no eran en mí nada extraordinarios, no me abrumó con preguntas. Me serví dos huevos, un poco de café, y fumé un cigarrillo. Luego fui a mi estudio, encendí otro cigarrillo, y contemplé la cesta de pesca, que yo había puesto sobre el escritorio.

Mi mujer entró, vio la cesta, notó que tenía un olor demasiado fuerte, y me pidió que la llevara al sótano.

–Voy a vestirme –dijo–. Los muchachos están todavía en el campo. Tengo una cita con Ann para el almuerzo, pues no pensé que volverías hoy. ¿Me quedo?

–No, por favor. Aprovecharé para hacer algunas cosas.

Me senté y fumé algunos cigarrillos más, y al fin llamé al museo y pregunté quién era el encargado de los insectos. Me dijeron que se llamaba Bertram Lieberman y pedí que me permitieran hablar con él. Tenía una voz agradable. Le dije que me llamo Morgan y soy escritor, y él me indicó cortésmente que había visto mi nombre, y había leído algo que yo había escrito. Lo que suele oírse cuando un escritor se presenta a una persona amable y educada.

Pregunté a Lieberman si podía verlo y contestó que le esperaba una mañana de mucho trabajo. ¿Podía ser al día siguiente?

–Me temo que tenga que ser ahora mismo –repliqué con firmeza.

–Oh. ¿Necesita alguna información?

–No. Tengo un ejemplar para usted.

–Oh.

Ese «Oh» era un intervalo culto y neutral. No preguntaba ni respondía. Había que interpretarlo.

–Sí, creo que le interesará.

–¿Un insecto? –preguntó suavemente.

–Así creo.

–Oh. ¿Grande?

–Muy grande.

–¿A las once en punto? ¿Puede venir a esa hora? En el primer piso, entrando a la derecha.

–Iré.

–Una pregunta. ¿Está muerto?

–Sí, está muerto.

–Oh. Tendré el gusto de verlo a las once en punto, señor Morgan.

Mi mujer estaba ya vestida. Abrió la puerta del estudio y dijo firmemente:

–Llévate esa cesta de pesca. Huele mal.

–Sí, querida. Me la llevaré.

–Creía que necesitabas dormir un poco después de viajar toda la noche.

–Es gracioso, pero no tengo sueño. Creo que daré una vuelta por el museo.

Mi mujer dijo que eso era lo que le gustaba en mí, que nunca me cansaba de lugares como los museos, los tribunales de policía y los clubes nocturnos de tercera clase.

De todos modos, aparte del hipódromo, un museo es el lugar más interesante e insólito del mundo. Era en verdad insólito que además del señor Lieberman me esperaran otros dos hombres. Lieberman era un hombre flaco, de facciones agudas, y unos sesenta años de edad. El funcionario del gobierno, Fitzgerald, era bajo, de ojos negros, y llevaba anteojos con armazón de oro. Se mostró muy vivaz, pero no me dijo a qué parte del gobierno representaba. Se limitaba a decir «nosotros» refiriéndose al gobierno. Hopper, el tercer hombre, bien vestido,

regordete y afable, era un senador de los Estados Unidos que se interesaba por la entomología, aunque con anterioridad a aquella mañana yo hubiera jurado que un senador entomólogo era algo que no existía ni podía existir.

La habitación era grande y cuadrada, estaba amueblada con sencillez, y había estanterías y armarios en todas las paredes.

Nos estrechamos las manos y luego Lieberman me preguntó, señalando la cesta con la cabeza:

–¿Es eso?

–Es eso.

–¿Puedo verlo?

–Véalo. No es nada que quiera pasar de contrabando. Se lo regalo.

–Muchas gracias, señor Morgan.

Lieberman abrió la cesta y miró adentro. Luego se irguió y los otros dos lo miraron inquisitivamente.

–Sí –dijo Lieberman.

El senador cerró los ojos un largo rato. Fitzgerald se quitó los anteojos y los limpió cuidadosamente. Lieberman extendió un mantel de plástico sobre el escritorio, y luego sacó la cosa de la cesta y la puso sobre el plástico. Los otros dos hombres no se movieron. Se quedaron sentados, mirando.

–¿Qué opina usted, señor Morgan? –me preguntó Lieberman.

–Creía que esto era asunto suyo –dije.

–Sí, por supuesto, pero quisiera tener su impresión.

–Una hormiga. Esa es mi impresión. Es la primera vez que veo una hormiga de cuarenta, cincuenta centímetros de largo. Y espero que sea la última.

–Un deseo comprensible –asintió Lieberman.

Fitzgerald dijo entonces:

–¿Puedo preguntarle cómo la mató, señor Morgan?

–Con un palo. Un palo de golf, quiero decir. Fui a pescar con unos amigos en St. Regis, en los Adirondacks, y llevé el palo para practicar un poco. Los tiros cortos son la peor parte de mi juego. Yo me quedé solo en la cabaña, y se me ocurrió practicar cuatro o cinco horas. Pero...

–No es necesario que lo explique –interrumpió Hopper sonriendo, pero con una sombra de tristeza en el rostro–. Algunos de nuestros mejores jugadores de golf tienen la misma dificultad.

–Estaba acostado, leyendo, y la vi al pie de mi cama. Yo tenía el palo...

–Comprendo –me interrumpió Fitzgerald.

–Evita usted mirarla –dijo Hopper.

–Me revuelve el estómago.

–Sí, sí, claro.

Lieberman preguntó:

–¿Quiere explicarnos por qué la mató, señor Morgan?

–¿Por qué?

–Sí, ¿por qué?

–No entiendo. ¿Qué quieren decirme?

–Siéntese, por favor, señor Morgan –dijo Hopper–. Trate de descansar. Esto ha sido muy penoso para usted.

–Todavía no he dormido. Y no sé qué pesadillas tendré realmente.

–No queremos inquietarlo, señor Morgan –declaró Lieberman–. Creemos, sin embargo, que ciertos aspectos de este asunto son muy importantes. Por eso le pregunto por qué la mató. Debió tener usted algún motivo. ¿Se vio usted atacado?

–No.

–¿Sorprendió usted un movimiento súbito?

–No. Estaba ahí, simplemente.

–Entonces, ¿por qué?

–La pregunta es inútil –intervino Fitzgerald–. Sabemos por qué la mató.

–¿Lo saben?

–La respuesta es muy sencilla, señor Morgan. Usted la mató porque usted es un ser humano.

–Oh.

–Sí. ¿Comprende?

–No, no comprendo.

–Entonces, ¿por qué la mató? –preguntó Hopper.

–Estaba muy asustado. Y todavía lo estoy, para decir la verdad.

–Es usted un hombre inteligente, señor Morgan –dijo Lieberman–. Permítame que le muestre algo.

Abrió las puertas de un armario adosado a la pared y me mostró ocho frascos de aldehído fórmico con ocho ejemplares como el mío, mutilados todos por un golpe violento y mortal. Yo me limité a mirar sin decir nada.

Lieberman cerró el armario y dijo, encogiéndose de hombros:

–Todas en cinco días.

–Una nueva raza de hormigas –murmuré tontamente.

–No. No son hormigas. Venga.

Me indicó que me acercara al escritorio y los otros dos se unieron a nosotros. Lieberman sacó de un cajón un equipo de instrumentos de disección, dio vuelta al bicho con unas pinzas, y señaló la parte baja de lo que sería el tórax en un insecto.

–Esto parece parte del cuerpo, ¿no es así, señor Morgan?

–Así es.

Utilizando otros dos instrumentos, Lieberman encontró una fisura, y tironeó hacia los lados. El tórax se abrió como el vientre de un avión de bombardeo. Era un receptáculo, una bolsa, y adentro había cuatro utensilios o instrumentos, hermosos y diminutos, de unos cinco centímetros de largo. Eran hermosos como es hermoso todo objeto de propósito funcional creado con amor, como la misma criatura, si ella no hubiera sido un insecto y yo un hombre. Utilizando unas pinzas, Lieberman sacó los instrumentos de las grapas que los sostenían y me los ofreció. Y yo los tomé, los palpé, los examiné y los dejé.

Luego miré la hormiga y me di cuenta que no la había observado verdaderamente hasta entonces. No observamos atentamente lo que nos parece horrible o repugnante. No se puede ver nada a través de una pantalla de aborrecimiento. Pero el aborrecimiento y el temor se habían diluido, y mirando aquello comprobé que no era una hormiga, aunque lo parecía. En verdad, yo nunca había visto ni imaginado nada semejante.

Los tres hombres me observaban y de pronto me defendí.

–¡Yo no lo sabía! –exclamé–. ¿Qué esperan ustedes que haga uno cuando ve un insecto de este tamaño?

Lieberman movió la cabeza afirmativamente.

–¿Qué es, en nombre de Dios? –pregunté.

Lieberman sacó de su escritorio una botella y cuatro copas. Nos sirvió y bebimos. Yo no había esperado encontrar un buen whisky en aquella oficina.

–No lo sabemos –dijo Hopper–. No sabemos qué es.

Lieberman señaló el cráneo roto donde asomaba una substancia blanca.

–Materia cerebral –dijo–, gran cantidad.

–Una criatura muy inteligente, quizá –declaró Hopper.

–Un insecto, con una estructura en evolución –dijo Lieberman–. Sabemos muy poco de la inteligencia de nuestros insectos. No es exactamente lo que llamamos inteligencia. Es un fenómeno colectivo, como las partes que componen un cuerpo humano. Cada parte vive independientemente, pero la inteligencia es el resultado del conjunto. Si sucediera lo mismo en criaturas como esta...

Los hombres se quedaron mirando el bicho y yo pregunté:

–¿Y si tienen eso?

–¿Qué?

–La inteligencia colectiva de la que usted ha hablado.

–Oh. Bueno, no podría decirlo. Sería algo que superaría nuestros sueños más extravagantes. Comparadas con nosotros serían..., bueno, lo que somos nosotros comparados con una hormiga ordinaria.

–No lo creo –dijo lacónicamente.

Y Fitzgerald, el funcionario, me replicó con calma:

–Tampoco nosotros lo creemos. Lo suponemos.

–Si es tan inteligente, ¿por qué no empleó contra mí una de sus armas?

–¿Hubiera sido eso una muestra de inteligencia? –preguntó Hopper suavemente.

–Quizá ninguno de esos instrumentos sea un arma –dijo Lieberman.

–¿No lo sabe? ¿Las otras no llevaban instrumentos?

–Los llevaban –contestó Fitzgerald lacónicamente.

–¿Y qué eran?

–No lo sabemos –dijo Lieberman.

–Pero ustedes pueden averiguarlo. Tenemos hombres de ciencia, ingenieros. Esta es una era de instrumentos fantásticos. ¡Examínenlos!

–Lo hemos hecho.

–¿Y qué han averiguado?

–Nada.

–¿Quiere decirme que no saben nada acerca de estos instrumentos, qué son, cómo funcionan, para qué sirven?

–Así es exactamente –replicó Hopper–. No sabemos nada, señor Morgan. Carecen de sentido para los mejores ingenieros y técnicos de los Estados Unidos. Conoce usted la vieja anécdota. «Dele a Aristóteles un aparato de radio. ¿Qué haría Aristóteles? ¿Dónde encontraría energía eléctrica? ¿Y qué recibiría si nadie

transmite nada?» No es que esos instrumentos sean complicados. En realidad son muy sencillos. Pero no tenemos idea de lo que pueden o podrían hacer.

–Pero tienen que ser un arma de alguna clase.

–¿Por qué? –preguntó Lieberman–. Mírese a sí mismo, señor Morgan; es usted un hombre culto e inteligente, pero no concibe un mundo donde las armas no sean un artículo de primera necesidad. Sin embargo, un arma es algo raro, señor Morgan, un instrumento homicida. Nosotros no pensamos así porque las armas son hoy el símbolo de nuestro mundo. ¿Es eso civilización, señor Morgan? ¿O no son las armas y la civilización, en un sentido esencial, incompatibles? ¿No puede usted imaginar una mentalidad que no acepte, o no conciba la idea del crimen? Nosotros vemos todo a través de nuestra subjetividad. ¿Por qué otros (esta criatura, por ejemplo) no deben poder ver el proceso de la actividad mental fuera de su subjetividad? Se acerca a un ser de este mundo y la matan. ¿Por qué? ¿Qué explicación tiene? Dígame, señor Morgan. ¿Cómo se lo explicaría usted a una criatura completamente racional? –y Lieberman señaló el bicho que estaba sobre el escritorio–. Se lo pregunto muy seriamente, ¿cómo lo explicaría usted?

–¿Un accidente? –murmuré.

–¿Y los ocho frascos del armario? ¿Ocho accidentes?

–Creo, doctor Lieberman –dijo Fitzgerald–, que por ese camino puede ir usted un poco demasiado lejos.

–Sí, para ustedes puede ser así. Es una parte del ambiente en que viven. Pero mi ambiente es la ciencia. Y como hombre de ciencia trato de ser racional. La creación de una estructura de lo bueno y lo malo, o lo que llamamos moralidad y ética, es función de la inteligencia, e indiscutiblemente el mal fundamental puede ser la destrucción de la inteligencia consciente. Por eso, y desde hace tanto tiempo, hemos aceptado al menos el mandamiento «No matarás», aunque sólo de los labios hacia fuera. Pero para una inteligencia colectiva, de la que podría ser parte esta criatura, la idea del asesinato sería inconcebiblemente monstruosa.

Me senté y encendí un cigarrillo. Me temblaban las manos. Hopper se excusó:

–Hemos sido un tanto duros con usted, señor Morgan. Pero en los últimos días otros ocho hombres han hecho exactamente lo mismo que usted. Estamos metidos en una trampa: somos lo que somos.

–Pero díganme, ¿de dónde vienen estas cosas?

–No importa casi de dónde vienen –contestó Hopper desanimadamente–. Quizá de otro planeta, quizá de los abismos de la Tierra, o de la Luna, o de Marte. No importa de dónde. Fitzgerald cree que vienen de un planeta menor, pues sus movimientos son aquí aparentemente lentos. Pero el doctor Lieberman opina que se mueven con lentitud porque no han descubierto la necesidad de moverse con rapidez. Entretanto, tienen que resolver el problema de estos asesinatos. Sólo Dios sabe cuántas han muerto en otros lugares, en África, Asia y Europa.

–Entonces, ¿por qué no se lo dicen al mundo? ¡Pronto, antes que sea demasiado tarde!

–Lo hemos pensado –dijo Fitzgerald–. ¿Pero y el pánico, la histeria? ¿Y si nos dicen que la culpa la tiene la bomba atómica? No podemos cambiar: somos lo que somos.

–Quizá se vayan.

–Sí, pueden hacerlo –declaró Lieberman–. Pero si no padecen la maldición del asesinato, quizá estén exentas también de la maldición del temor. Pueden ser sociales en el sentido más elevado. ¿Qué hace la sociedad con los asesinos?

–Hay sociedades que los condenan a muerte, y otras que reconocen su enfermedad y los encierran en un sitio donde no puedan seguir matando –dijo Hopper–. Por supuesto, es distinto cuando todo un mundo está en el banquillo. Ahora tenemos bombas atómicas y otras cosas, y estamos alcanzando las estrellas...

–Yo me inclino a creer que se irán –dijo Fitzgerald–. Quizá padezcan la maldición del temor, doctor.

–Quizá –admitió Lieberman–. Así lo espero.

Pero cuanto más lo pienso, más me parece que el temor y el odio son dos caras de la misma moneda. Trato aun de recordar, de recrear el momento en que vi al animal al pie de mi cama en la cabaña. Trato aun de extraer de mi memoria una visión clara de su aspecto, y descubrir si detrás de aquella cara quitinosa y de las dos antenas que se movían suavemente había alguna muestra de temor y de ira. Pero cuanto más se me aclaran los recuerdos, tanto más me parece descubrir una dignidad y una calma admirables. Nada de temor ni de ira.

Y cada vez más, mientras hago mi trabajo, tengo la impresión de lo que Hopper llamó «un mundo en el banquillo». Yo tampoco siento ira. Como un criminal que ya no puede vivir consigo mismo, me satisface que me juzguen.

El saurio

C. J. Cutcliffe Hyne

The lizard, © ?. Traducción de Domingo Santos y Francisco Blanco en *Lo mejor de la ciencia ficción del siglo XIX 2*, relatos recopilados por Isaac Asimov, Super Ficción 79, Ediciones Martínez Roca S. A., 1983.

Escritor popular en su tiempo, C. J. Cutcliffe Hyne (1866-1944) es actualmente poco recordado, salvo por The lost continent (1900), una novela sobre la Atlántida. Sin embargo, produjo también muchas historias cortas de ciencia ficción, un cierto número de las cuales pueden encontrarse en The adventures of a solicitor (1898) y Man's understanding (1933).

Hijo del vicario de Bierley, Hyne empezó a trabajar en las minas de carbón cuando tenía doce años. Al parecer, este contacto con la gente de las minas le resultó beneficioso. Después, Hyne saltó a Cambridge, donde se graduó en letras y en ciencias.

Tras su graduación, decidió dedicarse a escritor antes que a sacerdote o maestro, y así empezó a pergeñar novelas de encargo, libros para niños y consejos a los lectores como una imaginaria tía Ermyntrude, hasta que ideó el personaje del capitán Kettle: un pendenciero capitán de la marina mercante galesa de rojiza barba. El primer libro de Kettle se vendió bien, y cuando, poco después, Cyril Arthur Pearson inició el Pearson's Magazine, decidió utilizar al capitán Kettle como un personaje de serie capaz de competir con el Sherlock Holmes de la revista Strand. La idea funcionó, y el popular Kettle prosiguió sus aventuras hasta 1938, en cuyo momento había aparecido en una obra teatral, llenado once volúmenes y hecho rico a su creador.

Hyne viajó por todo el mundo, deteniéndose en lugares tales como el Ártico, Brasil, el Congo, Laponia, México, las islas Shetland y el Caribe, utilizando a menudo su experiencia para aumentar la verosimilitud de sus obras. No le gustaba plantearse por anticipado sus argumentos, sino que normalmente improvisaba, en un intento de alcanzar un resultado más fecundo e ingenioso. Por lo que respecta al estilo, Hyne se decantaba hacia una prosa directa e impersonal, de muy fácil lectura.

Aunque sólo cuatro de las aventuras del capitán Kettle contienen elementos fantásticos: Captain Kettle on the warpath (1916), Ice age woman (1925), Mr. Kettle, third mate (1931) e Ivory valley; an adventure of captain Kettle (1938), Hyne escribió otras siete novelas de ciencia ficción y fantasía (además de The lost continent), que exploran temas tan diversos como la fabricación de diamantes, una Tierra hueca, una guerra imaginaria, la inmortalidad y los objetos mágicos.

Detalles adicionales sobre su vida pueden encontrarse en su autobiografía, My joyful life (1935), que completó nueve años antes de su muerte.

Para esta antología, hemos seleccionado el más famoso relato corto de ciencia ficción de Hyne, The lizard, que es una narración llena de suspense sobre la lucha entre un hombre y un dinosaurio.

No es de esperar que el público en general crea las afirmaciones que voy a efectuar en este documento. Han sido escritas para llamar la atención del señor Wilfred Cording (o Cordy), si es que aún vive, o de sus amigos y familiares. Mayores detalles pueden serme solicitados (por cualquiera de esas personas interesadas) a lista de correos, Wharfedale, Yorkshire. Mi nombre es Chesney, y soy lo suficientemente conocido allí como para que me lleguen esas cartas.

El asunto en cuestión ocurrió hace dos años, el último día de agosto. Yo poseía un pequeño y excelente coto de caza cerca de Kettlewell, pero esa mañana una densa niebla había hecho la práctica de la caza completamente imposible. Sin embargo, no me lamentaba de perder el día, puesto que en las inmediaciones había descubierto recientemente una cueva y me sentía ansioso por explorarla... La exploración de las grutas naturales es, después de la caza, mi mayor afición.

Sugerí a mi guardabosque que viniera conmigo a inspeccionar la cueva; me dio alguna excusa, y yo no insistí. Los habitantes de aquellos lugares contemplan las cuevas locales con temor, más que con respeto. Nunca confesarán públicamente que creen en fantasmas, pero me temo que sus creencias van por ahí. En anteriores ocasiones había tomado reacios ayudantes conmigo para explorar otras cuevas, y habían resultado un estorbo tal que no insistí más para que el guardabosque me acompañara. De modo que tomé velas, una caja de cerillas, un poco de alambre de magnesio, un rollo pequeño de cuerda y un buen frasco de whisky, y me fui solo.

Hacía más de una semana que no había visto la cueva, y me sentí irritado al descubrir por las huellas de botas que un montón de gente la había visitado en el intervalo. Sin embargo, esperaba que en su mayoría hubieran sido pastores, y confié en hallar su interior aún sin alterar demasiado.

Era bastante fácil entrar en la cueva. Empezaba con una pendiente en forma de embudo compuesta de tierra de turba, fango y arcilla, y muy marcada con huellas de botas; luego venía una desmoronada pared de grandes piedras, adentrándose oblicuamente, bajo la cual me arrastré con la cabeza por delante hasta que la luz detrás de mí disminuyó. El camino se hacía cada vez más oscuro, de modo que encendí una vela para evitar accidentes, me metí hasta las rodillas en una rápida corriente de agua, y avancé rápidamente. Era una vulgar cueva caliza, con pequeñas estalactitas, y mucha humedad por todas partes. No parecía haber sido visitada, y seguí alegremente adelante.

Luego las cosas empezaron a ir mal. El techo fue bajando gradualmente, poco a poco pero de forma constante. Parecía como si pronto mi camino fuera a quedar cortado. Sin embargo, el agua debajo de mí era cada vez más profunda, y así vadeé hasta tan lejos como me fue posible. Hacía frío, el agua me llegaba hasta la barbilla, y el aire no contribuía a mejorar la situación. Empezaba a pensar que iba a pillar un resfriado sin conseguir ningún resultado apreciable.

Pero con los caprichos de las cuevas uno nunca sabe. Justo cuando imaginaba que había llegado ya al final de mis fuerzas, pude volver a ponerme en pie; una docena de metros más adelante salí a roca seca, y pude descansar un poco y beber un sorbo de whisky. El techo había desaparecido del alcance de la luz de la vela, de modo que quemé unos veinte centímetros del alambre de magnesio para efectuar una mejor inspección. Era realmente una cueva magnífica, bien provista de estalactitas arriba y estalagmitas abajo; la vela ardía brillantemente, indicándome que el aire era bueno. Y sin embargo, el aire de aquella cueva no parecía normal; había algo nuevo en él, y cualquier cosa nueva en la forma en que huele una cueva es siempre sospechosa. No era el olor de la turba, o del hierro, o de la arenisca, o de hongos; era un ligero olor almizcleño, bastante nauseabundo. Cuando inhalé una profunda bocanada de él, casi se me puso la carne de gallina.

Ante mí se extendía un lago de agua negra, con una playa de desmoronada piedra caliza en el extremo más alejado. Tiré una piedra al agua, agitando la superficie por primera vez en un millón de años. Sí, vale la pena aunque sólo sea una vez al año explorar alguna cueva para hacer algo así. La piedra se hundió con un voluptuoso «plop». El agua era a todas luces muy profunda. Pero ya me había mojado hasta el cuello, así que no me importaba nadar un poco.

Con un terrón de arcilla fijé una vela en mi gorra, coloqué un par más en la roca seca como faro para guiar mi regreso, me introduje en el agua, y empecé a nadar. El olor a almizcle me oprimía, y observé que se estaba haciendo más fuerte por momentos. De modo que no me entretuve. Calculé que el lago tenía aproximadamente unos cincuenta metros por treinta.

Llegué gateando a la desmoronada piedra caliza, con un estremecimiento; el olor a almizcle era lo bastante fuerte como para hacerme toser. Pero cuando me puse en pie, y sujeté de nuevo la vela en mi mano, un nuevo estremecimiento me sacudió, aunque esta vez por causas muy distintas. Una docena de metros más adelante una parte de la pared se había derrumbado, allí donde algún monstruoso y torpe animal había quedado aprisionado en las olvidadas eras del pasado, moldeando su cuerpo y dejando tan sólo el cascarón exterior de su forma y tamaño. Este había resistido durante años, siendo violado solamente por la acción erosionante del agua y algún terremoto en los pasados tiempos. Un experto yesero de París habría podido sacar un modelo exacto de aquella bestia que había desaparecido del conocimiento del mundo hacía nadie sabía cuántos millones de años.

Se había tratado de una especie de lagarto o cocodrilo, y con la imaginación empezaba ya a ver su figura restaurada en el Museo Nacional, cuando mi mirada fue atraída por algo que yacía entre las piedras y que me devolvió a la tierra sobresaltado. Me incliné y lo recogí. Era un cortaplumas vulgar y corriente de mango blanco, del tipo que compran los turistas por un chelín. En uno de sus lados había el nombre de Wilfred Cording (o Cordy), raspado aparentemente con una uña. Al principio el nombre estaba claramente grabado, pero el autor del trabajo debía de haberse ido debilitando, de modo que el apellido era demasiado impreciso como para estar seguro de él.

En el nervioso impulso del momento lancé el cuchillo lejos a las negras aguas y maldije. A un explorador le resulta bastante desagradable descubrir que se le han

adelantado. Pero desde entonces he tenido más de una ocasión de lamentar las cosas duras que dije contra Cording (si ése es su nombre). Si está vivo, le pido disculpas. Si, como sospecho, tuvo un terrible fin en esa cueva, transmito mi pesar a sus familiares.

Miré al molde del fósil del saurio, ahora con el ardor del descubrimiento casi apagado. Era consciente del frío ambiente, y el olor almizcleño era más intenso y más desagradable que nunca. Creo que habría regresado directamente a la luz del día para cambiarme de ropa si no hubiera creído ver las formas de otro fósil. Era impreciso, como cualquier cosa que se ve a través de la escasamente transparente piedra caliza y a la luz de una solitaria vela de parafina. Le di un malhumorado puntapié.

Se desprendieron algunas escamas de piedra, y oí distintamente un crujido más intenso. Pateé más duramente..., con todas mis fuerzas, de hecho. Cayeron más escamas, y luego hubo una pequeña andanada de crujidos. No sonaba como si hubiera pateado piedra. Sonaba como si se tratara de algo que cediera. Y hubiera podido jurar que el olor almizcleño se incrementaba. Sentí que me invadía una curiosa sensación, en parte frialdad, en parte excitación, en parte náusea; pero reuní todo mi valor y pateé de nuevo, una y otra vez. La piedra caliza se desprendía en una lluvia tintineante. Ya no había ninguna duda acerca de que había algo elástico debajo, y yo estaba convencido de que eso elástico era el cadáver de otro saurio. Ahí estaba la suerte, ahí estaba el descubrimiento. Ahí estaba yo, el descubridor del cuerpo de una bestia prehistórica, preservada en la piedra caliza a lo largo de las eras como habían sido preservados los mamuts en el hielo siberiano. Mientras pateaba y golpeaba la dura y escamosa piel de aquel anacronismo, que debía de haber perecido hacía diez millones de años, me pregunté si aquel descubrimiento me iba a reportar algún título nobiliario.

Luego, de pronto, tuve un sobresalto. Hubiera jurado que la carne muerta se había movido bajo mis pies.

Pero me grité a mí mismo mi desdén. Diez millones de años... Era imposible. A continuación tuve otro sobresalto, más intenso esta vez. Mientras levantaba una piedra para dar otro golpe, una astilla de piedra saltó como si fuera presionada desde abajo, y voló por los aires. Se me heló la sangre, y por un momento la soledad de aquella cueva desconocida me resultó opresiva. Sin embargo, me dije a mí mismo que yo era un hombre adulto; aquello eran chiquilladas. Seguí mi golpear hasta que un nuevo movimiento no me dejó la menor duda: la bestia se estaba moviendo realmente, por voluntad propia.

Moviéndose...; estaba viva. Estaba retorciéndose y agitándose para abandonar el lecho de roca donde había yacido inmóvil durante todos aquellos incontables ciclos de tiempo, y yo la observaba con un petrificado terror. Sus esfuerzos arrancaron montones de desmenuzada roca a la vez. Pude ver los músculos de su lomo tensarse a cada esfuerzo. Pude ver la parte expuesta de su cuerpo crecer en tamaño cada vez que dislocaba las paredes de aquella semieterna prisión.

Luego, mientras yo miraba, dobló el espinazo como un caballo corcoveando y asomó su gruesa cabeza y sus largos tentáculos, lanzando al mismo tiempo un pequeño y agudo grito como el de un niño herido. Entonces, con otro esfuerzo,

extrajo su larga cola y se inmovilizó sobre los despedazados restos de la piedra caliza, jadeando en su recién hallada vida.

La miré con malsana fascinación. Su cuerpo tenía casi el tamaño de dos caballos. La cabeza era curiosamente corta, pero la boca se abría casi hasta los hombros; y brotando de su nariz había dos enormes tentáculos, cada uno de ellos al menos de dos metros de largo, y rematados con carnosos zarcillos como dedos, que se abrían y cerraban trémulamente. Su color era de un brillante verde hierba. Y lo peor de todo era el olor almizcleño.

A todo esto yo permanecía completamente inmóvil, pero la bestia debió de captar algún ligero movimiento. No pude ver ningún tipo de orejas; y sin embargo, ella me oyó, no tengo la menor duda de ello. Peor aún, renqueó girando torpemente con sus rígidas patas, y agitó sus tentáculos en dirección a mí. No pude distinguir ningún tipo de ojos; su sensibilidad parecía residir en esos largos tentáculos y en los carnosos dedos que se retorcían a sus extremos.

Luego abrió sus grandes mandíbulas, bostezó cavernosamente y avanzó hacia mí. No parecía mostrar miedo o vacilación. Renqueó torpemente hacia delante, exhibiendo su monstruosa deformidad a cada momento, precedida siempre por aquellos odiosos tentáculos.

Durante un momento permanecí inmóvil en mi lugar, demasiado paralizado por el horror ante aquella terrible cosa que yo había sacado de su olvidada muerte. Pero entonces uno de sus tentáculos me tocó, y los carnosos dedos manosearon mi rostro. El movimiento volvió a mí. La bestia estaba hambrienta después de su ayuno de diez millones de años... Me di la vuelta y corrí.

Me siguió. A la débil luz de la solitaria vela podía verla renquear y renquear..., más aprisa y menos torpemente ahora, a medida que se quitaba de encima el anquilosamiento que las eras habían impuesto a sus articulaciones. Ahora me estaba siguiendo con una velocidad idéntica a la mía.

Si la pesada bestia hubiera mostrado ira, ferocidad, cualquier sentimiento, habría sido menos horrible; pero carecía absolutamente de emociones en su persecución, y eso me hizo sentir que estaba perdido, que debía rendirme ante lo inevitable. Me pregunté torpemente si habría habido otra bestia similar sepultada junto a ella, y si ésta habría devorado al hombre al que pertenecía el cortaplumas.

Ese pensamiento me sugirió una idea. Tenía una sólida navaja en mi bolsillo. La saqué, y me volví para defenderme, justo en el momento en que los tentáculos, con el fleco de sus manoteantes dedos, se hallaban agónicamente cerca de mí. Golpeé y tajé fieramente, y sentí mi navaja rozar su armadura. Lo mismo hubiera podido acuchillar una barra de hierro.

Sin embargo, aquel intento me hizo bien. Hay un amor animal hacia la lucha agazapado en lo más profundo de todos nosotros, y el mío se despertó en aquel momento. No sé si esperaba vencer; pero al menos mi intención era causarle el mayor daño posible antes de ser derrotado. Lancé una acometida, salté a la espalda de la reptante bestia y me deslicé detrás de ella; el animal lanzó su pequeño grito silbante y se volvió rápidamente en mi persecución.

Giramos, dimos vueltas, fintamos, entre las resbaladizas rocas. Cada vez que estábamos lo bastante cerca el uno del otro, lanzaba mi cuchillo apenas divisaba una rendija entre las placas de su armadura. De todos modos, estaba claro que aquello no podía durar mucho. La bestia ganaba en fuerza y actividad, y probablemente en rabia irracional, aunque yo no apreciaba ningún signo de ello; mientras que yo me iba notando cada vez más magullado, más arañado, más exhausto a cada momento.

Finalmente, trastabillé y caí. La bestia, con sus torpes y anadeantes pasos cortos, estuvo sobre mí antes de que yo pudiera volver a alzarme, y en mi desesperación lancé un brazo hacia arriba para clavar el cuchillo con todas mis fuerzas en la parte inferior de su cuerpo.

Aquello resultó, finalmente. La bestia se contorsionó, y se agitó con un frenesí que yo nunca había visto antes. Su grito se hizo tan agudo y estridente que superó el silbido de una máquina de vapor. Lancé una y otra vez mis furiosos golpes, hasta que se apartó desesperadamente de mí y se dirigió con su paso tambaleante hacia el agua. Se sumergió en ella, nadó enérgicamente con su cola, luego la vi hundirse y desaparecer por completo.

¿Qué hacer entonces? Yo también me lancé al agua, y nadé como nunca había nadado antes. No tenía alternativa..., o corría el riesgo de nadar, o me quedaba allí esperando ser devorado. Cómo atravesé el lago es algo que no sé. Cómo llegué a la otra orilla tampoco lo sé. Cómo seguí de vuelta el tortuoso camino hasta la salida de aquella cueva es más de lo que puedo decir, y tampoco sé si la bestia me siguió o no en mi huida. De alguna manera alcancé de nuevo la luz del día, tambaleándome como un borracho. Corrí como pude hasta el pueblo, notando cómo la gente se apartaba corriendo de mí. En la taberna, el propietario me gritó si yo tenía la peste. Al parecer, el olor almizcleño que me había llevado conmigo era insoportable, aunque en aquel momento el detalle de mi olor corporal era algo que estaba mucho más allá de mis preocupaciones.

Me quitaron mis apestosas ropas, me lavaron y me metieron en la cama; luego vino un médico y me dio un sedante. Cuando doce horas más tarde desperté completamente despejado, tuve el buen sentido de contener mi lengua. Todo el pueblo deseaba saber de dónde procedía aquel espantoso olor; dije que debía de haberme caído en algún sitio.

Y aquí termina el asunto, por el momento. No he vuelto a explorar ninguna cueva, y no ofrezco mi ayuda a aquellos que lo hacen. Sin embargo, si el hombre al que perteneció ese cortaplumas de mango blanco está vivo, me gustaría comparar nuestras experiencias.

Libros Tauro
<http://www.LibrosTauro.com.ar>